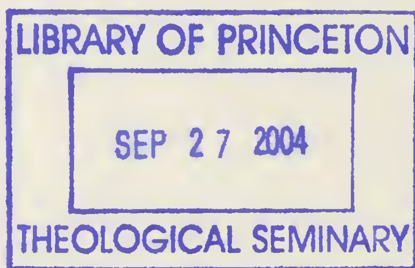


BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO XCII — ENERO Y FEBRERO DE 1.985 — Números 1 y 2



S. S. el Papa Juan Pablo II hace su ingreso, en el papamóvil, al parque de "La Carolina" de la ciudad de Quito, donde presidió la Eucaristía de renovación de la consagración del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús, el miércoles 30 de enero de 1.985.

BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO XCII — ENERO Y FEBRERO DE 1.985 — Números 1 y 2



DIRECTOR:
Rvmo. Germán Pavón Puente

ADMINISTRADORA
Hna. Regina Còrdova

OFICINAS:
Cancillería Arzobispal
Teléfonos: 210-703
513-615
Aptdo. 106

IMPRESO EN:
Impresora Gráfica
Venezuela 1533
Telf.: 570-109
Quito-Ecuador

Suscripción Anual
dentro del país
S/. 500,oo
ejemplar S/. 100,oo
fuera del país
US $ 35,oo

SE ACEPTAN CANJES



BOLETIN ECLESIASTICO

ORGANO INFORMATIVO DE LA ARQUIDIOCESIS DE QUITO

AÑO XCII — ENERO Y FEBRERO DE 1.985 — Números 1 y 2

E D I T O R I A L

Visita Apostólica de S. S. el Papa Juan Pablo II al Ecuador

Con una extraordinaria intensidad de actividades y en medio de un elevado grado de emotividad, alegría y entusiasmo del pueblo ecuatoriano, se llevó a cabo la anhelada visita apostólica del "Mensajero de la paz", el Papa Juan Pablo II, al Ecuador.

Procedente de Venezuela, llegó a Quito en la tarde serena —también el tiempo se compuso para esta visita— del martes 29 de enero y se alejó del aeropuerto de Guayaquil en la tarde del viernes primero de febrero de 1985, habiendo completado los tres días de visita que nos había prometido.

La presencia blanca, sencilla y atrayente del Papa en cuatro ciudades del Ecuador, la proclamación de sus mensajes dirigidos a diversas categorías del pueblo de Dios y de la sociedad ecuatoriana han producido en nuestra patria las mayores concentraciones y la más gigantesca movilización humana de nuestra historia. Nuestro pueblo se vol-

có a las calles por donde debía pasar el Papa y acudió a las explanadas y plazas en donde celebró la Eucaristía o tuvo encuentros, anhelante de verlo, de escucharlo, de recibir su bendición. Los fieles portaban cruces y banderas —la llamada "cruz de la bienvenida" para ovacionar al Vicario de Jesucristo. Dialogó con los jóvenes y las religiosas, dio orientaciones a los intelectuales, proclamó los derechos de los obreros y trabajadores y bendijo a todos, expresando, al fin de su visita, que en nuestro país había encontrado "calor humano" y una "Iglesia viva".

JUAN PABLO II EN QUITO

La visita apostólica del Papa Juan Pablo II a la Arquidiócesis de Quito constó de los siguientes actos:

— Fue apoteósica la recepción que Quito brindó al Papa al anochecer del martes 29 de enero de 1985. El avión de "Alitalia" que transportaba al Papa desde Venezuela a Quito llegó con veinte minutos de retraso. En el aeropuerto se realizó la ceremonia oficial de recepción, en la cual el señor Presidente constitucional de la República le dio la bienvenida en nombre del pueblo ecuatoriano.

Al abordar el "papamóvil", la gente que se hallaba en la base aérea se agolpó ansiosa de ver de cerca al Papa.

El pueblo de Quito y gentes que habían acudido de provincias se congregaron a ambos lados de los 10 Km. de las calles y avenidas que recorrió el Papa desde el aeropuerto hasta la Catedral ubicada en el centro de la ciudad. Entre la muchedumbre se destacaba la presencia de alumnos de colegios que hacían guardia de honor a lo largo del recorrido.

— El primer encuentro que tuvo el Papa en Quito fue con los obispos, presbíteros, religiosos y seminaristas. Este encuentro se llevó a cabo en la Catedral Metropolitana, que estaba completamente llena.
Después de recibir el saludo del señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, Arzobispo de Quito, Su Santidad Juan Pablo II dirigió a los pastores un mensaje, en el que recordó a los obispos ciertas urgencias pastora-

les, a los presbíteros les exhortó a reafirmar su identidad sacerdotal y a vivir la espiritualidad de la caridad pastoral, renovando sus parroquias con comunidades de base y movimientos apostólicos. A los seminaristas les pidió dedicarse a su formación y prepararse también con el aprendizaje de los idiomas de los indígenas, al apostolado con los más necesitados.

— El miércoles 30 de enero fue íntegramente dedicado a Quito. A las 8 horas Juan Pablo II se dirigió al Estadio Olímpico "Atahualpa" en donde presidió una celebración de la Palabra ante una multitud de 80.000 jóvenes que representaban a todas las provincias del país. Fue un encuentro maravilloso, en el que el Papa exhortó a los jóvenes a mantenerse "Fuertes en la fe", a evitar las tentaciones de la violencia, de la droga, del sexo. Les recordó, con Juan XXIII, que la vida de una persona debe ser "la realización de un sueño de juventud".

— Terminado el encuentro con la juventud, Juan Pablo II acudió a la sede de la nueva "Radio Católica Nacional del Ecuador" para bendecirla e inaugurarla. Aquí dirigió un mensaje a los representantes de los medios de comunicación social.

Desde la sede de "Radio Católica Nacional del Ecuador", el Papa acudió en papamóvil a la amplia explanada de la Carolina, en donde se había preparado el templete y una gran cruz, para presidir la celebración de la Eucaristía con motivo de los 450 años de la iniciación de la evangelización de Quito y del actual territorio del Ecuador.

— En la Carolina se tuvo la más grande concentración humana. Se congregaron no menos de 800.000 personas, que copaban toda la explanada del amplio parque. El Papa hizo un recorrido, en el papamóvil, por entre la multitud, a fin de que todos lo pudiesen ver lo más de cerca.

La Misa de la Carolina se desarrolló en ambiente de piedad y orden; participaron todos en las oraciones y en los cánticos. La Banda Juvenil del Consejo Provincial de Pichincha tuvo una magnífica actua-

ción en la parte musical de esta celebración. El Papa Juan Pablo II, inspirándose en los textos litúrgicos, pronunció la homilía, en la que recordó que el pueblo ecuatoriano es, por el hecho histórico de su evangelización y por su consagración al Sagrado Corazón de Jesús, un "pueblo escogido, una nación santa, una estirpe sacerdotal" y que debe mantenerse fiel a la fe cristiana, procurando que ésta influya efectivamente en la vida y en la organización de la sociedad en justicia y fraternidad.

— En la Nunciatura apostólica el Papa Juan Pablo II tuvo un corto encuentro con los obispos del Ecuador, quienes le obsequiaron una bella imagen de la "Virgen de Quito", recientemente confeccionada en San Antonio de Ibarra.

— Por la tarde, a las 16 horas el Papa inició sus actividades con un encuentro con las religiosas en la Basílica del Voto Nacional. Unas tres mil personas se congregaron en la Basílica. El mensaje del Papa a la vida consagrada fue de fondo, insistió en una vivencia cada vez más intensa de "una vida oculta con Cristo en Dios" y en la dedicación de las religiosas al servicio de los más pobres. El Papa estuvo espontáneo, dialogó con las religiosas, rió con ellas, acusándolas de haber herido al Papa, porque al entrar en la Basílica y al saludar con alguna de ellas, recibió un ligero rasguño en la mano. El encuentro terminó con una bendición que el Papa impartió al nuevo templo gótico de la Basílica del Voto Nacional.

— A las 17 horas, el Papa pasó por la calle Venezuela toda llena de gente, a la iglesia de la Compañía, en el centro de la ciudad, para tener un encuentro con los intelectuales. La Compañía se presentaba esplendorosa como un magnífico escenario para este encuentro serio y solemne. El Padre rector de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador inició el encuentro con un saludo al Santo Padre. En su mensaje a los intelectuales el Papa les habló de la necesidad de evangelizar la cultura, a fin de que la cultura tome en cuenta al hombre e influya en una acción en favor de los más pobres. Se refirió también a la preocupación que deben tener los intelectuales ecuatorianos por forjar una cultura nacional con fisonomía propia.

— A las 18 horas Juan Pablo II pasó de la iglesia de la Compañía a la iglesia de San Francisco, en donde visitó al Santísimo Sacramento. Luego salió a la plaza en donde se habían concentrado los obreros, artesanos y trabajadores. La plaza estaba totalmente llena y desbordaba por las bocacalles. Después de recibir el saludo de un representante de una de las organizaciones sindicales y numerosos dones que le ofrecieron los trabajadores, el Papa les dirigió un mensaje en el que habló de la dignidad del trabajo, de los derechos de los trabajadores, de la urgencia de atender a las necesidades del campo; previno a los obreros de los peligros de las ideologías y de la violencia.

Fue un encuentro inolvidable. La plaza de San Francisco se oscureció con la caída de la noche, pero apareció reluciente con la iluminación y adornos de los edificios circundantes, e intensamente caldeada por el entusiasmo y emoción de la asamblea que la llenaba. El Papa se alejó en la noche por una esquina de la plaza, dejando en todos un sentimiento de nostalgia reconfortado por otro de esperanza y de satisfacción por la experiencia vivida.

— Con un encuentro en la Nunciatura Apostólica con los representantes de los países que mantienen relaciones diplomáticas con el Ecuador, encuentro tenido por la noche del miércoles 30 de enero, finalizó la actividad del Papa Juan Pablo II en su visita a la ciudad de Quito.

JUAN PABLO II EN OTRAS CIUDADES

La visita apostólica continuó, al día siguiente con un encuentro del Papa con los indígenas del Ecuador en la ciudad de Latacunga. Fue un encuentro de trascendencia, puesto que, por vez primera, el que es signo y agente de unidad en la Iglesia unió a todos los representantes de las etnias y pueblos indígenas de nuestra Patria.

Desde Latacunga viajó Juan Pablo II a Cuenca, en donde presidió la Eucaristía en el parque Miraflores, ante una multitud de 400.000 participantes del austro ecuatoriano y dio su mensaje a la Familia, cuna de

la vocación al servicio de la Iglesia, y actualizó la misión canónica para los servidores de la comunidad cristiana venidos de todas las diócesis.

Por la tarde el jueves 31 de enero, después de una visita a la Catedral de Cuenca, Juan Pablo II viajó a Guayaquil, última etapa de su visita.

En Guayaquil, al anochecer de ese día jueves, visitó la iglesia de Czestochova y presidió en La Alborada una concentración de jóvenes, en la cual pronunció su mensaje mariano dirigido al mundo.

El viernes, primero de febrero, por la mañana visitó el populoso barrio suburbano del Guasmo, en donde dio aliento y esperanza al sector marginado de la ciudad de Guayaquil y voló en helicóptero a la explanada de Los Samanes, en donde presidió la celebración de la Eucaristía, en la que beatificó a la Sierva de Dios Mercedes de Jesús Molina y Ayala, una cristiana santa nacida en la Costa ecuatoriana, fundadora del Instituto Religioso de Santa Mariana de Jesús. En los Samanes se tuvo otra de las grandes concentraciones de esta visita.

A las 15 horas de ese día, como último acto de su visita, Juan Pablo II acudió a la Catedral de Guayaquil, en donde se congregaron religiosas y enfermos. En una breve alocución se refirió a la "teología de la bendición" que debe elaborarse por la devoción con que el pueblo ecuatoriano pidió en todas partes la bendición al Sumo Pontífice.

El trayecto desde la Catedral hasta el aeropuerto de Guayaquil, atravesando el Malecón, la avenida "Nueve de Octubre" y demás vías que conducen hasta el aeropuerto, fue una verdadera apoteosis.

Con razón pudo decir el Papa, al agradecer el discurso de despedida del Presidente Ing. León Febres Cordero, "He encontrado calor humano y una Iglesia viva". El Papa fue declarado "Ecuatoriano de honor", porque penetró profundamente en el corazón del pueblo ecuatoriano.

Juan Pablo II se fue, expresándonos su último deseo "Que Dios bendiga al Ecuador y a todos sus hijos".

PROYECCIONES DE LA VISITA

En el ambiente del pueblo ecuatoriano ha quedado flotando la convicción de que la visita apostólica de S.S. el Papa Juan Pablo II no deba reducirse a un acontecimiento pasajero que sólo deje un grato recuerdo. Todos coinciden en afirmar que es necesario que sus valiosos mensajes perduren en compromisos de acción.

En la Arquidiócesis de Quito la visita apostólica de Juan Pablo II debe tener las siguientes proyecciones:

1. Los pastores del pueblo de Dios, cultivando la espiritualidad de la caridad pastoral, deben intensificar su acción evangelizadora y renovar las parroquias, haciendo de ellas centros de coordinación de comunidades y movimientos.

2. Es necesario dar un nuevo impulso a la pastoral juvenil, procediendo a la constitución de un organismo que promuleva y coordine los movimientos juveniles en parroquias y establecimientos educacionales.

3. La vida consagrada debe profundizar en su unión con Dios, en el testimonio evangélico y en su dedicación a la acción pastoral directa y en la atención a los más pobres.

4. Con los intelectuales y los constructores de la sociedad pluralista debe procurarse un diálogo efectivo entre fe y cultura, para forjar una cultura propia que tenga en cuenta al hombre e influya en el surgimiento de una sociedad más justa y más fraterna.

5. La Iglesia debe hacer más efectiva su opción preferencial por los pobres y, dando importancia a la enseñanza social de la Iglesia, debe dar respuesta a los anhelos de justicia de los trabajadores.

RECEPCION EN EL AEROPUERTO "MARISCAL SUCRE" DE QUITO

(martes 29 de enero de 1985 - 17h50)

DISCURSO DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Su Santidad ha besado tierra ecuatoriana, tierra americana de fe, de libertad y de justicia; tierra en la que un pueblo esperanzado, os da la bienvenida.

Encarnáis las dos más altas representaciones: la de Cristo Redentor, y la de Emisario de la paz y del amor. Nuestro corazón y el de nuestro pueblo se ha abierto para recibiros, para agradeceros por esta distinción que nos permite reconoceros como Pastor Universal.

En vuestra espera se ha mantenido en vigilia la nación ecuatoriana, que va a rendiros el tributo que merecéis, y que va a postrarse reverente para recibir vuestra bendición y oír vuestro mensaje, al que nos sumamos íntegramente en sus afanes de construir un mundo de justicia, un mundo sin violencias, en la búsqueda permanente de los más sinceros valores del espíritu y del acatamiento fervoroso de la palabra de Dios.

Os podemos asegurar que nuestra voluntad y nuestros esfuerzos están al servicio de los más humildes de este pueblo, por los que vamos a luchar para que, asegurando su subsistencia digna, consolidemos la paz y la justicia.

La simiente que vais a sembrar germinará, os lo aseguro, en el

corazón mismo de nuestra Patria, en el esfuerzo creador de nuestros hombres, en la abnegación y virtud de nuestras mujeres y en la sonrisa inocente de nuestros niños.

Que Santa Mariana de Jesús, que el Santo Hermano Miguel y la oración de nuestro pueblo iluminen vuestros pasos por este Ecuador de promisión, que es desde siempre tierra vuestra.

SALUDO DEL SANTO PADRE

Señor Presidente,
Hermanos en el episcopado,
Autoridades,
Queridos hermanos y hermanas:

Mis primeras palabras al pisar suelo ecuatoriano quiero que sean de agradecimiento a Dios por haberme concedido realizar este viaje apostólico, que me permite encontrarme con los hijos de esta noble Nación, de tan ricas tradiciones e historia.

Agradezco al Señor Presidente las amables palabras de saludo y bienvenida que ha tenido a bien dirigirme, y también la invitación que me hizo, junto con mis Hermanos en el episcopado, para visitar el País.

A la calurosa acogida que me dispensáis en este aeropuerto Mariscal Sucre correspondo con sentimientos de profundo aprecio y gratitud. Llegue a todos mi cordial saludo. Ante todo al Señor Cardenal Pablo Muñoz Vega, Arzobispo de esta ciudad de Quito, al Presidente de la Conferencia Episcopal, Mons. Bernardino Echeverría, a los demás Obispos, a los sacerdotes, religiosos y religiosas, seglares de los movimientos apostólicos y pueblo fiel.

Me llena de gozo encontrarme en este centro geográfico del mundo, patria de Atahualpa, cuna de preclaros hijos de la Iglesia como Mariana de Jesús, el Santo Hermano Miguel, Mercedes de Jesús Molina, y tantos otros que desde la gloria de los altares o en el anonimato de una vida de servicio al prójimo, han ido forjando día a día el alma generosa,

noble y cristiana del hombre ecuatoriano.

Coincide mi visita con el inicio de la novena de años que ha de preparar la celebración solemne y con ánimo agradecido a Dios, por los 500 años de evangelización de América Latina. Estamos viviendo momentos cruciales para el futuro de esta nación y de este continente, y es por ello necesario que el cristiano, el católico, tome mayor conciencia de sus propias responsabilidades y, de cara a Dios y a sus deberes ciudadanos, se empeñe con renovado entusiasmo en construir una sociedad más justa, fraterna y acogedora.

Estos son los motivos que han determinado mi visita para conoceros mejor, confirmaros en la fe, alentar y animar desde el Evangelio todos los anhelos y aspiraciones orientados a promover una mayor justicia social, un mayor respeto por la dignidad del ser humano y sus derechos, una más decidida voluntad por parte de todos de servir, de ayudar, de amar, para enriquecer los espíritus y promover las personas.

Estoy seguro de que los hijos de esta tierra, favorecida por el Creador con tantas bellezas naturales, continuarán siendo fieles —según las exigencias de los nuevos tiempos— a su identidad histórica, cultural y religiosa. Fieles siempre a su fe cristiana, a su conciencia de pueblo y a su vocación de libertad y justicia, que aleje toda tentación que pueda amenazar esos valores superiores del individuo y de la sociedad. Como sé que se harán asimismo forjadores de hermandad, diálogo y entendimiento entre la gran comunidad de naciones de este continente que con razón puede ser llamado el continente de la esperanza.

En las manos de la Virgen Santísima, Nuestra Madre, pongo las intenciones de mi viaje apostólico, mientras ya desde ahora, a todos los ecuatorianos, del campo y de la ciudad, de la sierra, de la selva y de la costa, del Carchi a Macará, de las Islas Galápagos, imparto de corazón mi afectuosa Bendición Apostólica.

ENCUENTRO CON LOS OBISPOS, PRESBITEROS, SEMINARISTAS Y HERMANOS RELIGIOSOS EN LA CATEDRAL

(martes 29 de enero de 1985 - 19h00)

SALUDO DEL EMMO. SR. CARDENAL PABLO MUÑOZ VEGA, ARZOBISPO DE QUITO

Beatísimo Padre

Para cada uno de cuantos estamos aquí ante vuestras miradas de Padre y Pastor esta es la hora más feliz de la vida. Lo es de manera singular para mí que la he esperado con inmenso anhelo. Recordando las palabras del anciano Simeón, puedo también yo decir: "Señor, se han cumplido ya todos mis deseos, porque mis ojos han visto a tu Vicario, Juan Pablo II, aquí en la sede de los Obispos y Arzobispos de Quito".

Conforme avanzan los años de vuestro pontificado va revelándose con esplendor creciente cómo la Providencia divina os ha predestinado, os ha llamado, os ha elegido y os acompaña para que seáis el signo y la gran demostración del amor de Dios a la Iglesia de nuestro tiempo. Es esa Providencia divina, siempre admirable en sus designios, la que ha preparado, dispuesto y fijado la trayectoria de vuestros viajes apostólicos a lo largo y ancho del mundo; y es Ella la que os ha traído a esta ciudad de Quito y a esta catedral en la hora en la que nuestra fe católica tiene mayor necesidad de robustecer su unidad.

En esta catedral, que se ha vestido de gala para recibiros, tuvo lugar el acto de la consagración oficial y pública de la Nación ecuatoriana al Corazón divino del Redentor: aquí bañado en sangre, entregó su alma a Dios el Presidente Gabriel García Moreno perdonando a sus enemigos: aquí están los restos venerandos de los Arzobispos José María Yerovi y José Ignacio Checa y Barba, que pensamos son dignos del

honor de los altares; a esta catedral vino muchas veces para orar por su Patria el Santo Hermano Miguel Febres Cordero de las Escuelas Cristianas, cuyos restos se encuentra hoy presidiendo este feliz encuentro.

El ambiente espiritual creado para recibiros en el recinto de esta catedral colonial es integralmente sacerdotal. Están aquí todos los Obispos del Ecuador; está todo el Presbiterio de la Arquidiócesis de Quito y numerosos sacerdotes representantes de todo el Clero ecuatoriano; están los Hermanos Religiosos de vida consagrada laical llamados a vivir de manera particularmente ferviente el Sacerdocio común de los fieles; están más de doscientos jóvenes que han hecho la grande opción de seguir a Jesucristo Sacerdote y se preparan para el momento sagrado de su Ordenación.

Os doy en nombre de todos la más calurosa y emocionada bienvenida. En muchas ocasiones nos hemos reunido para encuentros en los que nos hemos sentido urgidos a orar y trabajar por el lanzamiento de una evangelización renovada que vigorice nuestra unidad como Iglesia y como Nación; pero éste que tenemos con Vuestra Santidad no es uno más; es el encuentro de COMUNION que está en la cumbre de nuestra historia religiosa y sacerdotal y que va a abrirnos el horizonte de un futuro preparado por el amor de Dios a nuestra Iglesia ecuatoriana de hoy. Sentimos por esto el vivo anhelo de escuchar vuestra voz, a fin de encauzar todas nuestras energías hacia esa renovación del catolicismo ecuatoriano que deberá ser nuestra gran tarea apostólica para el futuro, como fruto de este gran regalo de Dios, que es vuestra presencia entre nosotros.

Ha llegado pues, Beatísimo Padre para nosotros la hora de la nueva esperanza; ha llegado la hora de decir: Bendito el que viene en nombre del Señor".

Señor Cardenal,
amados Hermanos en el episcopado,
queridos sacerdotes diocesanos o religiosos, seminaristas y aspirantes al sacerdocio:

1. En un ambiente de visible amor filial, de entusiasmo y alegría, he sido recibido en esta "muy noble y muy leal" ciudad de San Francisco de Quito, cuna de la nacionalidad ecuatoriana y sede de la antigua capital de los Quitus y del inca Atahualpa. Es la primera vez que el Papa visita este hermoso país de América Latina, el Ecuador.

La Providencia ha dispuesto que mi visita coincida con la conmemoración de los cuatro siglos y medio de la fundación de esta ciudad y del comienzo de la obra evangelizadora en tierras del Ecuador. Tal acción evangelizadora ha sido a la vez de promoción humana y de civilización cristiana, como lo prueban los establecimientos de educación, las magníficas obras de arte y los monumentos, principalmente religiosos, que adornan esta ciudad, la cual merecidamente ha sido declarada "Patrimonio cultural de la humanidad".

Es para mí motivo de intensa alegría tener —como primer acto de mi visita— un encuentro con los Pastores de las Iglesias particulares, quienes han querido verse rodeados en esta ocasión de los presbíteros, tanto diocesanos como religiosos, de los seminaristas y estudiantes de ciencias eclesiásticas que se preparan al sacerdocio.

Como Sucesor de Pedro, a quien incumbe la responsabilidad de confirmar a los hermanos en la fe (cf. **Lc** 22, 32), quiero reflexionar brevemente con vosotros, para alentaros y fortaleceros en el cumplimiento de vuestra misión pastoral.

2. Este encuentro con vosotros, Obispos de la Iglesia en Ecuador, me parece una continuación natural de la reciente visita **ad limina**, en coincidencia con la canonización del Santo Hermano Miguel.

En tal circunstancia tuve la posibilidad de analizar con vosotros los puntos principales que se refieren a vuestra labor apostólica. Entre ellos quiero hoy subrayar de nuevo la atención que merecen la religiosi-

dad popular, las opciones pastorales para la aplicación del Documento de Puebla, la evangelización y la catequesis, la potenciación de los medios de comunicación social de la Iglesia, la educación cristiana en todos los niveles, la formación de la conciencia social de los fieles en vistas de una opción preferencial no exclusiva por los pobres, y de una liberación cristiana integral, según es precisada en documentos eclesiales como la **Evangelii nuntiandi,** el documento de Puebla y la Instrucción de la Congregación para la Doctrina de la Fe sobre "Algunos aspectos de la teología de la liberación"

Esta tarde, de modo particular quiero agradecer, precisamente en este encuentro, vuestra peculiar atención a la vida sacerdotal y religiosa, así como a una esmerada pastoral de las vocaciones sacerdotales y religiosas, y a la formación adecuada de las mismas. Bien sabéis que es éste un aspecto esencial y absolutamente prioritario de vuestro ministerio como Pastores.

Me alegra la viva conciencia que tenéis de vuestro deber de construir en Ecuador comunidades ricas en fe y dinámicas en su compromiso por la justicia. Una fe que debe ser esclarecida, guiada y sostenida con todos los medios. Por esto me ha satisfecho comprobar que, para preparar espiritualmente al pueblo ecuatoriano a la visita del Papa, habéis intensificado la evangelización, difundiendo muchos millares de ejemplares de la Biblia. A ello se han añadido las misiones y asambleas cristianas, en las que se han desarrollado los temas referentes a la "verdad sobre Jesucristo", la "verdad sobre la Iglesia" y la "verdad sobre el hombre".

Procurad con todo empeño que esa evangelización dé a los fieles una respuesta de conversión y de fe viva. Para ello hay que presentar el mensaje de salvación, tomando bien en cuenta las realidades concretas en las que vuestro pueblo vive; a fin de que el Evangelio influya eficazmente, mediante la conversión personal de los evangelizados, en los cambios que requiere la sociedad latinoamericana. Prestad gran atención a la enseñanza social de la Iglesia, que puede aportar válidas respuestas a la sed de justicia tan hondamente sentida, para favorecer una mayor igualdad fraterna que fundamente sólidamente la paz, y que elimine en vuestros fieles el dualismo entre religión y vida, entre fe y sentido de lo moral y de lo justo.

En este exigente esfuerzo, quiero alentaros a ser los dignos continuadores de una larga serie de obispos que con gran sentido pastoral, han apacentado la grey cristiana de este territorio, desde la erección del obispado de Quito en 1545.

Entre vuestros predecesores ha habido prelados de ardiente celo misionero, como Fray Pedro de la Peña, que recorrió en agotadora visita pastoral un inmenso territorio, o Monseñor César Antonio Mosquera, que se acercaba casa por casa hasta los más humildes de sus fieles; prelados de vida santa y austera como Fray José María Yerovi, el Ilustrísimo José Ignacio Checa y Barba o el Obispo Juan María Riera; prelados que dedicaron su celo pastoral a la causa de la educación católica, como Fray Luis López de Solís, el fundador del primer colegio de Quito, el Colegio Seminario de "San Luis", o como el Cardenal Carlos María de la Torre, fundador de la Pontififcia Universidad Católica del Ecuador; prelados sabios que contribuyeron con sus escritos al progreso de las ciencias eclesiásticas y humanas, como el Ilustrísimo Alonso de la Peña y Montenegro, autor de la obra pastoral "Itinerario para párrocos de indios", o como el Arzobispo Federico González Suárez, autor de la "Historia General de la República del Ecuador".

Iluminados por esos ejemplos de la historia y fortalecidos por el Espíritu Santo, que os ha puesto a la cabeza del rebaño para apacentar la Iglesia de Dios, que Cristo adquiqrió con su propia sangre (cf. **Act** 20, 28), continuad vuestra labor pastoral, y tratad de buscar respuesta a las necesidades y problemas que la Iglesia experimenta hoy en el Ecuador.

3. Me dirijo ahora a vosotros, queridos presbíteros aquí presentes, y a todos los sacerdotes del Ecuador representados por delegaciones de sus respectivas diócesis o comunidades. Os exhorto a meditar en vuestra identidad sacerdotal y en la misión que tenéis en la Iglesia, a la luz del sacerdocio de Cristo. Así asumiréis con alegría, con entusiasmo y optimismo vuestro ser y actuar específico.

Todo sacerdote delinea su fisonomía propia como seguimiento e imitación del Buen Pastor. Su opción fundamental por Cristo se ha corroborado con una consagración permanente, el "carácter". Este se ha

recibido por el sacramento del Orden, como don o carisma del Espíritu Santo, y le hace participar en la unción y misión sacerdotal de Cristo. Como necesario colaborador del obispo, ha sido puesto al servicio cualificado de la comunidad eclesial, para "obrar como en nombre de Cristo Cabeza" (**Presbyterorum ordinis,** 2).

La fisonomía y espiritualidad sacerdotal queda constituida principalmente por la caridad pastoral o por la ascesis propia del pastor de almas, que logra su propia santidad ejerciendo su ministerio en el Espíritu de Cristo. Esta caridad pastoral equivale al seguimiento radical del Buen Pastor, por medio de las virtudes de humildad ministerial, obediencia, castidad y pobreza, que son como el signo y estímulo de la caridad y la señal de una amistad profunda con el Supremo Sacerdote.

Para conseguir un equilibrio o unidad de vida y evitar los extremos de un espiritualismo desencarnado o de una actitud temporalista, hay que acostumbrarse al diálogo íntimo con Cristo, para aprender de El la sintonía con los planes salvíficfos de Dios y la cercanía al hombre en su circunstancia concreta. La celebración eucarística, preparada, saboreada y vivida, especialmente en la celebración comunitaria, será siempre el verdadero punto de equilibrio, puesto que "en la santísima Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia" y "aparece como la fuente y la culminación de toda la predicación evangélica" (**Presbyterorum ordinis,** 5).

Os quiero recordar, mis queridos sacerdotes, que no podéis vivir ni actuar en forma aislada. Con la ayuda de todos, diocesanos y religiosos, habéis de construir el Presbiterio como familia y como fraternidad sacramental, como lugar donde el sacerdote encuentre todos los medios específicos de santificación y de evangelización. Vuestro Presbiterio llegará a ser signo eficaz de santificación y evangelización cuando se constaten en él las característcias del cenáculo, es decir, la oración y la fraternidad apostólica con María la Madre de Jesús (cf. **Act** 1, 14). Esta misma Catedral en la que nos encontramos, dedicada a la Asunción de la Virgen María, es un símbolo —con sus maravillosas expresiones artísticas— de vuestra realidad sacerdotal fraterna, que espera activamente una nueva venida del Espíritu Santo.

4. A los sacerdotes diocesanos en particular, quiero invitaros a

mirar hacia tantos hermanos vuestros que se han entregado a la Iglesia en los cargos más sacrificados o en las parroquias más pobres y apartadas. Allí han sabido cultivar la fe cristiana y ayudar a la promoción humana de sus fieles, haciéndoles más conscientes de su dignidad como hombres y como hijos de Dios. Así han consolidado el sustrato católico de la cultura de vuestros pueblos. Su servicio ha sido un testimonio real de la opción preferencial por los pobres y una eficaz prueba de la válida formación recibida entre otros, en el Seminario Mayor de "San José" de Quito.

A los sacerdotes religiosos quiero subrayar la importancia de vuestra vida consagrada por la profesión de los consejos evangélicos. Soy consciente del valioso servicio que los institutos religiosos han prestado históricamente, y prestan actualmente, a la vida de la Iglesia en Ecuador. ¡Cuántas vidas sacrificadas por el Evangelio y por la elevación del hombre! La célebre "escuela quiteña" de escultura y pintura, que nos recuerda nombres aborígenes como el Pampite o Caspicara, es un buen ejemplo de ello.

Que vuestro seguimiento radical de Cristo os haga signo claro del sermón de la montaña. Y que ese camino, dentro del marco de vuestro carisma fundacional, os haga descubrir vuestra especial pertenencia a la Iglesia particular y al Presbiterio, cuya cabeza es el obispo (cf. **Christus Dominus, 28)**, siempre al servicio de la comunión eclesial local y universal.

A todos, diocesanos y religiosos, os pido que seáis fieles a la verdadera renovación impulsada por el Concilio Vaticano II, según las pautas recogidas en las Conferencias de Medellín y Puebla. Llevad asimismo a la práctica las directrices de vuestros Obispos contenidas en la "Declaración Programática" y en las "Opciones Pastorales".

Que vuestras parroquias se revitalicen con el válido aporte de las religiosas, así como también el de las pequeñas comunidades, como las "comunidades de base" y otros movimientos apostólicos de seglares, siempre en cordial unión con los propios Obispos. Cultivad asimismo en la comunidad cristiana los diversos ministerios y servicios de los laicos comprometidos, guiándolos por el camino de la perfección, de la entrega al apostolado, del improrrogable compromiso en favor de la justicia y de la moralización de toda la vida pública. Para ello dadles sólida formación ética y exhortadlos a seguir la enseñanza social de la Iglesia.

5. Vosotros, queridos seminaristas y aspirantes al sacerdocio, sabed que el Papa tiene puesta en vosotros la esperanza de un porvenir mejor en la vida y actividad de la Iglesia.

Siendo una especial alegría al conocer que, gracias al renovado impulso dado a la pastoral vocacional, en estos años ha crecido el número de seminaristas, de aspirantes al sacerdocio y a la vida consagrada. Se han fundado nuevos seminarios y ha experimentado un desarrollo notable la Facultad de Ciencias Filosófico-teológicas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, que es el centro común de estudios eclesiásticos para los aspirantes al sacerdocio.

Vivid, jóvenes, con gozo y responsabilidad este importante período de vuestra vida. Configuraos con Cristo mediante la oración y la práctica de la virtud. Debéis adquirir una sólida formación espiritual, pastoral, humana e intelectual, la cual ha de tender a que, junto con la cultura general adecuada a las necesidades del tiempo y del lugar, adquiráis principalmente un amplio y sólido conocimiento de las disciplinas sagradas, en fidelidad al Magisterio de la Iglesia. Debéis aprender también los idiomas necesarios no sólo para vuestra formación, sino también para el ministerio pastoral, como el idioma de los indígenas.

Todas estas directrices conciliares las encontraréis aplicadas para vosotros en la "Ratio Institutionis sacerdotalis", elaborada por la Conferencia Episcopal del Ecuador.

6. Queridos hermanos: Unidos en el mismo amor a Cristo y a su Iglesia, concluyamos abriendo el corazón a las palabras del apóstol Pedro. Sean ellas mi mejor deseo de una intensa preparación al quinto centenario de la evangelización de América Latina. Sean llamada urgente a vuestra disponibilidad misionera, para Ecaudor y fuera de él: "A los presbíteros o pastores que hay entre vosotros les exhorto yo, presbítero o pastor como ellos, testigo de los sufrimientos de Cristo y partícipe de la gloria que está para manifestarse. Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, cuidándola no a la fuerza, sino más bien de buen grado según Dios; no por mezquino interés de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado guiar, sino siendo modelos de la grey. Entonces, cuando aparezca el Jefe de los Pastores, recibiréis la corona de gloria que no se marchita" (1 Pe 5, 1-4).

María, nuestra Madre, nos conduzca por ese camino. Así sea.

ENCUENTRO CON LA JUVENTUD EN EL ESTADIO OLIMPICO "ATAHUALPA"

(Miércoles, 30 de enero de 1985 - 08h30)

SALUDO DE MONS. ANTONIO J. GONZALEZ, ARZOBISPO COADJUTOR DE QUITO

Beatísimo Padre:

Desde que despuntó para el Ecuador la luz del anuncio cierto de vuestra Visita Apostólica, se pensó en un encuentro especial de Vuestra Santidad con la juventud ecuatoriana.

Se proyectó y se preparó este encuentro, porque Vos, Beatísimo Padre, poseéis el carisma de atraer, de entusiasmar y de comprometer con Cristo a los jóvenes de todos los pueblos. Los jóvenes del Ecuador debían también experimentar la misteriosa fuerza de vuestra atracción y, como cristianos, tenían y tienen derecho a ser iluminados por el Mensaje que proclamáis como Misionero del mundo.

Como coadjutor del Emmo. Arzobispo de Quito, en donde se realiza este encuentro, os presento, Beatísimo Padre a esta juventud congregada en este magnífico escenario del Estadio olímpico, que lleva el nombre del último joven Inca Atahualpa. Aquí están presentes universitarios y estudiantes secundarios, alumnos de estbalecimientos educacionales católicos, y de establecimientos fiscales, municipales y particulares; aquí se hallan jóvenes trabajadores de la ciudad y del campo, de la capital y de todas las provincias del Ecuador

Esta representación de la juventud ecuatoriana se halla aquí congregada para saludaros con filial afecto, intensa alegría y fervoroso entusiasmo; para acoger reverente vuestras enseñanzas. para ratificar su fe en Jesucristo y su adhesión firme y sincera a la Iglesia Católica y para renovar su compromiso apostólico de trabajar en la edificación de la misma Iglesia. Sacramento de salvación para todos los hombres, y en la construcción de una nueva sociedad imbuida por la civilización

del amor.

Recibid, Beatísimo Padre, el saludo que, en nombre de sus compañeros, os presentan una señorita y un joven.

SALUDO DE LOS JOVENES

Beatísimo Padre:

En este memorable día, estamos junto a Vos, jóvenes procedentes no sólo de Quito, sino de todas las provincias y regiones de la Patria. Estamos aquí presentes, jóvenes estudiantes de establecimientos cató licos y fiscales; jóvenes trabajadores de la ciudad y del campo. Somos una pequeña representación de la juventud ecuatoriana. Con nuestra presencia queremos dar pública manifestación de nuestro AMOR y FIDELIDAD a nuestro Señor JESUCRISTO, en la persona de su Vicario, que guía e impulsa la acción evangelizadora de la Iglesia al servicio de todos los hombres y, en especial, de los privilegiados del Señor, los pobres.

Vuestra presencia entre nosotros, los jóvenes, ilumina y fortalece nuestra fe en Cristo Resucitado; vuestra presencia y el testimonio de vuestra vida y actividad apostólica nos entusiasma, nos estimula a vivir con autenticidad nuestro cristianismo, que debe traducirse en el compromiso diario y permanente con Dios, nuestro Padre, y con los hombres, nuestros hermanos.

Los jóvenes del Ecuador, de la Patria de la joven santa y heroica, Marianita de Jesús, de la Patria del Formador de juventudes, Santo Hermano Miguel, os saludamos, Beatísimo Padre, con intenso amor filial, con desbordante alegría y con el generoso entusiasmo de aportar nuestro compromiso apostólico a la extensión del Reino de Dios, que es el centro de la Buena Noticia proclamada por Jesús.

La alegría que nos causa vuestra presencia de Profeta, Pontífice y Pastor no nos impide tener presente la situación en que vive la juventud y la problemática que la afecta: la gran mayoría de jóvenes ecuatorianos comparte la difícil situación social y económica del pueblo. La realidad educativa no es aún totalmente satisfactoria: la educación

católica no está al alcance de todos; nuestra educación resulta acrítica y con frecuencia alejada de los problemas del país. El ambiente de materialismo, hedonismo y de violencia y falsas ideologías tienden a desaparecer en la juventud los valores espirituales, éticos y morales. La situación familiar, las brechas y tensiones generacionales afectan también a la juventud.

Frente a esta realidad, nuestra presencia en este acto eclesial y nuestra participación en esta celebración de la Palabra, presidida por Vos, Beatísimo Padre, significan que tenemos el corazón abierto al MENSAJE de salvación que nos traéis. Tenemos una actitud de apertura para escuchar y asumir vuestras enseñanzas.

Vuestra presencia, Santísimo Padre, es presencia de Cristo que nos llama y compromete a los jóvenes ecuatorianos a trabajar en la Iglesia por la construcción del Reino de Dios, que es el "Reino de verdad y de vida, Reino de santidad y de gracia, Reino de justica, de amor y de paz".

MENSAJE DEL SANTO PADRE

Queridos jóvenes:

1. No puedo ocultar mi alegría al encontrarme con vosotros en este estadio olímpico Atahualpa. Os saludo afectuosamente y agradezco la calurosa acogida que brindáis a quien viene a vosotros como amigo y como Sucesor de San Pedro. El entusiasmo, y el intenso vibrar de vuestras voces juveniles despiertan en mi espíritu sentimientos de esperanza. Con vosotros la Iglesia, el Ecuador y el mundo sienten renovar sus energías.

Los majestuosos Andes, cuyos picos nevados nos invitan a glorificar al Creador, nos ofrecen un marco natural incomparable para esta celebración.

2. Acabamos de escuchar la palabra de Dios. En el pasaje del Evangelio apenas leído, un joven hace a Jesús la gran pregunta del ser humano: "Maestro bueno ¿qué he de hacer para tener en herencia la vida eterna?" (**Lc** 18, 18).

Es el gran interrogante de cualquier edad, pero en modo particu-

lar el de quien se abre a la vida; el vuestro, queridos jóvenes: ¿cómo alcanzar la felicidad?

La respuesta de Jesús no deja lugar a dudas: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya conoces los mandamientos. No cometas adulterio, no mates, no robes, no levantes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre" (Lc 18. 19 s.).

De una manera esquemática, Jesús ha contestado: El camino hacia la vida eterna es **el de los mandamientos.** El del amor prioritario a Dios, el único bueno en plenitud. El del respeto de las exigencias fundamentales de la moral humana y cristiana.

La respuesta del Maestro está llena de amor hacia el joven que le dice: "Todo eso lo he guardado desde mi juventud" (Lc 18, 21). Ante ello, nota el evangelista Marcos, "Jesús, fijando en él su mirada le amó" (Mc 10, 21). Era una mirada que llamaba a la intimidad del joven con Cristo; que pedía dar sentido a sus ansias e inquietudes; que esperaba una correspondencia generosa.

Sin embargo, cuando la voz amiga de Jesús se hace exigencia: "Aún te falta una cosa. Todo cuanto tienes, véndelo y repártelo entre los pobres; luego ven y sígueme" (Lc 18, 22), el joven no responde al amor; y se va triste, porque era muy rico (cf. Lc 18, 23).

¡Cómo nos impresiona a vosotros y a mí, esa opción del joven por la riqueza y no por Cristo! Esa opción con la que se encierra en su egoísmo, en vez de abrir su espíritu y sus bienes a los demás. Es el drama de tantas personas hoy, que en vez de sentirse "movilizados por la gran tarea de promoción de una mayor justicia: la construcción de una sociedad cada vez más justa y consiguientemente, más humana" (Discurso en la "favela dos Alagados", Salvador de Bahía, 7 julio 1980. 1), se ciegan espiritualmente con su riqueza y se excluyen del Reino de Dios (cf. Discurso en la "favela Vidigal", Río de Janeiro, 2 julio 1980, 3, 4).

La subordinación de la riqueza a la causa del Reino, está en la

base del mensaje de Cristo de las bienaventuranzas. Está también en la base de la opción preferencial en favor de los pobres hecha por la Iglesia.

¿Qué os dice a vosotros? ¿qué significa para vosotros, jóvenes ecuatorianos, esa opción? ¿Queréis también alejaros tristes de Cristo, para quedaros en un egoísmo estéril de riqueza o de corazón insensible? ¿O queréis amar al hombre hermano, entregándole —aunque os cueste sacrificio— vuestra solidaridad, trabajo y ayuda, para que sea más hombre, más libre, más abierto a Dios, más culto y fraterno? Cristo espera de vosotros esa prueba de amor al hombre, porque El lo quiere cada vez más digno en su dimensión humana y espiritual, en su sed de justicia y de gracia redentora, en su ansia de liberación del pecado y de las opresiones que amenazan su dignidad. Vuestra opción por Cristo, incluirá vuestra opción por la elevación del hombre, imagen de Dios.

3. La opción por Cristo y por el hombre, visto a la luz de El, ha tenido valientes y esforzados seguidores entre la juventud ecuatoriana. En las breñas del cercano y majestuoso Pichincha, un joven héroe, Abdón Calderón, entregó su vida y conquistó para su pueblo el gran don de la libertad. En estos mismos lares, Mariana de Jesús, una joven santa, ofreció ejemplarmente su vida en plena juventud. El Santo Hermano Miguel, recientemente elevado a la gloria de los altares, entregó sin reservas su vida desde muy joven, para llevar a los niños a Cristo. Mercedes de Jesús Molina, a quien proclamaré Beata de la Iglesia, se dedicó también a las jóvenes pobres y abandonadas. Y así millares y millares de jóvenes, en el Ecuador y en el mundo, no dudaron en entregar su vida, permaneciendo muchas veces en el silencio y el anonimato, por amor a Cristo.

El Papa quisiera encontrar en vosotros, jóvenes ecuatorianos, nuevas almas nobles y generosas de las que hoy nos habla San Juan en su primera Carta, cuando dice: "Jóvenes, os he escrito porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al Maligno" (**1 Jn** 2, 14).

Sé que para prepararos a la llegada del Papa, algunos de vosotros

habéis tenido el primer Encuentro Nacional de Pastoral Juvenil. El tema escogido es muy elocuente y de gran alcance: "Cristo en el joven para una nueva sociedad". Voy a referirme brevemente a los puntos de vuestro estudio.

4. No ha escapado a vuestra reflexión el análisis de la realidad de vuestro País y el puesto que debe desempeñar la juventud en la sociedad ecuatoriana. Un joven no puede ni debe cerrar los ojos a la problemática del mundo que lo rodea. Cristo le enseña a mirar al mundo **con visión crítica,** para actuar de manera consecuente. No para amar o quedarse en las cosas terrenas, en las cosas del mundo (cf. 1 Jn 2, 15); sino para elevarse por encima de ellas, porque "quien cumple la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Jn 2, 17).

A este respecto recordamos las palabras del "Documento de Puebla", cuando al señalar los rostros concretos en los que debemos reconocer los rasgos de Cristo que sufre, señala los de ciertos "jóvenes desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación" (n. 33).

Durante vuestro encuentro, y en otras jornadas de reflexión, habéis visto que la juventud ecuatoriana no puede convertirse en víctima de la droga, del alcoholismo, del sexo, de la violencia, del alejamiento sistemático de Dios, de un sistema educativo que oficialmente no tiene en cuenta la religión. Habéis constatado también que el joven de hoy vive en un mundo conflictivo y lleno de problemas como el poder, la competencia, el consumismo. Por eso queréis permanecer justamente críticos ante la carrera armamentista, el racismo, los atropellos de los derechos humanos y de la dignidad del hombre. Por eso sentís como en carne propia los graves problemas de vuestros hermanos marginados, especialmente los indígenas y montubios. Y sufrís, junto a vuestros padres, hermanos y compañeros, los efectos de una precaria situación económica.

Ahí tenéis que demostrar el verdadero amor al mundo: vuestro amor, jóvenes, que queréis vencer al Maligno (cf. 1 Jn 2, 14).

5. Ante tantos y tan graves problemas, alguno podría sentirse

tentado por la fácil solución de la huída, el indiferentismo o el desaliento. Pero el joven cristiano no cae, no puede caer en la desesperanza.

El apóstol San Juan os repite: "Jóvenes, os he escrito porque sois fuertes y la palabra de Dios permanece en vosotros" (**1 Jn** 2, 14).

Sabed que en vuestra lucha contra el mal y el desaliento no estáis solos. **En medio de vosotros está Cristo y Cristo Resucitado.** El mismo que se convirtió en el ejemplo definitivo de todo joven al crecer en su hogar de Nazareth "en edad, en gracia y en sabiduría delante de Dios y de los hombres" (**Lc** 2, 52).

Por esta razón me consuela comprobar que vosotros estáis decididos a no seguir caminos torcidos de ideologías y sistemas contrarios a la fe en Cristo. En vuestras pautas de reflexión es visible ese entusiasmo propio de la juventud, para conocer mejor al Señor, para descubrirlo en las frescas páginas del Evangelio, para seguirle con generosidad, hasta llegar a una entrega total por el Reino.

Sí, hasta una entrega total a El. Vosotros, en efecto, sabéis bien que la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la jactancia de las riquezas de que nos habla San Juan (cf. 1 **Jn** 2, 16), "no viene del Padre" **(ibid),** no pueden llenar vuestra sed de amor "genuino". **Cristo os enseña el verdadero amor,** abriéndoos la dimensión de la eternidad. El os muestra **el misterio de la vocación cristiana.** Esa que se abre incluso a la entrega total a El en el sacerdocio o en la vida consagrada a Dios y a los hermanos. ¿Por qué no tú, joven ecuatoriano?

Y si tu llamada es a la vida familiar, al matrimonio, no dejes de aprender de Cristo el amor que no se queda en insatisfactorios **sucedáneos del amor:** el placer, el sexo, el poder, la riqueza. Aprende de Cristo el amor superior, el amor sacrificado que sabe dar, **el amor hermoso.** El que nos muestra María, la Madre del Amor Hermoso, la "Mater Pulchrae dilectionis".

Si sabéis acoger ese amor en vuestra vida, habréis acogido de verdad la palabra de San Juan: "Os he escrito, jóvenes, porque sois fuertes y la Palabra de Dios permanece en vosotros" (**1 Jn** 2, 14).

6. De entre los temas de vuestro "Encuentro Nacional de Pastoral Juvenil", quiero subrayar el de "El joven en la Iglesia de hoy".

Siguiendo las enseñanzas del Concilio Vaticano II, habéis visto que la Iglesia somos todos los bautizados; que la Iglesia confía en los jóvenes, los cuales son para ella esperanza de futuro fecundo y promesa de renovación.

Sí, como proclamó el Concilio Vaticano II, os repito con gozo, jóvenes, que el Papa y la Iglesia os miran con confianza y con amor: la Iglesia "posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse por lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir hacia nuevas conquistas. Mirad y veréis en ella el rostro de Cristo, el verdadero héroe, humilde y sabio, el profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes" (Mensaje del Concilio a los Jóvenes, 6).

7. Al pensar una vez más en el llamado de Cristo al joven del evangelio: "ven y sígueme" (Lc 18, 22) vienen a mi mente las palabras de mi predecesor Juan XXIII: "La vida es la realización de un sueño de juventud. Que cada uno de los jóvenes tenga su sueño para convertirlo en maravillosa realidad".

A la luz de esas palabras, os pregunto: ¡Jóvenes ecuatorianos!

— ¿Queréis comprometeros delante del Papa a ser miembros vivos de la Iglesia de Cristo?

— ¿Os comprometéis a entregar incluso vuestra vida por el bien de los demás, en especial por los más pobres?

— ¿Queréis luchar contra el pecado, llevando siempre el amor de Cristo en vuestro corazón?

— ¿Queréis emplear vuestro vigor juvenil en construir una nueva sociedad según la voluntad de Dios?

— ¿Queréis renunciar a la violencia, construyendo fraternidad y no odio?

— ¿Queréis ser sembradores permanentes de justicia, de verdad, de amor y de paz?

— ¿Queréis llevar a Cristo a los demás jóvenes?

— ¿Queréis ser fieles a Cristo, aunque otros no lo sean?

Habéis contestado que sí. Si sois fieles a ese programa, con el apóstol San Juan os repito: "Vosotros habéis vencido al Maligno" (1 Jn 2, 14). Por eso al daros su Bendición, el Papa os dice con inmenso afecto: !Jóvenes ecuatorianos! de la mano con Cristo y acompañados por María ¡marchad siempre adelante!



INAUGURACION DE "RADIO CATOLICA NACIONAL DEL ECUADOR

(miércoles 30 de enero de 1985 - 09h30)

SALUDO

Santo Padre:

Como el mejor recuerdo que conmemora vuestra visita apostólica al Ecuador, la Iglesia tiene en plan de ejecución diversas obras sociales en beneficio particularmente de los sectores más pobres de nuestra población en todo el territorio nacional. Así en Quito está para inaugurarse un Albergue nocturno para gente humilde que llega a esta ciudad no tiene donde hospedarse y pernocta a la intemperie: se llamará **Albergue Juan Pablo II.**

Pero la obra que hemos querido dedicaros como obra de la entera Iglesia ecuatoriana en este día feliz es esta de la Radio Católica Nacional, cuyo proyecto mereció vuestra palabra de aliento y vuestra bendición en la visita ad limina del año 1979

Mi alegría y mi gratitud en esta hora son inmensas al ver que os encontráis en el edificio que hubiera tenido el grandísimo honor de albergaros, si vuestro Predecesor Pablo VI, atendiendo a razones de altísima prudencia pastoral, no hubiera decidido el traslado de la Nunciatura Apostólica a la sede más modesta que os sirve de morada en estos días. De todos modos el carácter primigenio de "casa del Papa" continúa igualmente real en este edificio, porque la Radiodifusora aquí establecida es una obra que hemos querido sea para vuestra Santidad como el mejor presente que la Conferencia episcopal ecuatoriana os dedica en vuestra visita apostólica.

La entidad establecida para responsabilizarse de la erección y funcionamiento de esta Radio Católica nacional lleva vuestro nombre, pues se intitula "Fundación Juan Pablo II. La bendición que os solicito para

ella va a significar que le dais el impulso espiritual definitivo para que cumpla los objetivos para los que ha sido fundada en servicio de la evangelización y de la promoción humana de nuestro pueblo.

Recibir, Beatísimo Padre, el homenaje que con inmenso gozo os rinde todo el personal laico y eclesiástico de la Secretaría de la Conferencia Episcopal y de la Radio Católica nacional. Recibid así mismo el homenaje que os rinde las instituciones del Estado, de la Iglesia y de las empresas particulares que en el Ecuador desarrollan intensas actividades en el campo de los medios de comunicación social. Ellas están aquí representadas por este grupo de 20 distinguidas personalidades que ocupan un puesto relevante en este sector tan importante de la vida nacional. Me es muy placentero manifestaros que en todo lo relativo a la preparación y desarrollo de vuestra visita nos han dado la más entusiasta y generosa contribución.

Gracias, Beatísimo Padre, porque nos habéis concedido el privilegio de este encuentro singular dándonos aquí la prueba de vuestra paternal solicitud por obras como esta que desde hoy queda bajo vuestro patrocinio.

RADIOMENSAJE DEL SANTO PADRE

1. Desde estos micrófonos de "Radio Católica Nacional" del Ecuador, en cadena con numerosas emisoras distribuidas por toda la geografía ecuatoriana, saludo cordialmente a cuantos trabajan en la comunicación social: a los representantes de la prensa escrita, de la radio y de la televisión, y a las personas y grupos profesionales que se integran en el conjunto de las modernas empresas informativas. Vaya también a todos —entre ellos a la Cadena Ecuatoriana de Canales de Televisión— mi personal agradecimiento por el singular esfuerzo profesional y técnico que estáis realizando en estos días, y que me permite llegar incluso hasta los que, por diversas razones, no podré encontrar físicamente durante mi permanencia en Ecuador.

Conozco bien la importancia de los medios de comunicación social —que irá creciendo en el futuro— y que son expresión de la naturaleza sociable de la persona humana.

2. Vuestras actividades, tan apasionantes como delicadas, se ordenan al servicio y perficción del hombre, de cada hombre. Ello exige en primer lugar que en la raíz misma de toda actividad esté siempre la objetividad incorruptible y el respeto por la dignidad del hombre. Debe ser reconocida en este campo la libertad de opinar y expresarse conforme a los dictados de la recta conciencia. Pero de ahí deriva también que un adecuado marco de libertad sea imprescindible para el vigor y el servicio eficaz de la comunicación social.

Sé que vosotros, profesionales ecuatorianos, gozáis de una apreciable tradición en este campo y la defendéis celosamente. Os invito a comprenderla y depurarla cada vez más; a salvarla de los peligros que la acechan; a dotarla de la profundidad moral que le conviene. No habéis de olvidar, sin embargo, que vuestra libertad termina donde empiezan los derechos de los demás. Esta frontera la encontráis con frecuencia en el obligado respeto a la intimidad y buen nombre de personas e instituciones.

Quisiera añadir que nunca os prestéis a ser instrumentos de intereses particulares desorbitados, ansiosos de medrar a costa del bien común. Tened, por el contrario, la valentía de comprometeros con las causas que merecen la pena: las de la moralidad a todos los niveles, la libertad, la justicia, la paz, la fraternidad, los derechos de cada persona, la elevación social. Ellas afloran día a día en el decurso de los acontecimientos. Exigen quien les preste atención, las discierna con justo criterio, e inlustre a los demás sobre los cauces que se han de crear y recrear sin desmayo, para la superación de los conflictos. Dios os bendiga por lo que habéis hecho en esta dirección y aliente vuestros mejores esfuerzos en lo sucesivo.

3. La cultura actual, que se construye tantas veces al margen de los ideales cristianos, os plantea conocidos desafíos, a los que debéis responder con hombría de bien. ¡Qué gran responsabilidad en orden a la educación de los pueblos cae sobre los medios de comunicación social! ¡Y cuántas las tentaciones que os acechan en vuestro trabajo diario!: grupos de presión, intereses económicos, lucro fácil, permisivismo moral, sensacionalismo, instigación al odio y a la violencia.

Permitidme os pida ahora que en vuestro trabajo no olvidéis la grande, la decisiva comunicación que Dios ha querido hacernos en su Hijo Jesucristo: la Buena Noticia, el Evangelio. Vuestro quehacer, como pocos otros, se ha de alimentar del suelo nutricio de la Verdad que es Cristo, cuyo reflejo salvador orilla ante cada gesto humano e ilumina la crónica más fugaz del diario acontecer. Que la luz de la vida, Cristo, (cf. Jn 8, 12) os ayude a comprender lo que sucede y a transmitirlo a los demás, para contribuir a la formación de una opinión pública madura y bien orientada. Buscad vosotros mismos con sinceridad esa luz, hacedla vuestra por el amor, difundidla y guardadla en fidelidad y comunión con la Iglesia.

4. El Concilio Vaticano II, en el Decreto sobre los medios de comunicación social, indica encarecidamente que "con toda solicitud deben promoverse, allí donde fuese oportuno, las estaciones católicas; hay que cuidar, empero, de que sobresalgan por su perfección y su eficacia" (**Inter mirifica,** 14).

Es consolador encontrar realizaciones como ésta de "Radio Católica Nacional" del Ecuador que, con la ayuda de Dios, será un importante instrumento de evangelización y de instrucción para grandes masas de población ecuatoriana.

La técnica de la radiodifusión puesta al servicio del Evangelio podrá ser —como ya están haciendo Obispos y sacerdotes desde otras emisoras, especialmente católicas— una valiosa ayuda para que la Palabra de Dios sea escuchada en tantos lugares apartados del país a donde, debido a la escasez de sacerdotes y de otros agentes de pastoral, éstos no pueden llegar con la frecuencia deseada. El mensaje del Evangelio y la doctrina de la Iglesia podrán, de este modo, hacerse presentes en los hogares y en los corazones de tantas personas necesitadas de la palabra que ilumina, que instruye, que consuela. Eso mismo debe alentar a los pastores a aprovechar también la oportunidad evangelizadora que ofrecen los programas de televisión.

Y junto a esta misión específicamente evangelizadora de la radio, no faltará la no menos importante labor educativa y de instrucción. La Iglesia en Ecuador, decididamente empeñada en la promoción

del hombre, contará así con medios eficaces para colaborar en campañas de educación cultural, sanitaria, de alfabetización e instrucción a todos los niveles. A la vez que podrá ofrecer una información objetiva y un servicio a la verdad, también cuando ésta no sea expuesta debidamente en campo religioso o humano.

5. A los que trabajan en esta "Radio Católica Nacional" del Ecuador, expresión de una feliz iniciativa evangelizadora, os repito lo que indiqué a los Obispos ecuatorianos en su ultima visita ad limina: Contáis con mi aliento, agradecimiento y encomio. Os animo a proseguir en vuestros esfuerzos, para hacer de este instrumento lo que de él necesita la Iglesia, aquí y ahora. De tal modo que no sólo la perfección técnica, sino sobre todo la calidad de la programación sirva con eficacia al bien de la Iglesia y a la promoción de los hermanos.

A vosotros y a cuantos en Ecuador trabajan en el mundo de las comunicaciones sociales, os expreso toda mi estima e invoco sobre vosotros la protección y guía de San Francisco de Sales, vuestro Patrono.

Veo también aquí presente al selecto grupo de personas que ayuda en su labor a la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. Tenéis el privilegio de trabajar en el corazón de la Iglesia particular que vive en este amado País. Debéis sentir, en consecuencia, una especial responsabilidad para dar la medida que Dios os pide en vuestra entrega a la tarea diaria. Os deseo que perseveréis y tratéis de mejorar constantemente. Poned tal amor a la Iglesia que seáis una ayuda eficaz, un descanso y consuelo para vuestros Pastores.

6. A todos vosotros que me escucháis a través de "Radio Católica Nacional" del Ecuador y de la gran cadena de Emisoras AER (Asociación Ecuatoriana de Radiodifusión), en especial a los habitantes de las zonas rurales: de la selva, los esteros, la sierra: a los hombres del mar, a los enfermos y encarcelados, y a cuantos no podré encontrar personalmente estos días, doy con gran afecto mi paterno saludo y mi Bendición Apostólica.

SOLEMNE CONCELEBRACION EUCARISTICA EN EL PARQUE DE LA CAROLINA

(miércoles 30 de enero de 1985 - 10h30)

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL EMMO. SR. CARDENAL PABLO MUÑOZ VEGA, ARZOBISPO DE QUITO

Beatísimo Padre

Hace 481 años comenzó a brillar en nuestro Continente la luz de la fe católica cuando por primera vez la tierra privilegiada de la isla SANTO DOMINGO sirvió de pedestal al signo sagrado de la redención, la santa Cruz. Hace 450 años comenzó la irradiación de esa misma luz para todo el territorio de nuestra Nación cuando despuntaba la aurora de la fundación española de esta ciudad de Quito. Hace 111 años se verificó en esta misma ciudad el acto de la consagración oficial y pública de la República del Ecuador al Corazón de Jesús, su divino Redentor. Hace 79 años la Santísima Virgen María, valiéndose de esta imagen que la representa en el misterio de su asociación a la pasión dolorosa de su Hijo divino, realizó el milagro de presentarse ante un grupo de jóvenes con un rostro viviente y dirigirles unas miradas de amor entrañable que tenían el significado de un gran llamamiento a la conservación de la fe.

Evocando el recuerdo de estos grandes hechos os pido, Beatísimo Padre, en nombre de toda la Nación ecuatoriana aquí representada por sus Autoridades civiles y eclesiásticas y por esta inmensa muchedumbre, ofrezcáis el Santo Sacrificio de la Misa en acción de gracias por el beneficio de la evangelización que hizo de nosotros una Nación cristiana y católica; os solicito que renovéis como Padre y Pastor supremo de este pueblo su consagración al Corazón divino del Redentor ante esta imagen que presidió el acto de consagración del 24 de marzo de 1874; os suplico que pongáis a toda esta Nación y más particular-

mente a su numerosísima juventud bajo el patrocinio de la Santísima Virgen María venerada como la Madre Dolorosa, Reina de la educación católica en el Ecuador.

En la República de Santo Domingo cuando inaugurabais la novena de años con la que nos estamos preparando para celebrar el V centenario del comienzo de la evangelización de nuestro continente me entregasteis una cruz, facsímil de aquella primera cruz que Cristóbal Colón implantó el día del descubrimiento de este nuevo mundo, para que la trajera al Ecuador como un signo que lo convocara a renovar su fidelidad a la fe católica. Hoy vamos a dar la respuesta a vuestro llamamiento levantando estas cruces y proclamando: Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera. ¡Viva Cristo Rey!

HOMILIA DEL SANTO PADRE

Señor Cardenal, Hermanos en el Episcopado, Autoridades, queridos hermanos y hermanas:

> "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Ez 36, 28).

Con estas palabras tomadas de la primera lectura de la liturgia de hoy, deseo conmemorar **este día importante** en la historia de la evangelización del Ecuador. Como Obispo de Roma y Pastor de la Iglesia desde la sede de San Pedro, me produce gran alegría encontrarme aquí con todos vosotros. Vamos a celebrar la Eucaristía, centro de la vida litúrgica de la Iglesia, que generación tras generación ha alimentado la fe, la esperanza y el amor de este pueblo, congregado como comunidad eclesial en torno al primer obispado del Ecuador, precisamente el de Quito. Aquí los primeros misioneros celebraron por vez primera el Santo Sacrificio, en el lugar donde hoy se ubica la histórica capilla de El Belén.

En esta sede episcopal de Quito, junto con vuestro Pastor el Señor Cardenal-Arzobispo, con mis Hermanos Obispos, con los sacerdotes, religiosos, religiosas, laicos de los diversos movimientos eclesiales

y con todo el Pueblo católico del Ecuador, elevo mi acción de gracias al Dios Uno y Trino por los abundantes frutos de estos 450 años de evangelización, que se iniciara en estos territorios pocas décadas después de la llegada de Cristóbal Colón al nuevo mundo.

2. **En el nombre de la Santísima Trinidad,** Cristo Resucitado, al momento de volver al Padre y tras haber consumado su misión mesiánica en el mundo, envió a sus Apóstoles diciendo: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (**Mt** 28, 18-19). Y añadió: "Enseñadles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (v. 20).

Los Apóstoles de Cristo, y luego sus sucesores, han cumplido el mandato del Señor Resucitado y han continuado, generación tras generación, haciendo discípulos en todos los pueblos. Como el grano de trigo que se deposita en la tierra y germina, así la semilla del Evangelio fue sembrada en el alma fecunda de pueblos nuevos que, siempre más numerosos, **recibieron el Bautismo** en el nombre de la Santísima Trinidad. Ellos, aceptando a Cristo como Señor y Salvador, **entraron en la familia de los hijos de Dios,** la Iglesia.

3. De este modo, también en los nuevos pueblos del continente americano nacidos a la fe, ha venido a cumplirse **la profecía de Ezequiel** que hemos escuchado en la primera lectura: "Os recogeré de todos los países y os llevaré a vuestro suelo. Os rociaré con agua pura y quedaréis purificados; de todas vuestras manchas y de todos vuestros ídolos os purificaré" (**Ez** 36, 24-25).

La promesa del Señor se ha cumplido, y he aquí que los pueblos del nuevo mundo surgen como **un pueblo nuevo: el Pueblo de Dios:** "Habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" **Ez** 36, 28).

4. Lo que el profeta Ezequiel había anunciado teniendo ante los ojos el Israel de la antigua Alianza, se ha realizado en la nueva Alianza; a los 15 siglos de la venida de Cristo, su mensaje de salvación se ha he-

cho vida entre vosotros, empezando por vuestros antepasados.

En efecto, en 1534 se funda la ciudad indohispana de San Francisco de Quito con finalidades de evangelización, según las Actas. Diez años más tarde, aquella comunidad es constituida en obispado. Las "doctrinas", anticipos de futuras parroquias, se multiplican en manos de religiosos franciscanos, dominicos, agustinos y mercedarios. Y a los veinte años, de esa comunidad eclesial constituida en obispado nace políticamente la Real Audiencia de Quito, el 29 de agosto de 1563.

Incorporados a la tarea los religiosos de la Compañía de Jesús, la obra eclesial florece en una red de escuelas y liceos; en la Universidad dominicana de San Fulgencio y la jesuítica de San Gregorio; en el arte de la "escuela quiteña"; en la santidad de Mariana de Jesús; en la obra misionera en zonas amazónicas, donde mensajeros del Evangelio dan testimonio de Cristo con el martirio. En el Ecuador republicano, obispos, sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas y eminentes seglares comprometidos extienden y reafirman, desde comienzos del siglo XIX hasta el presente, la fisonomía cristiana y cultural de vuestra Nación.

5. Después de estos 450 años de evangelización, y a la vista de los sazonados frutos que la Palabra de Dios y la acción del Espíritu han hecho madurar en vuestra querida patria, como sucesor de San Pedro me llena el alma de gozo poder repetir aquí, en San Francisco de Quito, **las palabras del príncipe de los Apóstoles** que hemos oído en la segunda lectura: "Vosotros sois una raza elegida, un reino de sacerdotes, una nación consagrada, **un pueblo que Dios eligió** para que fuera suyo y proclamara sus maravillas. Vosotros estabais antes en las tinieblas y os **llamó Dios a su luz admirable**... sois Pueblo de Dios... habéis conocido su misericordia" (1 Pe 2, 9-10).

Una nación consagrada. Sí. Esta nación, hace ahora algo más de un siglo, se consagró como pueblo al Sagrado Corazón de Jesús. Todavía resuena en tantos espíritus el eco de aquellas palabras, con las que el pueblo ecuatoriano hizo su acto de consagración: "Este es, Señor, vuestro pueblo. Siempre os reconocerá por su Dios. No volverá sus ojos a otra estrella que a esa de amor y misericordia que brilla en medio de vuestro pecho, santuario de la divinidad, arca de vuestro Corazón".

Aquella solemne profesión de fe popular honra a esta nación que cuenta entre sus hijos ejemplos preclaros de santidad, como Santa Mariana de Jesús, el Santo Hermano Miguel, la Madre Mercedes de Jesús Molina a quien me cabrá la dicha de proclamar Beata, pasado mañana, en Guayaquil. Ellos son el fruto escogido de la evangelización del Ecuador. Ellos alientan y sirven de modelo a tantos hijos e hijas de la Iglesia, que quieren hacer hoy de sus vidas un fiel seguimiento de Cristo, una consciente consagración a El y a los hombres por El.

Queriods hermanos y hermanas: acoged como prenda de fidelidad la misericordia de Dios Padre, en la que habéis sido llamados a participar de la vida divina en Cristo, y habéis sido hechos templos de su Espíritu. Sois el pueblo anunciado por el profeta Ezequiel **que camina hacia el Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo** (Cf. **Lumen gentium,** 4). Sois parte de la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo, Redentor del mundo.

6. En este día feliz, en que elevamos nuestra acción de gracias a Dios por los 450 años de evangelización, deseo abrazar en mi corazón y en la plegaria a toda la Iglesia que camina hacia el Padre en Quito; a toda la Iglesia en Ecuador. A las Iglesias que durante este tiempo os han ayudado con personal y recursos.

Esta Eucaristía que celebramos en la capital de la nación. reune en torno al altar a fieles procedentes de todos los rincones del país. Como los granos de trigo se juntan para formar el pan eucarístico, así los ecuatorianos se reunen aquí con sus Pastores en torno al Papa, para ser confirmados en la fe, para avivar su esperanza, para testimoniar con amor su propósito de fidelidad a Cristo

Desde la hoya amazónica hasta la costa; de las ciudades y de los campos; de los Andes y de la llanura, los hijos de este país, situado en la mitad del mundo, se juntan hoy para elevar a Dios un himno de acción de gracias por el don de la fe.

Dado que a todos he venido a visitar, aunque no pueda ir a todos los lugares, desde este altar que es símbolo de común unidad de fe, **a todos presento mi saludo de paz,** de amor, de comunión en Cristo, que nos

llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 **Pe** 2, 9).

A los Pastores y fieles de las provincias eclesiásticas de Quito, de Cuenca y Guayaquil con sus respectivas diócesis sufragáneas; a los de la Prelatura de los Ríos, de las Prefecturas y Vicariatos Apostólicos; a los del continente y de las islas del Pacífico; a las poblaciones indígenas y al resto de los habitantes; a niños, jóvenes, adultos y ancianos.

En efecto, cada encuentro con un grupo o sector del Pueblo de Dios en cualquiera de las ciudades incluidas en el programa de la visita, quisiera que fuera un gesto simbólico que llegara a los mismos grupos o sectores del pueblo fiel **de toda la Nación**.

7. En el salmo responsorial hemos cantado: "El Señor es mi Pastor, nada me falta" (**Sal** 22-23, 1).

Desde el principio de los tiempos, aun antes de que aquí llegara la luz del Evangelio, la bondad paterna de Dios adornó con bellezas sin número las tierras del antiguo Reino de Quito. Todo lo puso Dios para que sirviera al hombre: las verdes praderas y las fuentes tranquilas, de las que nos habla el Salmo. El Creador mostró con ello todo su amor hacia la creatura hecha a su imagen y semejanza. Pero sólo con la Encarnación del Verbo se manifiesta en toda su profundidad el amor de Dios hacia el hombre. Cristo viene para ser el Pastor que cuida amorosamente del rebaño. El es **el Buen Pastor,** que está dispuesto incluso a "dar la vida por sus ovejas" (**Jn** 10, 11)

¡Con cuánta alegría proclama la liturgia de hoy esta verdad del Evangelio! "El Señor es mi Pastor". "El me guía por el sendero justo". "Aunque camine por cañadas oscuras nada temo, **porque tú vas conmigo"** ¡El es el Buen Pastor, Jesucristo! El que es el camino, que es la luz, es quien "repara mis fuerzas", el que "prepara una mesa ante mí": el banquete eucarístico, la mesa de la Palabra que revela los misterios de Dios y la mesa de su Cuerpo y de su Sangre, que alimentan para la vida eterna.

El hace realidad la promesa bíblica: "Me unges la cabeza con óleo", de la que nos habla el Salmo Responsorial. En este óleo, en este

perfume, se simboliza la gracia que irrumpe de lo alto, la fuerza del Espíritu que perfuma, que fortalece con su unción.

Cristo es el ungido de Dios, el Buen Pastor que continúa santificando mediante los sacramentos de la Iglesia. El está en la gracia de la unción de quien recibe el Bautismo, para entrar a formar parte del único rebaño de Cristo; está en la unción del sacramento de la madurez cristiana, la confirmación; está en la unción sacerdotal de quien es consagrado para predicar, ofrecer el sacrificio de la Eucaristía y perdonar los pecados en la Penitencia; está en la gracia que reciben los esposos que se unen en el Matrimonio; está en la unción del enfermo que se prepara para el viaje del encuentro con Dios.

Justamente el Salmista exclama lleno de gozo: "Mi cáliz reboza". He aquí simbolizada la comunión incesante de la nueva y eterna Alianza, en la que toman parte quienes confiesan su fe en Cristo crucificado, resucitado y exaltado a la derecha del Padre.

8. ¡Pueblo de Dios que habitas en estas tierras del Ecuador! Mi gozo desborda también hoy porque el Señor es tu Pastor, porque participas en el Sacrificio de la nueva Alianza. porque confiesas a Cristo muerto y resucitado como a tu Dios y Señor.

Mi cáliz rebosa en acción de gracias, porque se cumple la profecía de Ezequiel: "Vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" (Ez 36, 28). Un pueblo nuevo nacido del agua y del Espíritu Santo, que acepta la ley de Dios en su corazón como norma de vida: "Os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcáis según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas" (Ez 36, 26-27).

A cuatro siglos y medio de distancia tras haber recibido el Evangelio, te pregunto: Pueblo de Dios en Ecuador, que has recibido el Espíritu **Santísimo, la herencia del primer Pentecostés**: ¿"Es tu corazón fiel al Señor? ¿Observas los mandamientos del Dios de la Alianza, del Dios del Evangelio? ¿te mantienes en aquella **"novedad de vida"** que proviene del Señor?

9. Las generaciones han ido pasando sobre esta tierra. Una generación ha transmitido a la otra luz de Cristo, que durante cuatro siglos y medio ha iluminado el caminar del Pueblo de Dios del Ecuador.

En su alma llevaban **el signo indeleble del Bautismo;** en su corazón, **la esperanza ardiente en la resurrección futura y en la vida eterna.** De nuevo decimos con el Salmista: "Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida, y habitaré en la casa del Señor por años sin término" (**Sal** 22 23, 6).

En nuestra acción de gracias de esta mañana, evocamos el recuerdo de quienes **nos precedieron en la fe** y ahora habitan en la casa del Señor por años sin término. De ellos habéis recibido como herencia esta hermosa nación, la cultura, el tesoro inestimable de la fe, la herencia del espíritu.

Sabemos que nos aguardan dificultades y desafíos. Pero ¡caminamos con valor hacia el futuro! Cristo, el Buen Pastor, es el Príncipe del siglo futuro. El es el camino, la verdad y la vida. Mantengamos la unión con El y entre nosotros. Y **¡sigámosle!** Ayudados por María, **seamos perseverantes en quedarnos con El.** Así sea.



ENCUENTRO CON LAS RELIGIOSAS EN LA BASILICA DEL VOTO NACIONAL

SALUDO A NOMBRE DE LAS RELIGIOSAS POR LA MADRE JUANA INES GARCIA SUPERIORA GENERAL DE FRANCISCANAS MISIONERAS DE LA INMACULADA

Santo Padre:

BIENVENIDO a la Basílica del Voto Nacional, que es el templo de todos los corazones ecuatorianos ofrecidos al de Jesús.

Casi cien años de labores hablan de la fe y perseverancia cristiana de todo un pueblo que la vida consagrada quiere poner esta tarde a los pies de Su Santidad.

No estamos solas. Aunque si en el deseo y en el espíritu. Pero nos irá encontrando estos días en Latacunga, Cuenca, Guayaquil, y por donde vaya pasando Su Santidad, que por todas partes andamos sembradas como obreras en la Viña del Señor, trabajadoras del Reino.

Sinceramente, hoy no podemos ocultarle nuestra felicidad por estar entre nosotras. Casi a diario sabemos de sus gestos y palabras, de su entereza, de su oración, de su dolor que hacemos nuestro. Pero, esta tarde es tan especial, que todo se nos hace exultación y nueva confesión de amor.

Reciba, Santo Padre, nuestro saludo.
Es el saludo de hijas que se encuentran con el Padre;
de vocacionadas que necesitan escuchar su palabra;
de consagradas que quieren ser sacramento de su enseñanza en medio de las gentes;

es el saludo de una gran comunidad eclesial, la de toda la vida consagrada ecuatoriana, de hombres y mujeres que se sienten en comunión con el Supremo Pastor y Guía.

Todas tenemos grandes motivos para sentirnos agradecidas. Hace tres meses la vida consagrada ecuatoriana se vio exaltada en la canonización del Santo Hermano Miguel; y, pasado mañana, en Guayaquil, nosotras nos veremos particularmente reflejadas en la beatificación de nuestra Hermana, Madre Mercedes Molina.

Nuestra vida religiosa, evidentemente, se ve privilegiada en este su Pontificado. Pero también comprometida. Consciente de que esta hora nuestra nos está exigiendo una radicalización evangélica en nuestro seguimiento de Jesús dentro de nuestro pueblo, le pedimos que nos diga paternal y claramente lo que espera de nosotras. Su mensaje será nuestro mejor recuerdo de su paso por el Ecuador, al mismo tiempo, nueva pauta en nuestro estilo de vida y compromiso eclesial.

Santo Padre: el "Totus Tuus" de su lema pontificio, los hemos, respetuosamente traducido para nosotras, y, así le decimos, que la vida consagrada ecuatoriana es también Toda Suya.

Que el BIENVENIDO estampado en estas frías paredes de esta Basílica, es ante todo, el grito caluroso de nuestros corazones.

Gracias, Santo Padre, por haber venido y por estar entre nosotras.

MENSAJE DEL SANTO PADRE

Queridas religiosas del Ecuador:

1. Correspondo con afecto y gratitud a vuestro cariñoso recibimiento. Me llena de gozo encontrarme entre vosotras en esta histórica Basílica del Voto Nacional, monumento que recuerda la solemne consagración del Ecuador a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Quisiera deciros en pocas palabras, para que las podáis guardar fácilmente en el corazón, lo que Cristo espera de vosotras.

Os habéis entregado a El como respuesta a su "ven y sígueme", una invitación hecha con amor (cf. **Mt** 19, 21), para seguirle incondicionalmente y para servirle en los signos pobres de los hermanos.

Al veros aquí reunidas, tengo ante la mente la figura inolvidable de Santa Mariana de Jesús. Ella vivió un compromiso con el Señor tan auténtico y exigente, que en su vida se conjugaban de modo admirable una verdadera oración contemplativa, una gran acción misionera y caritativa y el espíritu de penitencia.

El tiempo no puede detener el ímpetu de consagración al Señor. en el que viven, también hoy, tantas almas consagradas personal o comunitariamente. Pero esta consagración debe ser evaluada con humildad, para reconocer con sencillez hasta dónde llegan las exigencias de la llamada divina. Porque vuestros compromisos de entrega radical no nacen de unas exigencias sociológicas, sino de un "sígueme" permanente del Señor, que os llama a seguirle y a servirle en el contexto actual de la Iglesia y del mundo. "El punto directo de referencia a una vocación así, es la persona viva de Jesucristo" **Redemptionis donum,** 6).

2. Vuestra vocación tiene el atractivo de ser signo portador de alegría y de esperanza, de serenidad y de fidelidad incuestionables al Evangelio. Es la alegría de pertenecer exclusivamente a Dios.

La renuncia a los bienes y seguridades terrenas, en el espíritu del sermón de la montaña y por la profesión de los consejos evangélicos, es una consagración que transforma vuestro servicio en misión de cercanía y de trascendencia a la vez. Cercanía caminando con los demás hermanos como compañeros de vuestro peregrinar; pero transparentando ya con el testimonio de vuestra vida aquel "más allá" que se cumplirá en el encuentro definitivo con Cristo.

Vuestra vocación es de escucha atenta y amorosa a la palabra de Dios, que en vosotras se transforma en respuesta generosa por la oración contemplativa y por la donación a los hermanos. Por vuestra vida de alabanza, de adoración y servicio a Dios, colaboráis en su plan de creación, redención y comunión universal. Vuestros horizontes son los del Corazón de Cristo, que se consagra al Padre para la salvación de toda la humanidad (cf. **Jn** 17, 19).

3. Vuestro ser femenino es creador; de ahí vuestra innegable capacidad de alegría, de limpieza pura, de sinceridad. Ese mismo ser os

da una capacidad especial para comprender, reconciliar, perdonar. Es el mismo que os da poder de unidad y convocatoria, para atraer hacia el redil del Buen Pastor a todos los llamados por el amor y el deseo ardiente de Cristo Redentor (cf. **Jn** 10, 16; 19, 28).

Vosotras sabéis muy bien que vuestra capacidad de amor y entrega a ideales altos puede evitar las destrucciones del odio y de la violencia; puede aliviar las heridas del egoísmo y liberar las cadenas de todas las opresiones y esclavitudes que derivan del pecado.

Mas para que vuestra vocación y vuestra condición como personas consagradas a Dios puedan dar sus frutos convirtiéndose en instrumentos de reconciliación, de unidad y de creadora iniciativa, es necesario que todo vuestro ser esté centrado en Aquel que es "el camino, la verdad y la vida" (**Jn** 14, 6). "Nuestra vida es Cristo" (**Moradas quintas,** 2, 4), decía Santa Teresa de Jesús, haciendo suya la exhortación de San Pablo (cf. **Col** 3, 3).

Recordad también que "llevamos este tesoro en vasijas de barro" (**2 Cor** 4, 7); por ello, junto a una actitud serenamente crítica, pero clara y decidida, frente a un mundo con frecuencia materialista y confiado en sus conquistas técnicas, no ha de faltar la conciencia de la propia debilidad y de la experiencia de la misericordia de Dios en la propia vida. De este modo os convertiréis en instrumentos de misericordia y de perdón para todos.

¿Cómo no recordar que precisamente una profunda experiencia de misericordia hace posible el ser madres de misericordia a ejemplo de María? En efecto, "María es la que de manera singular y excepcional ha experimentado, como nadie, la misericordia y, también de manera excepcional, ha hecho posible con el sacrificio de su corazón la propia participación en la revelación de la misericordia divina" (**Dives in misericordia,** 9).

4. La palabra de Nuestro Señor y Maestro, interpretada por el Magisterio eclesial, celebrada en la liturgia eucarística, contemplada en el corazón y vivida por los santos, ha de sostener la fidelidad generosa

y perseverante en vuestra vocación, por encima de tentaciones de personalismos egoístas, de ideas e iniciativas al margen del Evangelio.

Vuestra vida consagrada os hace entrar en el corazón de Dios para sintonizar con sus planes de salvación universal. Allí encontraréis la opción preferencial, pero que a nadie excluye, de Cristo por los más pobres y necesitados. Contemplación, vida comunitaria y servicio se os convertirán en equilibrio unificador de vuestro corazón, que os capacitará para llegar a todas las necesidades del mundo de hoy. Por esto debéis ser misioneras sin limitaciones ni fronteras.

5. Vuestra vida consagrada nace de una expresión de amor, manifestado en el "sígueme" de todos los días. El conocimiento evangélico de Cristo y la fuerza viva del encuentro personal y comunitario con El, modelarán vuestra vida obediente, pobre y casta.

Un Cristo obediente al Padre hasta la muerte de cruz, es locura para el mundo (cf. 2 Cor 1, 23); pero es iluminación para el que obedece con esa creadora inmolación de la voluntad, que hace fecunda la entrega y abundante la cosecha espiritual y apostólica.

Cristo pobre, despojado de todo poder y entregado por nuestro amor, es el argumento más firme de la pobreza y libertad que en El se logra; la pobreza de Cristo es el mejor camino para una liberación integral del hombre y de la sociedad entera.

Cristo virgen os contagiará de su amor esponsal y os enseñará a mirar a todas las personas por sí mismas, no por sus cualidades, intuyendo en ellas el misterio divino escondido en lo más profundo de su ser; en vuestra mirada y servicio de totalidad, descubrirán la mirada del Buen Pastor. Por esta donación e íntimo desposorio con Cristo, os haréis signo portador de Dios Amor para todos los hombres, especialmente de los que sufren, de los pobres y de las familias.

"El mundo tiene necesidad de la auténtica 'contradicción' de la consagración religiosa, como levadura incesante de renovación divina... El mundo actual y la humanidad tienen necesidad de este testimonio de amor" (**Redemptionis donum,** 14). Vuestra consagración se hace máxi-

ma capacidad de asociación a Cristo y de servicio eclesial, a ejemplo de María en su entrega al plan de salvación.

6. Queridas Religiosas: Antes de terminar, quiero presentaros el agradecimiento de la Iglesia por vuestra labor apostólica y vuestra voluntad de donación. En el silencio del claustro o en la vida activa; en la educación, en la asistencia a los enfermos, a los necesitados; en la catequesis, en las misiones o parroquias y en tantos otros campos en los que sé desarrolláis vuestra vocación de servicio a los hermanos, tened por seguro que estáis dando realmente testimonio del amor de Cristo a los hermanos.

Igualmente vosotras, queridas consagradas miembros de Institutos seculares, desde el carisma de vuestra inserción laical en el mundo para santificarlo, estáis también contribuyendo a construir callada y abnegadamente la Iglesia, la civilización del amor. Sed siempre fieles a las exigencias de vuestra vocación cristiana y apostólica; dejáos llenar por el Espíritu, para que, irradiando su vida, infundáis ilusión y esperanza en los que os rodean.

Todas vosotras, queridas religiosas ecuatorianas: recordad que la vida interior continúa siendo el alma de todo apostolado. Fomentad, pues, vuestro espíritu de oración, de sacrificio y de servicio eclesial.

A la Virgen María, Madre y modelo de toda alma consagrada, os encomiendo. Que Ella haga florecer abundantes vocaciones a la vida de especial consagración, para mayor gloria de Dios, bien de la Iglesia y servicio de amor al hombre. Y que el Señor os mantenga siempre fieles a vuestra vocación. En su nombre os bendigo de todo corazón.



ENCUENTRO CON LOS INTELECTUALES EN EL TEMPLO DE LA COMPAÑIA DE JESUS

SALUDO DEL R. P. HERNAN ANDRADE, S. J. RECTOR DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL

(miércoles 30 de enero de 1985 - 17h30)

Beatísimo Padre:

En vuestra visita de paternal bondad a nuestra Patria, habéis querido tener un encuentro con los representantes del mundo de la cultura, de la investigación y del pensamiento, y me ha cabido el honor excepcional de daros a nombre de todos ellos la bienvenida más íntima y cordial.

Con solicitud de Padre, habéis dispuesto que, en esta cita de luz, esté representada de modo especial la **Pontificia Universidad Católica del Ecuador,** triplemente vuestra, por Católica, por Pontificia y por Ecuatoriana, ya que el Ecuador es vuestro al entregarse a Vos con filial alegría.

Hemos deseado recibir vuestro saludo y rendiros nuestro homenaje, en este templo de la Compañía de Jesús, cargado de recuerdos centenarios, de arte y de oración y, lo que es más grato para nosotros, consagrado por la presencia y los restos mortales de Mariana de Jesús, la Joven ecuatoriana ceñida con la aureola de la santidad por vuestro predecesor, Pío XII.

Ha querido la bondad de mis colegas delegarme, como a Rector de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, el traer la voz de todos ellos. Ante todo de las Universidades y Escuelas Politécnicas de la Nación, del Consejo Superior y Académico y demás dirigentes de nuestra Universidad, de las Academias de la Lengua, de Historia, de Ciencias y de Medicina, del Instituto de Altos Estudios Nacionales, de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de la Sociedad Jurídico-Literaria, de la Sociedad Ecuatoriana de Escritores y el Grupo América, de los señores Ex-Embajadores ante la Santa Sede, de varios distinguidos Colegios Pro-

fesionales, y, en fin, de otras muchas Asociaciones consagradas a la producción intelectual y artística.

Todos estos trabajadores del espíritu, en esta hora oscura del mundo y de nuestra América —agrietada por heridas de violencia, de engaño, de menosprecio de lo que da sentido a la vida—, venimos a Vos, como Maestro universal, como Guardián de la Verdad eterna para los que tenemos fe, como el Hombre cuyo corazón está en contacto con el dolor y la esperanza de todos los pueblos, para recabar de Vos la palabra única que señale la ruta y dé aliento para la construcción, con el esfuerzo común, de un espacio de sinceridad, de servicio al Hombre, de Justicia, de Paz y de Amor, en donde nos encontremos todos quienes queremos trabajar por estos valores, no obstante la diversidad de tendencias.

Pero queréis también algo de nosotros. Algo que vaya más allá de la acogida a vuestra palabra de paternal llamada, de firme y suave urgencia. Algo más que una relación con vuestra Persona —por sagrada y honda que sea—. Queréis un compromiso nuestro con la Verdad, queréis que seamos los testigos de ella en nuestras cátedras, en nuestros libros y mensajes, en nuestras investigaciones y obras de arte. Los Testigos dispuestos a luchar por la búsqueda y la implantación de la Verdad; los Testigos comprometidos a trabajar por una sociedad de Justicia, por una América Hispana fiel a su fe y a su historia.

Recibid, pues, Santo Padre, el testimonio unánime de admiración y de adhesión a vuestra tarea en el mundo, que os entrega el elemento pensante de la Patria, y dadnos la palabra de orden para ser siempre los Testigos de los valores eternos, al servicio de nuestros hermanos.



Excelentísimos e Ilustrísimos Señores,
Señoras y Señores:

1. Tengo el honor de encontrarme hoy con vosotros, distinguidas personalidades que representáis el mundo de la cultura ecuatoriana. Saludo ante todo a los miembros de las Academias Nacionales de la Lengua y de la Historia, de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y del Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador, a las autoridades y profesores de las Universidades católicas o estatales, y de manera especial de la Pontificia Universidad Católica. Mi saludo deferente se extiende a todos los aquí presentes, hombres y mujeres, comprometidos en los campos de las letras, de las ciencias, de las artes y del liderazgo social.

Vaya en primer lugar a vosotros mi agradecimiento sincero por vuestra presencia, junto con mi admiración y respeto por todo lo que representáis en el campo de la cultura ecuatoriana; una cultura que posee hoy un panorama muy variado, una intensa actividad intelectual y artística, reconocida en el ámbito internacional y que expresa la creatividad de una nación que quiere salvaguardar su dignidad y su paz, en armonía y colaboración fraterna con los países limítrofes y con todas las otras naciones.

2. Este magnífico templo de "la Compañía", marco estupendo para nuestra reunión, expresa el aprecio que desde siglos la Iglesia en Ecuador ha mostrado a los valores artísticos y a su raigambre autóctona. El se yergue como uno de esos eximios logros en los que se ha plasmado la cultura. Tal obra, una entre tantas que son orgullo de vuestra nación, es ejemplo de esa transfiguración de la materia con la que el hombre expresa su historia, conserva y comunica sus aspiraciones y experiencias más hondas, encarna y transmite una herencia espiritual a las generaciones venideras.

La herencia espiritual que ha ido forjando la nación ecuatoriana es el resultado de un fecundo encuentro entre la fe católica y la religio-

sidad indígena de este país; encuentro que ha creado una cultura artística autóctona portadora y transmisora de grandes valores humanos, ennoblecidos por el Evangelio.

Son valores sustanciales que impregnan y aglutinan vuestras formas de vida familiar y social, privada y pública. Una sabiduría profunda de vuestra gente, una memoria histórica de luchas y triunfos, una común aspiración de patria, están simbolizadas en los mismos grandes temas religiosos que viven en el pueblo como focos de actividad cultural, y que inspiran la instrucción, el arte, las artesanías, la fiesta y el descanso, la convocación multitudinaria y hasta la organización misma de las comunidades.

Ejemplos sobresalientes de tales símbolos se admiran en tantas obras, en las que la "escuela quiteña" expresó su culto a los grandes temas del cristianismo. Aquí, en esta misma Iglesia, "los Profetas" de la Biblia, vivientes en lienzos, nos hablan de la historia de la salvación. Esparcidos por tantos rincones de la patria y más allá de sus fronteras, están los conjuntos escultóricos sobre el nacimiento y la pasión del Señor, los múltiples signos de la arraigada piedad mariana de este pueblo, con la admirable "Virgen de Quito" que es a la vez acercamiento al humilde y signo de júbilo, de esperanza y fraternidad para todos los ecuatorianos.

Ante estos signos artísticos y la cultura existencial que representan, ante los eximios valores humanos de esta Nación de sello cristiano, es justo recordar a vuestro ilustre compatriota que definió a la Iglesia como "modeladora de la nacionalidad" en Ecuador. El "Itinerario para párrocos de indios" del obispo de Quito, Alonso de la Peña; la primera Carta Fundamental del Ecuador republicano, redactado por sacerdotes del cabildo eclesiástico quiteño en 1812, la vigorosa orientación social y científica en las cátedras de jesuitas de la Universidad nacional y su primera Escuela Politécnica, son hitos luminosos, entre otros, de esta tarea de modelación y servicio.

3. Todo esto no es solamente recuerdo de un pasado. Es esfuerzo de actualidad y reto para el futuro, que pasa por el grave compromiso que los hijos de la Iglesia tienen de seguir evangelizando la cultura, de se-

guir encarnando la fe en la cultura, porque, como he dicho en otra ocasión, la fe que no se convierte en cultura es una fe no plenamente acogida, no enteramente pensada, no vivida en total fidelidad.

Por ello me es grato recordar que en el firmamento de la cultura brilla un ilustre religioso ecuatoriano, el Santo Hermano Miguel, académico, educador y catequista, a quien he tenido el honor de canonizar hace poco.

A él se une vuestra "Heroína Nacional" cuyos restos se veneran en esta misma iglesia: Santa Mariana de Jesús Paredes, quien encarnó su fe religiosa en esa expresión suprema de cultura que es la fraternidad en el servicio, y ofrendó su vida para la salvación de su pueblo.

Todos vosotros, Señoras y Señores, conocéis mi preocupación por el tema de la cultura en la Iglesia y de su irradiación como diálogo con la sociedad actual. En mi visita a la UNESCO quise poner los fundamentos de una nueva evangelización del mundo cultural; y con la creación del Pontificio Instituto para la Cultura he querido establecer las bases de un diálogo permanente entre fe y cultura, entre la Iglesia y la sociedad en sus altos representantes que son, como vosotros, los interlocutores en una tarea común, de importancia decisiva para la humanidad.

4. Para la Iglesia, la cultura tiene como punto de referencia el hombre, tal como ha sido querido y creado por Dios; con sus valores humanos y sus aspiraciones espirituales, con sus necesidades y realidad histórica, con sus connotaciones ambientales, con sus múltiples riquezas tradicionales. Sabemos que este acervo de valores no está exento de ambigüedades y errores: que puede ser manipulado para fines que a la larga atentan contra la dignidad del hombre.

Por eso la Iglesia se pone ante la cultura en atenta y respetuosa actitud de acogida y de diálogo, pero no puede renunciar a esa evangelización de la cultura que consiste en anunciar la buena noticia del Evangelio, de los valores profundos del hombre, de su dignidad, de la constante elevación que exige su condición de hijo de Dios. A tal fin, pone en el horizonte de la cultura la palabra, la gracia y la persona del Hombre nuevo, Jesucristo, que "manifiesta plenamente el hombre al propio

hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (cf. **Gaudium et spes,** 22; **Redemptor hominis,** 8, 13).

Es convicción de la Iglesia que su diálogo y evangelización de la cultura constituyen un alto servicio a la humanidad, y de manera especial a la humanidad de nuestro tiempo, amenazada paradójicamente por lo que podrían considerarse logros de su cultura autónoma; y que con frecuencia se convierten en atentados contra el hombre, contra su dignidad, su libertad, su vocación espiritual.

Por eso, la Iglesia sigue proclamando el misterio de Cristo que revela la verdad profunda del hombre; ella tiene la firme convicción de que el contacto del Evangelio con el hombre, con la sociedad, crea cultura auténtica; sabe que la cultura que nace de ese encuentro con el Evangelio es humana y humanizadora, capaz de llegar hasta las profundidades del corazón e irradiarse benéficamente a todos los ámbitos de la sociedad, a los campos del pensamiento, del arte, de la técnica, de todo lo que constituye verdadera cultura, auténtico esfuerzo para promover y expresar cuanto el Creador ha puesto en el corazón y en la inteligencia de los hombres, para bien y armonía de toda la creación. Es una actitud que la Iglesia quiere reflejar también en su contacto con las culturas de las minorías, dignas de todo respeto y promoción.

5. En esta hora de vuestra patria y con los ojos puestos en el futuro, quiero referirme a algunos datos que os confío como mensaje, esperando produzca frutos abundantes.

Ante todo me parece justo recordar que la obra de la evangelización de la cultura en vuestra nación supone a la vez dos cosas: que la tarea evangelizadora no puede realizarse al margen de lo que es y lo que está llamada a ser vuestra cultura nacional; y que, paralelamente, la cultura ecuatoriana no podrá, sin traicionarse a sí misma, dejar de prestar atención a los valores religiosos y cristianos que lleva en su misma entraña; antes bien, deberá tener un fecundo y enriquecedor intercambio con estos valores.

La Iglesia, además, quiere ser garantía y lugar de diálogo, de reconciliación y convergencia de todos los esfuerzos culturales que miren a la elevación del hombre. Permitidme decir que es hora de que hagamos desaparecer las incomprensiones y recelos que han podido surgir,

en esta nación, entre Iglesia y representantes de la cultura. Construyamos juntos el camino de la Verdad, que siendo única, hará confluir hacia ella los propósitos bienintencionados de todos; construyamos juntos la civilización de la dignidad del hombre, del culto insobornable a la moralidad, del respeto a la conciencia sincera; en una palabra, la civilización del amor, asumiendo con responsabilidad las tareas de fidelidad a la propia condición y al propio futuro. Nuestro encuentro es ya un signo y compromiso de colaboración entre la Iglesia y las Instituciones culturales del Ecuador, para servir al hombre de esta nación, especialmente al más necesitado, al que más pone su esperanza de progreso y libertad en la misión de la Iglesia y en la rectitud de la inteligencia de los hombres influyentes de su Patria.

En esa tarea han de hallar su puesto los cristianos y las Instituciones eclesiales de cultura, sabiendo hermanar las exigencias de la fe y los requisitos de la cultura. Dentro de un clima de libertad y respeto, participando limpiamente en la vida democrática de la nación, en fructuoso diálogo con todos los intelectuales, sin privilegios ni discriminaciones, sin renunciar a proponer y pedir respeto hacia los propios valores.

6. Este vasto proyecto adquiere carácter de urgencia y de solidaridad ante los nuevos retos de la convivencia social, del impacto del materialismo, de la progresiva amenaza de la violencia.

Hasta ahora ha podido preservarse, en este extremo occidental de América del Sur, la síntesis dinámica de convivencia social surgida del encuentro de diversas razas, cosmovisiones y culturas, bajo un signo de carácter cristiano.

Ante las nuevas exigencias de la sociedad actual, que reclama justamente metas de mayor dignidad para las personas, se impone un gran esfuerzo en favor de la justicia, del cambio de estructuras injustas y de la liberación del hombre de todas las esclavitudes que le amenazan. Sin que podamos olvidar, ante la tarea que nos incumbe, que fuerzas sociales alimentadas bajo el signo de cualesquiera materialismos, teóricos o prácticos, quieren instrumentalizar, a servicio de sus propias finalidades, los dirigidos análisis de la realidad social; mientras elaboran estructuras políticas y económicas en las que el hombre, desposeído de su ser íntimo y trascendente, pasa a ser una pieza más del mecanismo que le

priva de su libertad y dignidad interiores, de su creatividad como ser libre ante la cultura sin fronteras.

Al acercarse el quinto centenario de la epopeya evangelizadora, se vislumbra la posibilidad de que América Latina ofrezca al mundo un modelo de civilización que sea cristiana por sus obras y estilo de vida, más que por sus títulos meramente tradicionales.

La Iglesia hace un llamado apremiante a todos los cristianos del Ecuador comprometidos en una tarea intelectual de amplios reflejos culturales, sociales y políticos, para que asuman con fe y valentía la cuota de colaboración y riesgo que les corresponde en esta común empresa.

Que esos hombres y mujeres contribuyan eficazmente al robustecimiento de la nacionalidad, desde sus raíces de moralidad evangélica vivida y alimentada por la doctrina de la Iglesia. Que el sabio humanismo de este pueblo extienda su eficacia a los nuevos campos conflictivos en los que hoy se está debatiendo ya su mañana. Quiera Dios que la síntesis entre fe y cultura conduzca hacia una nueva era de paz, de progreso, de elevación de los más pobres, de enriquecedora convivencia dentro y fuera de las fronteras de este querido país.

7. Aunque sólo sea sumariamente, no puedo dejar de mencionar algunas tareas de responsabilidad cultural que competen solidariamente a vosotros y a las instituciones que representáis.

La moralidad en la vida privada y pública es la primera y fundamental dimensión de la cultura, como tuve ocasión de afirmar en la UNESCO. Si se resquebrajan los valores morales en el cumplimiento del deber, en las relaciones de confianza mutua, en la vida económica, en los servicios públicos en favor de las personas y de la sociedad, ¿cómo podremos hablar de cultura y de cultura al servicio del hombre?

El ordenamiento armonioso de las condiciones sociales es uno de los máximos imperativos de nuestro tiempo. Por ello, en el sentido más noble, la cultura es inseparable de la política, entendida como el arte del bien común, de la justa participación en los recursos, de la ordenada colaboración dentro de la libertad. La cultura tiene que ayudar a esta no-

ble tarea política, sin dejar que nadie se apropie indebidamente de la cultura y que la instrumentalice para sus propias miras de poder.

Es necesario también que vuestro pueblo, iluminado por los grandes principios de la doctrina social de la Iglesia, encuentre el camino de la paz y de la justicia social en el amor y el mutuo respeto. No se trata de elegir simplemente entre la alternativa de los sistemas que se disputan la hegemonía del poder. Desde la originalidad cristiana, y desde la sabiduría de vuestro pueblo, hay que encontrar ese camino transitable que conduzca a la elevación y la paz social entre todos los hijos de vuestra patria.

Es urgente ese esfuerzo cultural, que, desde la misma entraña de este pueblo, construya una convivencia que no necesita apoyarse en falaces ideologías contrapuestas. Por eso, los intelectuales están llamados a ofrecer un serio análisis de la sociedad que restituya toda su importancia autónoma a los factores específicamente culturales, más allá de los simples indicadores económicos, en los que queda prisionera la visión materialista de la sociedad.

8. Finalmente, en el contexto global de la cultura, la educación entra de lleno en la formación de los espíritus. En ese campo tiene un lugar privilegiado la universidad.

Vuestra patria, que tiene una tradición universitaria seria y reconocida, debe favorecer los centros universitarios, politécnicos, y otras instituciones de enseñanza, como sedes imprescindibles de la cultura, evitando con una política cultural adecuada que se transformen en lugares de lucha y de frustración para los más jóvenes. Antes bien, deben ser santuarios de la verdad, de la rectitud, del sentido solidario, talleres de laboriosidad intelectual, comunidades vivas donde se experimenten y vivan las formas pacíficas de una mayor participación y colaboración, palestras de los bienes del espíritu.

La Iglesia debe estar presente en esos ámbitos, no sólo con una adecuada pastoral universitaria, sino también con la presencia de profesores que desde su vocación cristiana en el laicado, con su ciencia y testimonio, ofrecen la síntesis de una alta cualificación intelectual y una profunda convicción cristiana, generadora de educación y de cultura.

En el amplio panorama de las valiosas universidades del Ecuador, no puede dejar de recordar las universidades católicas que dependen de

la Iglesia y que el Estado reconoce a través de acuerdos internacionales con la Sede Apostólica.

Por su calidad de universidades, su propia identidad y su dependencia de la Iglesia, están llamadas por título especial a desarrollar el programa de evangelización de la cultura al que he aludido antes.

No puedo olvidar, por último, la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, con sus diversas sedes. Es para mí motivo de gozo y ha de ser compromiso de fidelidad ese título de "pontificia". Que el esfuerzo de todos mantenga alto ese nombre, tanto por la seriedad y autenticidad de su obra cultural como por la plena participación de cuantos en ella colaboran: sacerdotes, religiosos y laicos; así, fiel a su estructura original, podrá favorecer un fecundo diálogo con las otras instituciones culturales del país.

9. Señoras y Señores: He podido apenas pergeñar algunos rasgos de vuestra alta misión de hombres de cultura, a la que me siento muy respetuosamente cercano. Al reiterar mi profunda estima por vuestra función, concluyo aletándoos a contribuir solidariamente, con un esfuerzo cultural integral e integrador de todos los recursos, a la elevación del hombre ecuatoriano: hombre sufriente y oprimido muchas veces; hombre profundamente religioso y trabajador, que no quiere caer bajo la dictadura de los materialismos; hombre con un inmenso patrimonio cultural que está luchando por preservar, para elevar así su propia dignidad; hombre que es para todos la pieza clave del universo; y que para el cristiano es un ser de inmensa dignidad, porque lleva en sí un soplo de vida de Aquel que se reveló en la historia, a través del Hijo del hombre, Camino, Verdad, y Vida. He dicho.

ENCUENTRO CON LOS OBREROS EN LA PLAZA DE SAN FRANCISCO

(miércoles 30 de enero de 1985 - 18h30)

SALUDO POR EL SR. RODRIGO MUÑOZ

Los obreros de este hermoso país, nos sentimos plenamente orgullosos por el deseo de Su Santidad, al querer reunirnos aquí en esta histórica plaza de San Francisco, para conocer el alma del pueblo ecuatoriano, y como ha hecho en otros lugares del mundo, visitar y dar aliento a los más desheredados. Pero, sobre todo, le agradecemos que quiera hablarnos con el lenguaje del Padre que consuela, que nos llena de alegría con su presencia y con palabras de verdad nos desvela el misterio del trabajo humano, que el mismo Cristo realizó como buen artesano en esta tierra. No en vano, la Iglesia se preocupó siempre de alentar el progreso y el impulso de la dignidad que el trabajo conlleva para el hombre. Sin olvidar una doctrina social, propia de nuestros tiempos más tecnificados, que al basarse no sólo en la justicia sino también en el amor, es el remedio que necesita el mundo obrero de hoy.

Conocemos la verdad de sus palabras, sin sumisiones de ningún tipo, en primer término porque es el Vicario de Cristo, y además porque Su Santidad fue obrero en el verdadero sentido de la palabra, conoció la violencia y la explotación, nuestros dolores y nuestras angustias y por ello también sabe de nuestros clamores de justicia y de comprensión.

Con frecuencia, Santidad, parece que el mundo del trabajo lo ocupa solamente una figura casi mítica: la del proletario, y se le coloca en la raíz de los conflictos. Y se olvida al obrero verdadero, el de las manos callosas y cuerpo cansado, el esposo cariñoso, el padre amante de sus hijos, el artesano feliz que realiza estas hermosas obras, que esta tarde le van a ofrendar. Obrero, cuyo corazón quisieran partir en dos únicos pedazos: uno, materialista, que reduce el noble esfuerzo del trabajo santo al tintineo de monedas desvalorizadas; y otro, violento, que

opta como solución por el enfrentamiento del odio.

Pero es el obrero, el hombre que encarna ese trabajo, que lo vuelve bueno, que le ayuda a servir a sus hermanos, el que impulsa el progreso de nuestra patria, y siente el orgullo de su propia dignidad.

Queremos escucharle Santidad: los trabajadores del campo, los artesanos de este país, los obreros de las industrias, los empleados, porque sabemos que sus palabras llenas de fe, de amor a los desposeídos, de vigor sobrenatural son las que necesitamos en estos tiempos violentos y tempestuosos, para que la familia humana encuentre de nuevo la paz.

MENSAJE DEL SANTO PADRE

Queridos trabajadores:

1. Desde estos lugares históricos en los que, hace cuatro siglos y medio, el Padre Ricke y sus compañeros sembraron el primer trigo en la tierra fecunda del Ecuador; y con él la semilla del Evangelio, dirijo mi afectuoso saludo a vosotros, trabajadores, trabajadoras, campesinos, a vuestras familias y a todos los hombres y mujeres del mundo del trabajo esparcidos por la geografía del País.

El admirable conjunto arquitectónico; llamado "el Escorial de los Andes", sirve de marco a nuestro encuentro: es el fruto del esfuerzo y del sudor de tantos trabajadores que levantaron aquí el templo, el convento y la plaza de San Francisco. Ellos, con el silencioso lenguaje de la piedra, siguen entonando un himno a la fe, al arte y particularmente al trabajo del hombre ecuatoriano. Ellos fueron también el marco de la Escuela quiteña de arte, que tanta belleza produjo y que elevó la condición social de tantas personas.

Vuestra presencia, hermanos trabajadores, vuelve mi memoria a los años de mi juventud. A mi experiencia inolvidable de trabajador, que como vosotros soportó las alegrías y las tristezas, los logros y las frustraciones que acompañan vuestra dura vida de trabajo. Este recuerdo permanente, junto con las obligaciones de mi ministerio pastoral, me han impulsado a dedicar en tantas ocasiones una atención especial a los pro-

blemas del trabajo. A ellos he consagrado también mi encíclica **Laborem exercens.** Espero que todos los trabajadores y fieles de este amado país, en el que dicho Documento ha hallado una acogida calurosa, como en otros países de América Latina, encuentren en sus páginas luz, para un conocimiento más amplio y profundo del pensamiento actual de la Iglesia sobre el trabajo y los trabajadores.

2. La problemática de frecuente injusticia y explotación del trabajador ha preocupado desde antiguo a la Iglesia. Ella, para tratar de buscar una respuesta a esos problemas, ha emanado una serie de Documentos que componen la llamada Doctrina Social de la Iglesia.

Esa Dostrina, que los Papas tenemos el derecho y deber de proclamar a todas las gentes de buena voluntad, como parte importante del mensaje de salvación—, tiene principios válidos en todas partes; pero han de acomodarse a las diversas circunstancias de cada pueblo.

Si miramos en concreto a vuestra situación, no podemos ignorar los momentos nada fáciles en que se encuentra vuestra patria en el terreno económico-social. Al igual que otros países de América Latina y del resto del mundo, el vuestro, —junto a desequilibrios estructurales anteriores—, sufre en estos momentos el peso enorme de una deuda exterior que amenaza su desarrollo. Y las consecuencias de un proceso inflacionario que arrastra consigo el aumento de los precios y la disminución del poder adquisitivo de la moneda. A esto se añade el grave problema de la desocupación, del subempleo y de la falta de puestos de trabajo. Sabemos que todos estos problemas obedecen a causas muy complejas; y que una solución eficaz no puede encontrarse sin resolver a la vez cuestiones que dependen del orden económico internacional. Pero me duele sobre todo que sean principalmente los más pobres, los más débiles en recursos, quienes deban sufrir con mayor gravedad las consecuencias negativas de esta crisis económica.

Frente a todo ello, es verdad que la Iglesia no tiene la competencia ni los medios, para ofrecer soluciones técnicas a tales problemas. Sin embargo, como parte integrante de su misión, puede y debe proclamar siempre los principios y valores morales, humanos y cristianos, de la vida social. Estos pueden ayudar eficazmente a iluminar las conciencias, a cambiar los corazones, y a impulsar las voluntades de todos los

ciudadanos; especialmente de quienes tienen la posibilidad, y la responsabilidad, de poner los medios para crear un orden social más justo; capaz de superar también las dificultades que se presenten en las diversas coyunturas adversas. Como dije en Puebla, "Urge sensibilizar a los fieles acerca de esta Doctrina Social de la Iglesia. Hay que poner particular cuidado en la formación de una conciencia social a todos los niveles y en todos los sectores. Cuando arrecian las injusticias y crece dolorosamente la distancia entre pobres y ricos, la Doctrina Social, en forma creativa y abierta a los amplios campos de la presencia de la Iglesia, debe ser preciso instrumento de formación y de acción" (Discurso de inauguración de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano, 28 enero 1979, III, 7).

Una vez más, en nombre del Evangelio, debemos convocar a todos los ciudadanos a un esfuerzo sin descanso. Para alcanzar una sociedad más justa, donde la vida de todos sea más humana, más digna del hombre. Hemos de esforzarnos por conseguir que desaparezca gradualmente ese abismo intolerable que separa a quienes poseen excesivas riquezas, pocos numerosos, de las grandes multitudes de pobres y de los que incluso viven en la miseria. Hay que hacer todo lo posible y hasta lo casi imposible, para que, ante todo, este abismo no aumente, sino que vaya disminuyendo, en aras de una mayor igualdad social; de tal modo que la actual distribución, tantas veces injusta, de los bienes producidos por el trabajo de todos, ceda su puesto a una más justa distribución entre los varios sectores de la sociedad.

De este esfuerzo, constante e incansable, por una mayor justicia; fruto de la colaboración y de la solidaridad entre todos los miembros de la sociedad, dependen además el presente y el futuro de las nuevas generaciones (cf. Visita a la favela Vidigal, Brasil 2 julio 1980, 3).

3. Queridos trabajadores y trabajadoras: quiero ahora recordaros algunos puntos que la Doctrina Social de la Iglesia considera básicos en su concepción del trabajo; y que os pueden guiar en esa lucha por un orden social más justo.

La palabra de Dios, desde las páginas del Génesis hasta los pasajes del Nuevo Testamento que nos proponen el ejemplo de Cristo trabajador, nos dejan múltiples testimonios de la dignidad y significación profunda del trabajo humano. En efecto, el hombre, creado a imagen de Dios, mediante su trabajo participa en la obra de la creación y de su

perfeccionamiento; cumpliendo el mandamiento del Señor de someter y dominar la tierra (cf. Gén. 1, 28). El trabajo es, además, "un bien del hombre, un bien de la humanidad, porque mediante el trabajo el hombre no sólo transforma la naturaleza, adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre; es más, en cierto sentido se hace más hombre" (**Laborem exercens,** 9, 23).

Ello confiere al trabajo y a quien lo ejerce una dignidad que lo realiza como persona y lo hace solidario con los demás. Vosotros, trabajadores, sabéis lo que significa trabajar para satisfacer vuestras necesidades y las de vuestras familias; porque el trabajo "es el fundamento sobre el que se forma la vida de la familia, y la primera escuela de trabajo para todo hombre" (**Laborem exercens,** 10). Vuestro trabajo es también un servicio a los demás, a la ciudad o al pueblo en que vivís, a la nación entera; porque "la Patria es una gran encarnación histórica y social del trabajo de todas las generaciones" (**ibid**). Realizad, pues, vuestro trabajo convencidos de vuestra dignidad; con ansias de superación personal y familiar; en espíritu de servicio y solidaridad; con sentido del deber y seriedad que en él ha de empeñaros.

La sociedad, por su parte, deberá reconocer en vosotros, en vuestro trabajo, uno de los fundamentos de su propia prosperidad y de su futuro. Por ello, todo orden social que quiera servir al hombre, habrá de colocar como fundamento de su legislación, de sus instituciones y de su vida productiva, esta valoración del trabajo de sus ciudadanos; **evitando siempre convertirlo en una simple mercancía, en objeto de compra y venta en el mercado;** como sucede tantas veces en la sociedad de nuestros días, bajo el influjo de las diversas ideologías.

Por eso, las condiciones indispensables de dignidad personal que deben acompañar cualquier forma de trabajo, por humilde que sea; su justa retribución mediante un salario capaz de llenar las necesidades honestas de la familia; así como la afirmación de los derechos que el feliz desarrollo de la conciencia social ha ido concediendo a los trabajadores —como la seguridad social, pensiones, etc.— **son exigencias morales que obligan en conciencia.** Incluso gravemente, aun en los casos en que la legislación vigente no ha podido traducirlo todavía en textos jurídicos eficaces.

4. Ahora deseo dirigir unas palabras en particular a los trabajadores del campo, que constituyen una parte importante del mundo trabajador ecuatoriano.

En la historia del país no han faltado momentos, como aquél llamado "petrolerismo", en que muchos abandonaron las faenas agrícolas, para buscar otros medios de subsistencia en el área de la industria y de los servicios. Es innegable, sin embargo, que el trabajo del campo continúa teniendo un puesto de primer plano en la vida del Ecuador. Sin duda, "el mundo agrícola, que ofrece a la sociedad los bienes necesarios para su sustento diario, reviste una importancia fundamental" (**Laborem exercens,** 21) que no siempre se reconoce efectivamente.

Sé que con frecuencia las condiciones de vida del campesino ecuatoriano, como el de otros países de América Latina, presentan no leves dificultades: jornadas laborales extenuantes; falta de la necesaria tecnología; salarios insuficientes; carencia en la formación profesional del agricultor; deficiente tutela de sus derechos laborales y asociativos; falta de protección en caso de vejez, enfermedad o desocupación; y en general, un nivel de vida inferior al de otros sectores de la sociedad.

Urge, por ello, introducir, con la colaboración de todos, los cambios necesarios, para dar a la agricultura y a los hombres del campo su justo valor, dentro del conjunto de la sociedad ecuatoriana. Vaya, pues, desde aquí mi voz de aliento y estímulo a todas aquellas iniciativas orientadas a completar, en todas sus dimensiones, **la reforma agraria;** dotando a los campesinos de aquellos medios técnicos, financieros, legales y de cultura, que les permitan incrementar el rendimiento de su trabajo; y elevar la calidad de vida para ellos y sus familias. Y vosotros, queridos campesinos, sed solidarios, y colaborad en iniciativas que vosotros mismos podáis promover.

5. Desde la **Rerum Novarum** de León XIII, la Doctrina Social de la Iglesia ha insistido en la importancia de la "solidaridad de los trabajadores" y de la "solidaridad con los trabajadores" (cf. **Laborem exercens,** 8) en la defensa de sus derechos, y en la larga lucha contra las injusticias a las que han estado sometidos, desde el comienzo de la era industrial.

Todavía hoy sigue siendo indispensable esta solidaridad; que ha de encontrar cauce adecuado en las organizaciones sindicales y profesionales. Cuando son verdaderamente representativas de los legítimos intereses y aspiraciones de los trabajadores, y no fuerzas políticas quizá separadas de ellos. Deseo, por esto, manifestar mi aliento y confianza en las organizaciones laborales, que, manteniéndose fieles a los principios del Evangelio y a la Doctrina Social de la Iglesia, buscan para sus

asociados la promoción integral de la persona humana; el respeto y la defensa de sus inalienables derechos; la justicia en las relaciones laborales; la solidaridad mutua y la participación activa, desde el campo o desde la ciudad, en la vida nacional.

6. Expreso, finalmente, mi mayor anhelo de que la Iglesia Católica en Ecuador, con sus Pastores al frente, dedique esfuerzos renovados en la urgente labor evangelizadora en el mundo del trabajo. Sin perder de vista aquellas realizaciones del pasado que dieron origen a las organizaciones laborales inspiradas en los principios cristianos, —ricos en humanidad y basados en la dignidad de la persona del trabajador—, pido a mis Hermanos obispos, a los sacerdotes, a los agentes de pastoral, a los líderes laborales y a los trabajadores, que hagan causa común; inspirándose en los principios actualizados de la Doctrina Social de la Iglesia. Para que el mundo del trabajo logre hallar derroteros de justicia, de libertad, de fraternidad, de corresponsabilidad en el destino común; manteniéndose firme al amor de Cristo, que enseña al verdadera paz, la liberación moral y material del trabajador y de todos los hombres.

Queridos trabajadores del Ecuador: Sed bien conscientes de vuestra dignidad como hombres y como cristianos Vuestra fe cristiana y las realidades que ella os enseña son una gran riqueza. Que nadie sea capaz de quitárosla. Esforzáos por todos los medios en mejorar vuestra situación humana, como quiere la Iglesia. Pero que nadie os haga olvidar vuestra riqueza interior, vuestro espíritu, que es capaz de Dios y de un destino eterno. Que nunca aceptéis sistemas de violencia que contradicen vuestra fe católica. Y no os separéis de vuestra Iglesia; sino cread con su guía iniciativas de promoción y dignidad crecientes, que os den mayor bienestar para el cuerpo y salvación para el espíritu. Así sea, con mi bendición para vosotros y vuestras familias.

ENCUENTRO CON LOS DIPLOMATICOS EN LA NUNCIATURA

MENSAJE DEL SANTO PADRE

Señores Embajadores, señoras y señores:

Es para mí motivo de complacencia encontrarme con vosotros ilustres miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante el Gobierno del Ecuador. Al dirigiros, a todos y cada uno, mi saludo más cordial, pienso también en todas las naciones a las que pertenecéis y representáis.

A todos esos pueblos expreso la estima y los más sinceros votos de la Iglesia, la cual se profesa católica, es decir, universal, abierta a todas las sociedades humanas, a las que desea un progreso armonioso, gracias al desarrollo de todo cuanto hay de bueno en ellas, en su cultura y en sus propios ciudadanos.

La Santa Sede, deseosa de favorecer un clima de fecundo diálogo con las instancias civiles responsables de la sociedad, desea poder mantener con los Estados relaciones duraderas, como un instrumento fundado en la comprensión y confianza mutuas, al servicio del hombre y de su elevación en todas las dimensiones.

Por su parte los Estados, cuya justificación reside en la soberanía de la sociedad, nunca pueden perder de vista este su primer objetivo, que es **el bien común** de todos los ciudadanos sin distinciones, y no sólo el de algunos grupos o categorías particulares. Por eso la función pública sólo puede ser entendida como lo que realmente es: un servicio al pueblo. que halla su plena realización en la solicitud por el bien de todos.

Invitado por las Autoridades civiles y por mis Hermanos en el episcopado, he venido al Ecuador como Sucesor de Pedro, a quien el Señor confió una misión para todo el género humano: la de proclamar la dignidad y la fundamental igualdad de todos los seres humanos y su derecho a vivir en un mundo de justicia y de paz, de fraternidad y solidaridad.

Creo que en ello tenemos **una misión común.** Cada uno de vosotros, como diplomáticos, sois enviados a representar y promover los intereses de vuestros respectivos Estados. Como grupos, sois también portadores de una misión que trasciende las fronteras regionales y nacionales, porque forma parte de vuestra misión promover la comprensión más estrecha a escala mundial: en una palabra, ser promotores de unidad, de paz, de convivencia y solidaridad. Tarea noble, pero también difícil, la vuestra. Pensad, sin embargo, que mientras servís a vuestra nación, sois también artífices del bien común de toda la familia humana.

Señoras y señores: Al reiteraros mi profunda estima por vuestras personas y misión, os expreso mis mejores deseos para las altas funciones que asumís. Y pido al Todopoderoso que os asista a vosotros y a vuestros seres queridos.

EN LATACUNGA

(jueves 31 de enero de 1985)

ENCUENTRO CON LOS PUEBLOS INDIGENAS

SALUDO DE MONS. JOSE MARIO RUIZ NAVAS, OBISPO DE LATACUNGA

Bienvenido a Latacunga, sede de vuestro Encuentro con los Pueblos indios de Ecuador, raíz más antigua, y no menos activa por menos valorada, de la nacionalidad ecuatoriana

Venciendo por amor a Cristo dificultades mayores que otros ecuatorianos, como la distancia y la pobreza, están aquí representantes de todos los Pueblos Indios. Por primera vez en la historia se reúnen todos los pueblos indios y se reúnen para ser protagonistas en un evento en que participan ecuatorianos de todos los niveles sociales. Lo extraordinario de vuestra presencia de Supremo Pastor explica lo extraordinario del acontecimiento.

Aman a la Iglesia y esperan que ella los acompañe, no tanto como voz de los sin voz, cuanto como luz que ayude a descubrir y cultivar sus valores.

Están presentes catequistas, misioneros y lectores acólitos indios.

Han acudido los personeros de organizaciones que representan a los pueblos indios en el campo socio-político.

Su coordinador nos hará ver sombras pero abiertas a la luz de Cristo. Dios y Hombre.

La presencia de Luis Felipe Atahualpa Duchicela XXVIII, descendiente directo de Atahualpa, el Inca Quiteño, y esos vestigios de antiguas culturas, que el Museo del Banco Central ha accedido a colocar junto a vos, dicen que los Pueblos Indios tienen historia, que no debe seguir sien-

do ignorada.

Rodean como corona al padre y a los hermanos indios los latacungueños y cotopaxenses, que han ayudado con alegría a preparar este acto; y también otros ecuatorianos vecinos.

Os pido que bendigáis a todos.

Con ayuda de católicos de Alemania e Italia la Diócesis de Latacunga os ofrece, en ocasión de este encuentro, el Seminario Menor "San Pedro", una octava "Casa Campesina" y una primera escuela artesanal; la casa campesina y la escuela llevarán vuestro nombre.

SALUDO DE LOS PUEBLOS INDIGENAS

A nombre del Consejo Nacional de Coordinación de las Nacionalidades Indígenas del Ecuador —CONACNIE, reciba un cordial y respetuoso saludo.

Somos pueblos de milenaria cultura que sufrimos la explotación, en varios casos por parte de los malos cristianos.

Desde la conquista española, hace 485 años nuestra situación no ha cambiado: continúan las humillaciones, el racismo y el marginamiento en todos los órdenes de la vida social e inclusive se nos ha quitado nuestra tierra a pesar de que Dios creó el mundo para todos los hombres.

Porque conocemos su preferencia por los pobres, pedimos en su presencia a nuestros gobernantes que continúen y profundicen la Reforma Agraria, respeten la tierra de los pueblos indígenas amazónicos y reconozcan que el Ecuador es un país pluricultural integrado por diversas nacionalidades: Quichuas, Shuar, Achuar, Chachis, Awas, Tsatchilas, Cofanes, Secoyas, Sionas y Huaoranis, a más de la sociedad de tipo "occidental".

Creemos en la enseñanza de la palabra de Dios, pero en aquella que trae la verdad y la justicia, porque no puede haber paz si no hay justicia, y si los sistemas de dominación no cambian.

Los pueblos indígenas apoyamos el pronunciamiento de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana con relación al compromiso de la Iglesia con los pueblos oprimidos. puesto que recoge los anhelos y luchas por

pan, tierra, trabajo y libertad.

Esperamos Santo Padre su palabra que ayude al compromiso con los pueblos indígenas.

Manuel Imbaquingo
Secretario General de ECUARUNARI
Coordinador General del CONACNIE

SALUDO DE LA IGLESIA QUICHUA

Papa Santo de Roma, Juan Pablo II. Los catequistas, lectores-acólitos, misioneros de la Iglesia Quichua te agradecemos por mi boca, porque, visitándonos a los indios, enseñas a los otros ecuatorianos y a nosotros indios que somos iguales.

Te preguntamos ¿hemos de sufrir no más en esta vida, esperando en la otra vida al Salvador personal de cada uno, como dicen los protestantes que nos dividen y como dejan pensar algunos padrecitos que no caminan con nosotros y sólo aprovechan fiestas y bautizos y matrimonios sin la Palabra de Dios?

Te contamos que no queremos odiar a nadie; pero no queremos sufrir más.

Mayoría padrecitos y madrecitas nos hacen pensar que a Jesús, siendo él Dios y también hombre, no le gusta que suframos en la tierra; nos ayudan a unirnos y a respetarnos, para adelantar y ser ecuatorianos de verdad.

Pero te contamos que es difícil adelantar, porque todavía algunos ecuatorianos nos desprecian y nos hacen sentir como si fuéramos de otro país en nuestra misma tierra; porque todavía numerosos hermanos de nuestros pueblos no hacen bastante para vivir unidos, se dejan engañar con regalos.

Te pedimos que apoyes a los que nos apoyan, a los que nos ayudan a pensar con cabeza propia, a unirnos, a estudiar y a progresar.

Estamos contentos porque Taita Obispos ya confían en nosotros como catequistas, misioneros, lectores, acólitos; y queremos que confíen más y sigan apoyando a nuestras comunidades.

Tu visita nos ha de dar fuerzas para adelantar.

SALUDO DE LA IGLESIA SHUAR

Nuestro santo Papa, siendo tú la cabeza visible de la Iglesia, te saludo.

Habiéndonos enseñado los misioneros la Palabra de Dios, empezamos hasta a perdonar también a nuestros enemigos.

Esos hombres (los misioneros de los Shuar) no vinieron para que se pierdan nuestros valores, sino que los asumieron con nuestro idioma, con nuestros cantos y, así, nos encaminamos hacia Jesús.

Donde nosotros entre los Shuar ese trabajo de la comunidad cristiana, a la Iglesia hace viva y fuerte y la hace caminar adelante.

En la comunidad cristiana todos los domingos se proclama la Palabra de Dios por sus ministros escogidos por Dios que la explican. Ahora somos más de trescientos entre Anunciadores, Lectores y Acólitos Shuar.

Para la comunidad cristiana, la Iglesia Shuar, se adelante, queremos llegar al Diaconado y al sacerdocio.

Nosotros los Shuar también formamos la comunidad cristiana, la Iglesia; ésta no está separada. Reunidos juntos queremos caminar con todos los cristianos de Ecuador y formar una sola Iglesia con todos los cristianos del mundo entero.

Nosotros también los Shuar pedimos que nos bendigas con el poder de Dios y que pidas a Dios todos los días por nosotros sin olvidarte. Nosotros también asimismo siempre pediremos a Dios por ti.

PEDIDO DE BENDICION DE BIBLIAS

Yo saludo a nuestro pastor Papa Santo Juan Pablo II.

Yo soy Resurrección Naula que represento a los Misioneros campesinos de la Diócesis de Riobamba, provincia de Chimborazo.

Estamos contentos de que haya venido a la vista de nuestro Ecuador y a conocer a nosotros indígenas, cómo vivimos.

En nuestra situación de pobres la Palabra de Dios es como luz que abre los ojos, como fuerza que hace crecer y que da vida.

Con la Palabra de Dios nos unimos, con la Palabra de Dios trabajamos por nuestra liberación.

Monseñor Proaño en 30 años de trabajo con nosotros indígenas ha entregado la Palabra de Dios. El es como padre y ayuda siempre a nosotros, porque con él siempre tenemos esperanza.

Cuando tengas que mandar a otro obispo te rogamos mandes alguien que sepa amar, acompañar y dar esperanza a los pobres, así como ha hecho nuestro Monseñor Proaño.

Ahora te pedimos que dejes la Palabra de Dios, la Biblia, para poder practicar más nosotros indígenas campesinos.

Pedimos que pidas a Dios por todos nosotros indígenas y campesinos para que practiquemos más y trabajar por parte de Dios.

MENSAJE DEL SANTO PADRE

¡Alabado sea Jesucristo!
Amados hijos e hijas:
¡Pai Apunchic Jesucristo yupaichashca cachun!
Cuyashca churicuna, ushushicuna.

En esta antigua ciudad de Latacunga, me siento feliz de encontrarme entre vosotros como un padre en medio de sus hijos más queridos. Veo aquí a tantos que han venido —muchos incluso a pie desde las inmensas selvas orientales y de los grandes ríos de la costa, junto a los habitantes de esta hermosa sierra ecuatoriana. Vosotros me ofrecéis un espectáculo alentador con la policromía de vuestros vestidos, y sobre todo con vuestro amor ardiente a Jesús, cuyo humilde mensajero soy. Recibid en primer lugar mi más vivo agradecimiento por vuestra venida a este encuentro.

I. Los valores indígenas

1. Hace 450 años la fe en Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Ya antes, sin que vosotros lo sospecharais, Dios había estado presente, iluminando vuestro camino. El Apóstol San Juan nos lo dice: El Verbo, el

Hijo de Dios, "es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que llega a este mundo" (**Jn** 1, 9).

Fue El quien alumbró el corazón de vuestros pueblos, para que fuerais descubriendo las huellas de Dios Creador en todas sus criaturas: en el sol y en la luna, en la buena y grande madre tierra, en la nieve y el volcán, en las lagunas y en los ríos que bajan desde vuestras altas cordilleras.

¡Qué emoción la de vuestros padres, cuando, a la luz del Evangelio, descubrieron que ellos mismos valían mucho más que todas las maravillas de la creación, porque ellos habían sido creados a imagen y semejanza de Dios, como retratos resplandecientes suyos! ¡Qué alegría la de vuestros padres, cuando supieron que el Gran Dios que había creado todo para el servicio de los hombres, ese mismo Dios había querido volverse cercano a nosotros en su Hijo Jesucristo, haciéndose hombre, para que nosotros llegáramos a ser hijos adoptivos de El! ¡Qué alegría para ellos conocer que todos los hombres somos hermanos, porque la vida de Jesús —Hijo de Dios— podemos tenerla también todos nosotros. Desde entonces, el espíritu de unidad y solidaridad, tan propio de vuestros pueblos, recibió más hondura y más fuerza.

Este espíritu de unión solidaria se manifiesta aún en muchas formas: en la alegría y el entusiasmo de vuestras mingas, en vuestras bellas fiestas, en la generosidad con que recibís a los forasteros, en el amor con que acompañáis a vuestros vecinos en sus penas. Así cumplís aquello que Dios nos pide en su Palabra diciendo: "Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran" (**Rom** 12, 15). Esta unidad se muestra con gran riqueza en vuestras familias, unidas por la sangre o por el parentesco espiritual, y también en vuestras organizaciones, como las "comunas".

2. Desde antes de la evangelización había en vuestros pueblos semillas de Cristo: Estáis convencidos de estar unidos más allá de la muerte. Vuestros pueblos identifican el mal con la muerte y el bien con la vida; y Jesús es la Vida. Vuestros pueblos tienen un vivo sentido de justicia; y Jesús proclama bienaventurados a los sedientos de justicia (cf. **Mt** 6, 6). Vuestros pueblos dan gran valor a la palabra; y Jesús es la Palabra del Padre. Vuestros pueblos son abiertos a la interrelación;

diría que vivís para relacionaros; y Cristo es el camino para la relación entre Dios y los hombres y de los hombres entre sí. Todo esto son semillas de Cristo, que la evangelización encontró y debió luego purificar, profundizar y completar.

Desde el principio, sin daros cuenta, habíais adivinado también en vuestro corazón el gran deseo de Dios de que los hombres de todas las razas y culturas nos fuéramos uniendo en una sola comunidad de amor, en una inmensa familia, cuya cabeza es Jesús, cuyo Padre es el Padre de Jesucristo, cuya alma es el Espíritu Santo, Espíritu de Jesús y del Padre. Esa familia es la Iglesia, que tiene por Madre a la Virgen María.

3. Vuestros Obispos señalaron en Puebla (cf.n. 409) que América Latina y, en ella, Ecuador tiene su origen en el mestizaje racial y cultural de España y de vuestros pueblos. Tal mestizaje es testimonio de grandeza espiritual, cuando es fuente de respeto mutuo entre los descendientes de ambas comunidades.

Los valores profundos de vuestras gentes no son realidades meramente folklóricas; son realidades vigentes (cf. Puebla, 398), que habéis mantenido, no sin graves dificultades, a lo largo de siglos.

Esas realidades tan positivas, signo de robustez interior, hablan con más elocuencia que la de los vestigios de vuestras culturas encontrados en lugares como la Tolita, Valdivia, Manta, Pachusala, Chorrera, Angamarca e Ingapirca.

II. Problemas

1. Conozco las dificultades y sufrimientos que en vuestra historia pasada y presente habéis encontrado, y que a veces os ha hecho dudar de vosotros mismos y de vuestra identidad.

Sé también que numerosos misioneros, entre ellos Fray Bartolomé de las Casas, el Padre Vieira, el obispo Pedro de la Peña y otros, así como los miembros de diversos Concilios, lucharon en defensa de los derechos del indígena. Ellos hicieron oír su grito de denuncia ante las autoridades europeas con gran energía. Hombres de gran talento y co-

razón, como los Padres Vitoria y Suárez, habían precedido estos reclamos, proclamando que los derechos humanos de vuestros pueblos estaban antes que cualquier otro derecho establecido por leyes humanas. leyes positivas y el que urge la rectitud y eficacia de las mismas.

Vuestra comunidad se ha esforzado durante siglos por conservar sus valores y cultura. No se trata de oponerse a una justa integración y convivencia a nivel más amplio, que permita a vuestras colectividades el desarrollo de la propia cultura y la haga capaz de asimilar de modo propio los hallazgos científicos y técnicos. Pero es perfectamente legítimo buscar la preservación del propio espíritu en sus varias expresiones culturales. Así lo han interpretado vuestros Obispos en su documento sobre "Opciones pastorales".

2. Un grave problema del momento es que vuestra sociedad va perdiendo valores preciosos que podían enriquecer a otras culturas: se va debilitando el sentido religioso y se olvida a Dios; el sentido de la comunidad y de la familia, sobre todo porque os veis obligados a emigrar por falta de tierras y por la injusta relación entre agricultura, industria y comercio.

Hay otros peligros que os amenazan de muerte. Sólo mencionaré el del alcoholismo, que va destruyendo el vigor de vuestro pueblo. No se me oculta la complejidad del problema. Por eso, al invitaros a una conducta moral que evite ese doloroso fenómeno, hago a la vez un llamamiento a cuantos pueden colaborar en ello, para que se combatan todas las causas que agravan o propician fenómenos de este género. Una lucha eficaz no podrá prescindir de combatir la desnutrición, el analfabetismo, la falta de vestido, de vivienda digna, de trabajo, la carencia de sanas distracciones; en una palabra, la marginación y lo que impide un horizonte de esperanza para la persona humana y el camino hacia su dignidad como tal.

III. Anhelos

Quiero ahora hacerme eco y portavoz de vuestros más profundos anhelos.

1. Ante todo, vosotros queréis con razón ser respetados como personas y como ciudadanos. La Iglesia hace suya esta aspiración, ya que vuestra dignidad no es menor que la de cualquier otra persona o

raza. En efecto, todo hombre es nobilísimo, porque es imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1, 26-27). Y Jesús quiso identificarse tanto con todo lo que se hace o se deja de hacer a cualquiera de estos hermanos, el hombre, especialmente con los pobres y marginados, que declaró que a El se hace o se deja de hacer. Por ello nadie puede preciarse de ser verdadero cristiano, si menosprecia a los demás a causa de su raza o cultura. San Pablo escribía: "Todos nosotros, ya seamos judíos o griegos, esclavos o libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un único cuerpo" (1 Cor 12, 13). Una realidad que debe concretarse en la vida personal y social.

Los más conscientes de vosotros anheláis que sea respetada vuestra cultura, vuestras tradiciones y costumbres, y que sea tomada en cuenta la forma de gobierno de vuestras comunidades. Es una legítima aspiración que se inscribe en el marco de la verdad expresiva del espíritu humano. Ello puede enriquecer no poco la convivencia humana, dentro del conjunto de las exigencias y equilibrio de una sociedad.

2. A este propósito, deseo alentar a los sacerdotes y religiosos a evangelizar, teniendo bien en cuenta vuestra cultura indígena; y a acoger con alegría los elementos autóctonos de los que ellos mismos participan. En esa línea hago mío el pedido que vuestros Obispos hicieron en Puebla: "Que las Iglesias particulares se esmeren en adaptarse, realizando el esfuerzo de un trasvasamiento del mensaje evangélico al lenguaje antropológico y a los símbolos de la cultura en que se inserta" (Puebla, 404).

Pero aunque la Iglesia respeta y estima las culturas de cada pueblo, y por tanto las de vuestros grupos étnicos; aunque trata de valorizar todo lo positivo que hay en ellas, no puede renunciar a su deber de esforzarse por elevar las costumbres, predicando la moral del Decálogo, la más fundamental expresión ética de la humanidad, revelada por Dios mismo y completada con la ley del amor enseñada por Cristo. Considera a la vez un deber tratar de desterrar las prácticas o costumbres que sean contrarias a la moral y verdad del Evangelio. Ella, en efecto, ha de ser fiel a Dios y a su misión. "Por lo cual, no puede verse como un atropello la evangelización que invita a abandonar falsas concepciones de Dios, conductas antinaturales y aberrantes manipulaciones del hombre por el hombre" (Puebla, 406).

3. Vosotros, como parte del mundo campesino latinoamericano al que pertenecéis. amáis la tierra y queréis permanecer en contacto con ella. Vuestra cultura está vinculada a la posesión efectiva y digna de la tierra.

Sé que desde hace años está en marcha una reforma agraria, en la que ha tomado una digna parte la Iglesia en Ecuador. Quiero alentar esa laudable iniciativa, que a la luz de la experiencia habrá de ir corrigiendo las deficiencias, para ir completándose con el debido asesoramiento técnico, con la ayuda mediante otros medios económicos, con el respeto de la integración comunitaria tan propia de vosotros, para hacer también posible un mejor rendimiento y la posterior comercialización de los productos.

El irrenunciable respeto a vuestro medio ambiente, puede a veces entrar en conflicto con exigencias como la explotación de recursos. Es un conflicto que plantea a numerosos pueblos un verdadero desafío, y al que hay que hallar caminos de solución que respeten las necesidades de las personas, por encima de las solas razones económicas.

En el camino de vuestra promoción, vosotros anheláis ser los gestores y agentes de vuestro propio adelanto, sin interferencias de quienes querrían lanzaros hacia reacciones de violencia o manteneros en situaciones de inaceptable injusticia. Queréis tomar parte en la marcha de vuestra nación, hombro a hombro con todos vuestros hermanos ecuatorianos y en efectiva igualdad de derechos. Es una justa e irrenunciable aspiración, cuya realización fundamentará la paz, que ha de ser fruto de la justicia. En ese proceso, recordad siempre que Jesús nos llama a la paz, que El es nuestra paz (f. **Ef** 2, 14). Sólo en El, con El la conseguiréis de verdad.

4. Por lo que se refiere a vuestro puesto en la Iglesia, ella desea que podáis ocupar el lugar que os corresponde, en los diversos ministerios, incluso en el sacerdocio. ¡Qué feliz día aquel, en que vuestras comunidades puedan estar servidas por misioneros y misioneras, por sacerdotes y Obispos de vuestra sangre, para que junto con los hermanos de otros pueblos, podáis adorar al único y verdadero Dios, cada cual con sus propias características, pero unidos todos en la misma fe y en un mismo amor.

Me alegra profundamente que todos estos anhelos vuestros hayan sido recogidos en las Opciones Pastorales, que vuestros Obispos se trazaron, después de oir los diversos sectores del pueblo de Dios: el anhelo de comunión y participación en las relaciones con Dios, en las relaciones entre personas y en las relaciones con el mundo (Opciones Pastorales, 81).

Quiero confiar esos deseos y necesidades a María Santísima, la Madre que desde el principio de la evangelización dejó sentir su protección especial para vosotros. Ella ha sido amada bajo diversos nombres: Virgen del Quinche, del Cisne, de las Lajas, la Dolorosa, la Virgen de Agua Santa de Baños, de Macas, del Rocío, de la Nube, de la Merced, del Carmen, de la Elevación, del Guayco, de La Paz. Tenedla siempre por Madre y recurrid a ella con amor de buenos hijos.

IV. Despedida

Queridos hijos e hijas, que habéis venido a encontraros con el Sucesor del apóstol Pedro: estoy contento de haber podido estar con vosotros. Siento no poder prolongar la alegría de este encuentro, pero os aseguro que os llevo en mi corazón.

Sé que me váis a pedir que entregue la Boblia a las comunidades cristianas de vuestros pueblos. Con la alegría de saber que la Iglesia en Ecuador ha editado 200.000 ejemplares de la Biblia en ocasión de mi visita, deseo confiar la Palabra de Dios a vuestros animadores, catequistas, misioneros y lectores acólitos, para que, unidos a sus Obispos y sacerdotes, la comuniquen a sus comunidades como fuerza de fe, de esperanza cristiana, de libertad, de amor, de justicia y de paz.

Antes de dejaros, llegue mi voz de aliento y gratitud a todos los que os sirven con amor: al Obispo de esta diócesis de Latacunga, a los otros Obispos, sacerdotes, religiosas, seglares que, con diversos nombres, entregan su vida a procurar vuestro bien.

Os reitero mi agradecimiento, porque con vuestras autoridades y vuestro Comité habéis acogido tan cordialmente a mí y a tan numerosos hermanos.

HOMILIA EN LA CELEBRACION EUCARISTICA EN MIRAFLORES

(jueves 31 de enero de 1985)

Señor Arzobispo, Hermanos en el episcopado, Autoridades, queridos hermanos y hermanas:

"Alabad a Yavé, todas las naciones" (Sal 116, 1).

1. Pronunciamos con entusiasmo las palabras del salmo, para dar gloria a Dios Creador del mundo y Señor de la historia, y que, mediante Jesucristo, está particularmente presente desde hace cuatro siglos y medio entre su pueblo en tierras del Ecuador. Me alegro de poder participar, como Obispo de Roma y Sucesor de San Pedro, en este importante aniversario que celebra el Pueblo y la Iglesia en vuestra patria.

Hoy tengo la ocasión de encontrarme con los hijos e hijas del Ecuador, aquí, **en la ciudad de Cuenca**. Un impulso de fe dictó para ella el cristiano y humano lema: "Primero Dios y después Vos". La misma fe inspiró a grandes ciudadanos y literatos, como Honorato Vázquez, Remigio Crespo, Miguel Moreno y otros ilustres hijos de esta ciudad, la "Atenas del Ecuador". La misma fe se encarnó en eclesiásticos como el Siervo de Dios, Padre Julio María Matovelle, fundador de las Congregaciones de Padres Oblatos y Hermanas Oblatas, promotor de la Basílica del Voto Nacional de esta República, la primera en ser consagrada al Sagrado Corazón. Ciudad eucarística y mariana, ésta de Santa Ana de los ríos de Cuenca.

2. "Alabad a Yavé, todas las naciones".

Hoy deseamos entrar **en la interioridad de este pueblo**, que vive en vuestra patria. Esta interioridad —como en cualquier parte del mundo— se forma mediante la familia. Esta es la sociedad humana fundamental, y al mismo tiempo la célula más pequeña de cada sociedad, de cada nación. Ella ha sido definida también —según la tradición de los Padres de la Iglesia— "la más pequeña iglesia doméstica".

A esta tradición se ha referido el Sínodo de los Obispos de 1980, y de ello ha dado testimonio la Exhortación Apostólica "Familiaris consortio", promulgada después del Sínodo.

3. Esta "iglesia doméstica" nace del preciso designio de Dios, que no es otra cosa que un designio de amor. La unión del hombre y de la mujer en el sacramento del matrimonio, que da comienzo a cada familia cristiana, arranca precisamente de aquí (cf. **Familiaris consortio,** 11).

El don recíproco de los esposos, tanto a nivel físico como espiritual, adquiere de ahí su verdadera, grande e indestructible importancia —incluso desde el punto de vista humano— como compromiso total del hombre y de la mujer **para toda la vida,** hasta la muerte; y de esta globalidad brotan también las exigencias de la fecundidad responsable, "la cual, orientada a engendrar una persona humana, supera por su naturaleza el orden puramente biológico y toca una serie de valores personales, para cuyo crecimiento armonioso es necesaria la contribución perdurable y concorde de los padres" (**Familiaris consortio,** 11). Por eso sólo es posible esta donación dentro del matrimonio, en la comunidad de vida y amor querida por Dios.

La unión conyugal es una alianza que tiene como modelo el pacto de comunión de amor entre Dios y su Pueblo en la historia de la salvación, con un vínculo de fidelidad del que arranca su naturaleza, su fuerza y su **idisolubilidad;** es más, ella tiene como modelo la unión esponsal entre Cristo y su Iglesia, en la economía sacramental del Nuevo Testamento; de modo que los esposos, perteneciéndose el uno al otro, son su verdadera imagen, su "signo" elocuente, su representación real.

Así, el don preciosísimo de los hijos es la expresión más elevada de esta donación recíproca, fundada sobre la donación de Dios a la humanidad y de Cristo a la Iglesia (cf. **Familiaris consortio,** 14).

4. La liturgia de hoy nos lleva también al interior de la sociedad familiar, poniendo sobre todo en evidencia, en el Evangelio según San Lucas, **la vida de la Sagrada Familia de Nazaret.**

En el seno de esta Familia se realizó la Redención del mundo por el hecho de que Jesucristo "estaba bajo la autoridad" de María y José, como un hijo a sus padres. Y creciendo en adad, El **"iba creciendo en sabiduría,** en estatura y en gracia ante Dios y los hombres". Y su Madre, María, **"conservaba** todo esto —los recuerdos de aquellos años— **en su corazón".**

La vida escondida en Nazaret: esta realidad nos hace comprender cómo un particular ministerio de la **economía salvífica de Dios** está relacionada con la familia humana. Dentro de aquella familia de Nazaret se preparó el ministerio mesiánico de Jesús: **aquel Evangelio de la salvación,** que desde el Bautismo en el Jordán resonó como un gran eco, primero entre las generaciones de Israel y luego en toda la tierra.

Y este Evangelio —la Buena Nueva preparada durante **el período de la vida escondida en el seno de la familia nazarena**— contiene en sí todas aquellas verdades e indicaciones que aseguran a cada familia humana su dignidad, santidad y felicidad.

5. Por eso también el apóstol Pablo, en la segunda lectura de la liturgia de hoy, grita a todas las familias: "la Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza"!

Y, al mismo tiempo, en la carta a los Colosenses, el Apóstol nos da **la imagen verdaderamente evangélica de la vida de la familia cristiana.**

En este maravilloso fragmento, rico, luminoso, pero también realístico, porque describe las posibles dificultades de la convivencia familiar, están contenidos los diversos elementos de la espiritualidad de la familia (**Col** 3, 12-21):

— el amor recíproco: "por encima de todo esto, el amor, que es ceñidor de la unidad consumada";

— la obediencia y el respeto: de los maridos hacia las esposas, de las esposas a los maridos, de los padres a los hijos, de los hijos a los padres: "como conviene en el Señor..." que eso le gusta al Señor";

— la comprensión mutua: "sobrellevaos mutuamente y perdo-

naos... el Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo";

— la delicadeza del verdadero amor: "sea vuestro uniforme la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la compresión".

Al mismo tiempo, San Pablo describe la familia —la primera comunidad eclesial y humana, anterior a toda otra— como ambiente privilegiado para la educación moral y religiosa: "enseñaos unos a otros con toda sabiduría; exhortaos mutuamente... Y todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre de Jesús".

6. Esta profunda deontología familiar, trazada por el Apóstol, ha inspirado, junto con otros elementos de la Revelación y del Magisterio Pontificio, la ya recordada Exhortación **Familiaris Consortio,** que ha tratado precisamente de iluminar todos los aspectos de la familia, vista como comunión de personas: ya sea porque ella, mediante la educación, introduce a la persona humana en el ámbito de la comunidad de los hombres, ya sea sobre todo porque, participando de la eficacia salvífica de la muerte y resurrección de Cristo, "constituye el lugar natural dentro del cual se lleva a cabo la inserción de la persona humana en la gran familia de la Iglesia" (n. 15). Por tanto de aquí nace la responsabilidad de los cometidos propios de la familia cristiana, de los cuales se ocupa el documento en la Parte III: la formación de una comunidad de personas; la participación en el desarrollo de la sociedad civil como experiencia de comunión y de corresponsabilidad en el plano cívico, social y ponas; el servicio a la vida en la apertura total y gozosa al proyecto divilítico; y finalmente, su participación en la vida y misión de la Iglesia, en la comprensión cada vez más convencida de que la familia cristiana es "comunidad creyente y evangelizadora", "comunidad en diálogo con Dios" y "comunidad al servivcio del hombre".

7. El Evangelio de San Lucas **nos recuerda un acontecimiento particular** de la historia de la Sagrada Familia de Nazaret. Este tuvo lugar cuando **Jesús** tenía 12 años, y sus padres se habían encaminado junto con El a Jerusalén para la fiesta de la Pascua.

Volviendo después de las solemnidades, ellos se dan cuenta de que Jesús no está entre los que regresaban. Cuando después de tres días de

buscarlo, **lo encuentran en el templo,** María dice a Jesús: "Hijo, ¿por qué nos ha tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados" (**Lc** 2, 48).

La respuesta de Jesús da mucho que pensar: "¿Por qué me buscabáis? ¿No sabíais **que yo debía estar en la casa de mi Padre? (Lc** 2, 49).

El Evangelio añade que María y José "no comprendieron" estas palabras. Al mismo tiempo, **estas palabras quedan impresas en la memoria** de la Madre, como las que más a menudo y con mayor profundidad Ella "conservaba en su corazón".

Jesús habla de su vocación: de la misión que el Padre celestial ha inscrito ya desde el principio en toda su Naturaleza Divino-humana.

En el templo de Jerusalén tuvo lugar **como el primer preaviso** de lo que —después del Bautismo en el Jordán— Jesús de Nazaret hizo luego siempre. Anunciaba el Evangelio del Reino. Revelaba al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. En la verdad de esta vocación, que le había dado el Padre celestial, Jesús **caminó hasta la cruz,** y con el poder de Dios, resucitó.

8. La familia es por esto también el ambiente primero y fundamental en el que despunta, se forma y **se manifiesta la vocación cristiana.**

Así como la vocación de Jesucristo se manifestó en la Familia de Nazaret, así cada vocación nace y se manifiesta también hoy en la familia.

Las familias de nuestro tiempo deben ser siempre conscientes de este cometido principal e insustituible que han recibido de Dios: formar los hijos a tomar conciencia del puesto que Dios ha asignado a cada uno en este mundo. A tomar conciencia de la propia vocación.

Cada uno tiene una misión a desarrollar, que nadie puede realizar en su lugar. Cada uno está llamado.

— como bautizado;
— como miembro de la Iglesia, ciudad de Dios;

— como miembro de la ciudad de los hombres;

— como constructor de la sociedad, en comunión con los hermanos;

— como artífice de paz;
— como testigo del amor de Dios a los hombres.

Y cuando esta vocación general se revela como llamada particular a "dejarlo todo" (**Lc** 5, 11; cf. **Mt** 4, 20; **Mc** 1, 18), incluso lo más querido por el mundo, para seguir a Cristo en la vida sacerdotal y religiosa, en la entrega misionera, en los diversos ministerios laicales —aquí tan bien representados por personas beneméritas venidas de todo el País— entonces la familia cristiana se demuestra también aquí, y sobre todo aquí, como **el lugar privilegiado** donde la semilla puesta por Dios en el corazón de los hijos puede **arraigar y madurar;** el lugar donde se revela en el grado más elevado la participación de los padres en la misión sacerdotal de Cristo mismo.

9. La vocación **toca las raíces mismas del alma humana.** Es una **llamada interior de Dios** dirigida al hombre: al hombre único e irrepetible.

Sobre la vocación escribe el **profeta Jeremías:**
"Yavé me dirigió su palabra:
Antes de formarte en el seno de tu madre, ya te conocía;
antes de que tú nacieras, yo te consagré,
y te destiné a ser profeta de las naciones" (**Jer** 1, 4-5).

"Antes de...": **el plan de Dios** para el hombre es anterior a la concepción misma en el seno de la madre. **Es eterno.** Este plan eterno de Dios está en el comienzo de cada vocación.

El hombre lo debe descubrir...; y descubrirlo **justamente.**

El profeta Jeremías atestigua explícitamente que ello no tiene lugar **sin luchas interiores.** El hombre —el hombre joven— es consciente de su debilidad; quisiera liberarse. Pero la gracia y la fuerza de Dios es más grande que la debilidad humana:

"No tengas miedo...; irás a donde quiera que te envíe,
y proclamarás todo lo que yo te mande.
No les tengas miedo,
porque estaré contigo" (**Jer** 1, 7-8).

10. Hoy, en esta ciudad de Cuenca, hemos plantado el altar de la Iglesia, del Pueblo de Dios que habita en tierras del Ecuador. Sobre este **altar realizamos el sacrificio** eucarístico de Jesucristo, fuente de la **necesaria unidad.** De los Pastores entre sí, de los fieles con sus Pastores.

Oremos **por todas las familias** de esta tierra. Oremos por las vocaciones: cristianas, sacerdotales, religiosas, masculinas y femeninas.

Oremos, evocando los más santos recuerdos de la Familia de Nazaret.

En efecto, la familia **es el ambiente** en el que se manifiesta y se forma **la vocación** querida por Dios.

Y gritemos a todos, con las palabras del Apóstol de las Gentes: **"La Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza".**

¡Acoged esta palabra!

¡Que ella produzca frutos de vida cristiana! Que se demuestre el camino de la vocación.

"Alabad a Yavé, todas las naciones".
Que el Pueblo que habita en esta tierra, escuchando la palabra de Cristo, alabe siempre a Dios,

"porque es fuerte su amor hacia nosotros;
la lealtad de Yavé dura por siempre". Amén.

(jueves 31 de enero de 1985)

En mi visita a esta hermosa e inmensa Catedral de Cuenca, construida por el amor de todo un pueblo, saludo con afecto a la parte de la Comunidad diocesana aquí reunida.

Sois las religiosas que dejaron todo, para esconderse con Cristo en el silencio del claustro. Sois los padres de sacerdotes y religiosos que habéis entregado a Dios, en un silencio oblativo, el fruto de vuestro amor. Sois los hermanos encarcelados que habéis venido a ver al Papa, dejando el silencio doloroso de vuestra reclusión. A todos os acojo con amor de hermanos e hijos del Padre común, sintiéndoos muy cercanos a mi corazón cf. **Flm, 12).**

A vosotras, **religiosas de clausura,** os agradezco, en nombre del Señor, la ofrenda de vuestras propias vidas en una entrega total que, como Santa Teresa de Lisieux, quiere ser "el amor en el corazón de la Iglesia".

Vuestro silencio contemplativo se os convierte en experiencia de la presencia y de la palabra divina; vuestra soledad se os hace soledad llena de Dios. Jesús continúa en vosotras su oración silenciosa, a veces incluso con una sensación de "silencio" y "ausencia" divina, que se os convertirá en presencia más honda. En el corazón de Dios se entra por este proceso de silencio interior, a veces tan doloroso, que comporta una sintonía con los sentimientos del corazón de Cristo y con la voluntad del Padre.

Dios continúa pronunciando su Palabra en el silencio sonoro del amor de su Espíritu derramado en vuestros corazones (cf. **Rom** 5, 5). Vuestro silencio contemplativo se hace, como en María, fidelidad esponsal y fecundidad materna para el mundo (cf. **Lc** 2, 19 y 51). Vuestra vida es preciosa para la Iglesia, también hoy. Sed, pues, fieles y seguid

adelante en vuestra entrega.

A vosotros, **padres y madres de sacerdotes y personas consagradas,** os quiero manifestar un afecto y agradecimiento especial, usando vuestra misma expresión tan popular y cristiana: "Que Dios os pague". Sí, que Dios os pague por vuestro silencio oblativo que es amor fecundo, prolongado —por medio de vuestros hijos e hijas— en una vida espiritual y apostólica que es manifestación especial de la fecundidad de la Iglesia. "Que Dios os pague". Yo no tengo con qué pagaros, si no es con la alegría y afecto de vuestros propios hijos, con su bendición sacerdotal, con su entrega a la vida consagrada.

Imagino que todos vosotros sentís la presencia de Dios, de una manera especial cuando pensáis que vuestro amor se ha convertido en un sacerdote que predica, que celebra la eucaristía, que perdona, que sirve a la comunidad. Pienso cómo sentiréis la grandeza de vuestra misión de padres, cuando meditéis que vuestro amor se ha convertido en la vida de una persona conasgrada que sirve sin cansancio, que mantiene encendida la lámpara de la esperanza activa por la venida de Jesús. Vuestra devoción a María, Madre de Cristo Buen Pastor, os hará descubrir y vivir con gozo esta vuestra vocación de una nueva fecundidad eclesial.

A vosotros, queridos **reclusos** reunidos en este templo, que como templo cristiano es signo e instrumento de una auténtica liberación total, os invito a escuchar la voz de Dios que habla como Padre en vuestra conciencia. El no está lejano de vosotros y ve vuestro deseo de recuperación, de reinserción en la sociedad como personas renovadas. El Señor, a través de todos los errores humanos, prepara vuestra auténtica libertad, que es ante todo la libertad de la justificación interior, del cambio en el corazón. El dolor que estáis pasando os asocia también a la redención de Cristo, en bien de todos los que en el mundo se equivocan. Tomad, pues, vuestra cruz con nobleza, con propósito de dignidad nueva, con valentía, con esperanza en María, la Virgen de la Merced, la Madre de misericordia.

A todas las religiosas de clausura del Ecuador, a los padres de sacerdotes y personas consagradas y a los encarcelados imparto mi cordial bendición.

EN GUAYAQUIL

RECEPCION EN EL AEROPUERTO "SIMON BOLIVAR"
SALUDO DE BIENVENIDA POR MONS. BERNARDINO ECHEVERRIA, ARZOBISPO DE GUAYAQUIL

(jueves 31 de enero de 1.985)

Bienvenido, Santo Padre, a esta tierra huancavilca

El alma de nuestro pueblo, grande como su Río, ardiente como su trópico, generosa como su suelo, se prepara a recibiros, Santo Padre. Cada día que pasa va creciendo la ilusión, la alegría, la gloria de recibiros, de recibiros como Representante de Cristo, como Jefe de la Iglesia, como Sucesor de Pedro, pero, sobre todo, como nuestro padre y también como nuestro amigo. Guayaquil os espera con los brazos abiertos para entregaros su corazón. Guayaquil os espera, con impaciencia, con ilusión, con entusiasmo, con amor. Guayaquil os espera en sus pobres, en los que lloran, en los que no tienen techo, en los encarcelados, en los enfermos. Todo el mundo os espera, Santo Padre; sin distinción de condiciones sociales o de grados de cultura, sin distinción de clases y sin distinción de edad, los ancianos, los jóvenes, los niños, todo Guayaquil os espera y todos se postran reverentes, implorando vuestra bendición.

Guayaquil no es un nombre extraño para vuestro corazón, pues antes de venir a visitarnos, algunas circunstancias especiales os han hecho pensar en nuestra tierra.

El 13 de mayo de 1981, día del criminal atentado contra vuestra persona, Guayaquil no solamente se estremeció de dolor, sino que se puso de rodillas para pedir de manera especial a la patrona de Polonia, la Virgen Negra de Jasna Gora, Nuestra Señora de Czestochowa que salve vuestra vida, que la conserve para bien de la Iglesia. Guayaquil hizo entonces la promesa de levantar un templo a la Virgen de Polonia si os devolvía la salud. Cuando Ella hizo el milagro a plenitud, restituyéndoos la vida y la salud en forma completa, para levantar el templo, Guayaquil recibió de vuestra bondad el cuadro de Nuestra Señora de Czestochowa que teníais en vuestro aposento y está ahora en el templo levantado, gracias a la generosidad de un filántropo guayaquileño. Este será el templo que visitaréis al entrar en Guayaquil, y éste será el testimo-

nio de que antes de venir a nuestra tierra, ya estaba nuestro pueblo en vuestro pensamiento.

El 25 de marzo de 1983 abríais en la Basílica de San Pedro el Año Santo de la muerte y resurrección de Cristo. Desde ese momento empezamos un programa de actividades que iniciando con la solemne apertura del Año Santo en la Catedral, culminó con la presencia de la imagen de nuestra Señora de Fátima, la Peregrina del mundo, que produjo en nuestro medio uno de los movimientos religiosos más multitudinarios y fervorosos que ha presenciado nuestro pueblo. Y para realizar vuestra consigna de abrir las puertas a Cristo, Guayaquil organizó la Cruzada del Cristo Peregrino, que con una movilización gigantesca entregó a cinco mil seglares comprometidos el encargo de abrir las puertas a Cristo. realizando una misión en cada familia y obteniendo el resultado de cerca de cien mil familias que han abierto las puertas a Cristo. Y ahora quiere comunicaros que se compromete a seguir esta Cruzada, hasta conseguir que no quede un solo hogar en la Arquidiócesis de Guayaquil que no haya abierto las puertas a Cristo.

El 15 de agosto de 1983, en vuestro discurso pronunciado en Lourdes decíais estas palabras: "El nacimiento de la Madre precede evidentemente en el tiempo, al nacimiento del Hijo. Así pues, ¿no sería oportuno celebrar antes el segundo Milenio del Nacimiento de María?" Guayaquil recibió con emoción vuestro mensaje y se propuso celebrar el Bimilenario del Nacimiento de María con amor, con fe, con alegría, sobre todo con una obra de evangelización particularmente de la juventud. Para celebrar este Bimilenario se ha levantado un templo, el de Nuestra Señora de la Alborada y se ha construido un centro de formación de jóvenes que pueden ser los heraldos de la gran cruzada de paz, proclamada por Vuestra Santidad en el Mensaje del 1º de enero de 1985. En prueba de vuestra benevolencia para Guayaquil, no solamente habéis aceptado nuestra invitación para impartir la bendición al nuevo Santuario de la Virgen de la Alborada, sino que habéis condescendido con nuestro ruego de enviar un mensaje al mundo para celebrar con alegría y gloria, los dos mil años del nacimiento de María, la Mujer por quien el género humano recibió al Hijo de Dios, a Cristo Nuestro Señor.

Sí, Santo Padre: estáis vinculado, dulcemente vinculado con Guayaquil, por esto, llenos de alborozo os saludamos a vuestra llegada a esta tierra huancavilca, no podemos entregaros otro presente que nuestro propio corazón para que lo llevéis junto con el vuestro y lo pongáis siempre a los pies de nuestra Madre común, la Santísima Virgen María.

SEÑORA DE LA ALBORADA
MENSAJE MARIANO EN EL SANTUARIO DE NUESTRA

(jueves 31 de enero de 1985)

Señor Arzobispo, Hermanos obispos, Autoridades,
queridos hermanos y hermanas:

1. Con gozo me uno a vosotros para orar junto a la Madre común en este templo mariano. Con su reciente construcción la diócesis de Guayaquil y su Arzobispo, a quien saludo con fraterno afecto, han querido dejar a la posteridad un recuerdo visible del nacimiento de la Virgen María.

Habéis elegido para este santuario el sugestivo título de Nuestra Señora de la Alborada, que nos habla con gran belleza simbólica de la primera luz que anuncia el día. María es, en efecto, la luz que anuncia la proximidad del Sol a punto de nacer, que es Cristo. Donde está María, aparecerá pronto Jesús. Con su presencia luminosa y resplandeciente, la Virgen Santísima inunda de luz que despierta la fe, dispone la esperanza y enciende la caridad. Por su parte, Ella es sólo y nada menos que un reflejo de Jesucristo, "Oriente, esplendor de la luz eterna y sol de justicia" (Liturgia de las horas, **Ant. ad Magnificat,** 21 de diciembre): como la alborada, sin el sol dejaría de ser lo que es.

El Papa Pablo VI nos enseña, queridos hermanos y hermanas, que "en la Virgen María todo es referido a Cristo y todo depende de Él" **(Marialis cultus, 25)**. María es la primera criatura iluminada; iluminada antes incluso de la aparición visible del Sol. Porque María procede del sol de santidad: "¿Quién es ésta que avanza cual aurora, bella como la luna, distinguida como el sol?" (**Can** 6. 10). No es otra sino la gran señal que apareció en el cielo: "Una mujer revestida de sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre la cabeza" (Ap. 12, 1).

2. En los albores de nuestra esperanza se insinúa ya la figura de María Santísima: "Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer,

entre su linaje y el tuyo: él te aplastará la cabeza" (**Gén** 3, 15). Ya desde esas palabras queda de manifiesto la intención divina de elegir a la mujer como aliada en la lucha contra el pecado y sus consecuencias. En efecto, según esa profecía, una mujer señalada estaba destinada a ser el **instrumento especialísimo de Dios** para luchar contra el demonio. Sería la madre del que aplastaría la cabeza del enemigo. Pero el descendiente de la mujer, que realizará la profecía, no es un simple hombre: es plenamente hombre, sí, gracias a la mujer de la que es hijo; pero es también, a la vez, verdadero Dios. "Sin intervención de varón y por obra del Espíritu Santo" (**Lumen gentium, 63**), María ha dado la naturaleza humana al Hijo eterno del Padre, que se hace así nuestro hermano.

Hacia ella camina toda la historia de la Antigua Alianza. Ella es la perfecta realización del resto santo de Israel: de aquellos "pobres de Yavé" que son herederos de las promesas mesiánicas y portadores de la esperanza del Pueblo de Dios. El "pobre de Yavé" es el que se adhiere con todo el corazón al Señor, obedeciendo su ley. Pero María "sobresale entre los humildes y pobres del Señor que confiadamente esperan y reciben de El la salvación. Finalmente, con ella misma, Hija excelsa de Sión, tras la prolongada espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos" (**Lumen gentium,** 55). En María se sublima la vida de los justos del Antiguo Testamento.

3. María es, Hermanos obispos y fieles todos, la criatura que recibe de manera primordial los rayos de la luz redentora: "Efectivamente, la preservación de María del pecado original, desde el primer instante de su ser, representa el primero y radical efecto de la obra redentora de Cristo y vincula a la Virgen, con un lazo íntimo e indisoluble, a la encarnación del Hijo, que, antes de nacer de Ella, la redime del modo más sublime" (Alocusión en el Angelus, 8 diciembre 1983).

Su Concepción Inmaculada hace de María el signo precursor de la humanidad redimida por Cristo, al ser preservada del pecado original que afecta a todos los hombres desde su primer instante, y que deja en el corazón la tendencia a la rebelión contra Dios. La Concepción Inmaculada de María significa, pues, que Ella es la primera redimida, alborada de la Redención, y que para el resto de los hombres redención

será tanto como liberación del pecado.

4. Pero María, mis amados hermanos y hermanas, no es aurora de nuestra redención a modo de instrumento inerte, pasivo. En el alba de nuestra salvación resuena su respuesta libre, su **fiat,** su **sí** incondicional a la cooperación que Dios esperaba de Ella, como espera también la nuestra.

La iniciativa salvadora es ciertamente de la Trinidad Santísima.

La virginidad perpetua de María —fielmente correspondida por San José, su virginal esposo— expresa esa prioridad de Dios: Cristo, como hombre, será concebido sin concurso de varón. Pero esa misma virginidad que perdurará en el parto y después del parto, es también expresión de la absoluta disponibilidad de María a los planes de Dios.

Su respuesta marcó un momento decisivo en la Historia de la humanidad. Por eso los cristianos se complacen en repetirla en el rezo diario del **Angelus** y tratan de asimilar la disposición de ánimo que inspiró esas palabras: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (**Lc** 1, 38).

El gozoso "fiat" de María testimonia su libertad interior, su confianza y serenidad. No sabía cómo se realizarían en concreto los planes del Señor. Pero lejos de temer y angustiarse, aparece soberanamente libre y disponible. Su "sí" a la Anunciación significó tanto la aceptación de la maternidad que se le proponía, como el compromiso de María en el misterio de la Redención. Esta fue obra de su Hijo. Pero la participación de María fue real y efectiva. Al dar su consentimiento al mensaje del ángel, María aceptó colaborar en toda la obra de la reconciliación de la humanidad con Dios. Actúa conscientemente y sin poner condiciones. Se muestra dispuesta al servicio que Dios le pide.

Queridos hermanos y hermanas: en María tenemos **el modelo y guía para nuestro camino.** Sé que está aquí presente un numeroso grupo de jóvenes que quiere vivir generosamente su vida cristiana. A vosotros, jóvenes de Guayaquil, os aliento a mantener, como María, una actitud **de apertura total a Dios.** Mantened, como Ella, vuestra mirada fija en el Dios santo que está siempre misteriosamente cerca de voso-

tros. Contemplando a ese Dios próximo, a Cristo que pasa junto a vosotros tantas veces, aprended a decir: "Hágase en mí según tu palabra". Y aprended a decirlo de modo pleno, como María: sin reservas, sin temor a los compromisos definitivos e irrevocables. Con esa actitud de disponibilidad cristiana – aunque cueste— que señalaba ayer en Quito a los jóvenes del Ecuador, y por tanto también a vosotros.

5. María nos precede y acompaña. El silencioso itinerario que inicia con su Concepción Inmaculada y pasa por el sí de Nazaret que la hace Madre de Dios, encuentra en el Calvario un momento particularmente señalado. También allí, aceptando y asistiendo al sacrificio de su Hijo, es María aurora de la Redención; y allí nos la entregará su Hijo como Madre. "La Madre miraba con ojos de piedad las llagas del Hijo, de quien sabía que había de venir la redención del mundo" (San Ambrosio, **De institutione virginis,** 49). Crucificada espiritualmente con el Hijo crucificado (cf. **Gal** 2, 20), contemplaba con caridad heroica la muerte de su Dios, "consintiendo amorosamente en la inmolación de la Víctima que ella misma había engendrado" (**Lumen gentium,** 58). Cumple la voluntad del Padre en favor nuestro y nos acoge a todos como a hijos, en virtud del testamento de Cristo: "Mujer, he ahí a tu hijo" (**Jn** 19, 26).

"He ahí a tu Madre", dijo Jesús a San Juan; "y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa" (**Jn** 19, 27). El discípulo predilecto acogió a la Virgen Madre como su luz, su tesoro, su bien, como el don más querido heredado del Señor en el momento de su muerte. El don de la Madre era el último don que El concedía a la humanidad antes de consumar su Sacrificio. **El don hecho a nosotros.**

Pero la maternidad de María no es sólo individual. Tiene un valor colectivo que se manifiesta en el título de Madre de la Iglesia. Efectivamente, en el Calvario Ella se unió al sacrificio del Hijo que tendía a la formación de la Iglesia; su corazón materno compartió hasta el fondo la voluntad de Cristo de "reunir en uno todos los hijos de Dios que estaban dispersos" (**Jn** 11, 52). Habiendo sufrido por la Iglesia, María mereció convertirse en la Madre de todos los discípulos de su Hijo, la Madre de su unidad. Por eso, el Concilio afirma que "la Iglesia católica, instruída por el Espíritu Santo, la venera, como a Madre amantísi-

ma, con afecto de piedad filial" (**Lumen gentium,** 53). **¡Madre de la Iglesia! ¡Madre de todos nosotros!**

6. Los evangelios no nos hablan de una aparición de Jesús resucitado a María. De todos modos, como Ella estuvo de manera especialmente cercana a la luz del Hijo, hubo de tener también una experiencia privilegiada de su Resurrección. Efectivamente, el papel corredentor de María no cesó con la glorificación del Hijo.

Pentecostés nos habla de la presencia de María en la Iglesia naciente: presencia orante en la Iglesia apostólica y en la Iglesia de todo tiempo. Siendo la primera —la aurora— entre los fieles, porque es la Madre, sostiene la oración común.

Como ya advertían los Padres de la Iglesia, esta presencia de la Virgen es significativa: "No se puede hablar de la Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con los hermanos de éste" (cf. Cromacio de Aquileya, Sermo XXX, 7; S.Ch. 164 p. 134; **Marialis cultus,** 28).

Por eso, como recordaba hace casi dos años en este mismo Continente, "desde los albores de la fe y en cada etapa de la predicación del Evangelio, en el nacimiento de cada Iglesia particular, la Virgen ocupa el puesto que le corresponde como Madre de los imitadores de Jesús que constituyen la Iglesia" (Homilía en el santuario de Suyapa, 8 marzo 1983). Sí, **María está presente en nuestro camino.**

7. María sigue siendo nuestra alborada, nuestra primicia, nuestra esperanza. Durante su vida terrena, fue signo y anticipo de los bienes futuros; ahora, glorificada junto a Cristo Señor, es imagen y cumplimiento del reino ed Dios. A él nos llama, en él nos espera.

Ha sido la primera en seguir a Cristo, "primogénito entre muchos hermanos" (cf. **Col** 1, 18). Elevada en cuerpo y alma al cielo, es la primera en heredar plenamente la gloria. Y esa glorificación de María es la confirmación de las esperanzas de cada miembro de la Iglesia: "Con El (con Cristo) nos ha resucitado y nos ha sentado en el cielo con El" (**Ef** 2, 6). La Asunción de María a los cielos manifiesta el futuro definitivo que Cristo ha preparado a nosotros los redimidos.

8. Por otra parte, mis queridos hermanos y hermanas, María gloriosa en el cielo sigue cumpliendo su función maternal. Sigue siendo la Madre de Cristo y la Madre nuestra, de toda la Iglesia, que tiene en María el prototipo de su maternidad.

María y la Iglesia son templos vivientes, santuarios e instrumentos por medio de los cuales se manifiesta el Espíritu Santo. Engendran de manera virginal al mismo Salvador: María lleva la vida en su seno y la engendra virginalmente; la Iglesia da la vida en el agua bautismal, en los Sacramentos y en el anuncio de la fe, engendrándola en el corazón de los fieles.

La Iglesia cree que la Santísima Virgen, asunta al cielo, está junto a Cristo, vivo siempre para interceder por nosotros (cf. **Heb** 7, 25), y que a la mediación divina del Hijo se une la incesante súplica de la Madre en favor de los hombres, sus hijos

María es aurora y la aurora anuncia indefectiblemente la llegada del sol. Por eso os aliento, hermanos y hermanas todos ecuatorianos, a venerar con profundo amor y acudir a la Madre de Cristo y de la Iglesia, la "Omnipotencia suplicante" **(omnipotentia supplex),** para que nos lleve cada vez más a Cristo, su Hijo y nuestro Mediador.

9. A Ella encomiendo ahora vuestras personas e intenciones y las de cada Hijo del Ecuador.

Le encomiendo el sereno atardecer de vuestros ancianos y enferniños que se gestan en el seno materno. Sobre las criaturas que abren sus ojos a este mundo.

Le encomiendo las ilusiones de vuestros jóvenes: ilusiones que, si toman por modelo la generosidad de la Santísima Virgen, serán una gozosa realidad de servicio a Dios y a la humanidad.

Le encomiendo el trabajo de vuestras manos y de vuestras inteligencias.

Le encomeindo el sereno atardecer de vuestros ancianos y enfermos. Que sea para todos Alborada de Dios, la presencia maternal de Santa María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo y Esposa del Espíritu Santo. Amén.

MENSAJE A LOS HABITANTES DEL GUASMO

(viernes 1º de febrero de 1985)

Queridos hermanos y hermanas:

1. Correspondo con mi más cordial y afectuoso saludo a la cariñosa acogida que me estáis dispensando a mi llegada a este Guasmo. Me siento sumamente feliz de estar entre vosotros y pasar este tiempo en vuestra compañía. Desearía saludar personalmente a cada uno. Recibid todos el abrazo del Papa, que va en primer lugar a vuestros hijos, a los ancianos, a aquellos de vosotros que sufren por cualquier motivo.

El Apóstol San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corinto les decía: "¿Quién desfallece que no desfallezca yo"? (**2 Cor** 11, 29). El sentía en su propia carne las necesidades, los sufrimientos y angustias de aquellos cristianos de su tiempo.

El Papa, que lleva sobre sus hombros la solicitud por todas las Iglesias, encuentra inspiración en esas palabras para acercarse con afecto y predilección a aquellos de quienes dijo el Señor: "Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el reino de Dios" (**Lc** 6, 20). En esta visita mía al Guasmo, quiero sobre todo poner de manifiesto el interés, la solidaridad, el amor del Papa por vosotros y por todos los desposeídos, los necesitados, los que luchan por un nivel de vida más digno y humano a lo largo y ancho de toda la querida Nación ecuatoriana.

2. Os traigo un mensaje de esperanza, invitándoos a abrir los ojos, con mirada de fe, a vuestra dignidad interior. Os traigo la Buena Nueva de Jesucristo, que fue ungido "para evangelizar a los pobres", "para liberar a los oprimidos, para anunciar un año de gracia del Señor" (Lc 4, 18).

Jesucristo amaba especialmente a los pobres, a aquellos que carecen de recursos, que no tienen voz y que no cuentan a los jos del mundo, pero saben abrir su corazón a Dios y a su palabra.

Os digo más: Jesús se hizo libremente pobre con los pobres, pues como nos dice San Pablo "siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza" (2 Cor 8, 9). Desde que nace en Belén hasta que muere en la cruz, el Señor mostró con su vida y predicación el camino de la sencillez, de la humildad, de la compasión por el necesitado. Jesús comprendía bien a los pobres y éstos lo comprendían a El.

3. Por ello, al venir a visitaros en esta populosa zona periférica de Guayaquil, deseo acercarme a vuestras realidades y condiciones de vida, para alentaros en vuestra condición cristiana y en vuestro anhelo de mayor dignidad humana. Como en mis precedentes viajes apostólicos a diversos países de América Latina, quiero hacer también aquí presente la voz de Cristo, en los guasmos y las favelas, en los "pueblos jóvenes" y las callampas, los tugurios y las villas miseria. Deseo impulsaros hacia arriba y acoger en mi corazón vuestro "viacrucis", el de cada uno de vosotros, de vuestras familias, que desde los campos de todo el país dejaron un día sus lugares de origen, buscando mejores condiciones de vida, iniciando así un camino doloroso hacia la ciudad.

Puedo imaginarme las dificultades sin fin de vuestro asentamiento: precaria estabilidad, afanosa búsqueda de los materiales para construir una vivienda de emergencia, condiciones higiénicas y sanitarias insuficientes, ausencia de servicios públicos, etc. ¡Cuántas luchas para superar amenazas de todo tipo: explotación, caciquismo, demagogias, violencia, promiscuidad! ¡Cuántos desafíos para no dejaros seducir por campañas proselitistas, promovidas por grupos o sectas de poco contenido religioso, orientadas a haceros perder vuestra fe católica!

Esta mañana, queridos hermanos, quiero recoger todas esas lágrimas derramadas durante vuestro largo peregrinar, para ponerlas a los pies de Cristo, y que se conviertan en gracia salvadora para vuestras vidas, en conciencia viva y esperanzada de vuestra condición de hijos de Dios, en impulso a crecer en dignidad humana y en conciencia cristiana.

4. Es consolador para mí saber que desde vuestra llegada a estos asentamientos, que ahora son vuestros pobres hogares, habéis contado con el apoyo y el servicio de abnegados sacerdotes, religiosas y se-

glares que, dando testimonio admirable de amor cristiano, os han ayudado a superar vuestras dificultades, alentándoos en vuestros esfuerzos y legítimas aspiraciones.

En nombre de la Iglesia quiero manifestar aquí vivo aprecio y agradecimiento a todos esos apóstoles que, en los Guasmos y por toda la geografía del Ecuador, continúan sirviendo desinteresadamente a los hermanos. El Papa, junto con vuestros Obispos, quiere hoy reiterar una vez más la opción preferencial de la Iglesia por los pobres. Una opción que no es exclusiva ni a nadie excluye, sino que, por el contrario, desea aunar el esfuerzo de todos en defender y promover "la causa del pobre, de su dignidad, de su elevación, de su aspiración a una improrrogable justicia social" (Homilía en Santo Domingo, 11 octubre 1984, 5).

5. Pero deseo recordar también aquí que "no existe sólo la pobreza que incide en el cuerpo; hay otra y más insidiosa, que incide en la conciencia, violando el santuario más íntimo de la dignidad personal" (Alocución a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana, 21 diciembre 1984, 10). Contra estas pobrezas la Iglesia quiere luchar con todas sus fuerzas, en favor de la promoción y defensa de la dignidad y de los derechos de la persona humana.

Por ello, quiero hacer una apremiante llamada a la conciencia de los gobernantes y responsables de la sociedad, así como a la de todos los católicos, particularmente de aquellos que cuentan con más medios o posibilidades de influjo, para que procuren un mayor equilibrio social y muestren aún más solidaridad con el necesitado y el que sufre, recordando las palabras de Jesús: "cuantas veces hicísteis eso a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicísteis" (Mt 25, 40). Que nadie se sienta tranquilo mientras haya en el Ecuador un niño sin escuela, una familia sin vivienda, un obrero sin trabajo, un enfermo o anciano sin adecuada atención.

La Iglesia, por su parte, continuará su labor apostólica y asistencial, colaborando en cuanto esté en su mano para elevar la calidad de vida de todos los ciudadanos. Ella es consciente de que su misión propia es de orden espiritual, religioso, y de que sus riquezas son la gracia de Cristo. Pero desde la hondura y la exigencia del Evangelio, llama a sus

hijos y moviliza sus fuerzas para compartir con el necesitado, en campo material y espiritual.

6. He sido informado, queridos hermanos, sobre el comportamiento ejemplar de personas y grupos de vuestras comunidades que, aun viviendo ellos mismos en la escasez, muestran su solidaridad generosa compartiendo con los más necesitados lo poco que tienen, asistiendo a los enfermos, ayudando a aquellos hermanos que han sido víctimas de catástrofes nautrales y otras desgracias. Son gestos estupendos de testimonio cristiano que han de servir de modelo y estímulo para hacer de vuestras parroquias y comunidades lugares más acogedores, fraternos y habitables.

Sed así vosotros los primeros en **hacer lo que está en vuestro poder para mejorar vuestra situación**. Dios quiere que os elevéis en lo humano y en lo espiritual. Para ello tened principios claros de comportamiento. No vaciléis en decir NO a la explotación, venga de donde viniese, que os quiera convertir en objetos; NO al caciquiqsmo que os quiera utilizar como simple clientela, en determinados momentos. Decid NO a la violencia que nada construye; NO a la hamponería, NO a la prostitución, NO a la pornografía, NO a la droga, NO al alcoholismo. Evitad la sensualidad y el desenfreno; recordad que sólo la familia monógama y la paternidad responsable según las normas de la Iglesia son cimientos de una sociedad ordenada. No olvidéis las viejas tradiciones de austeridad, de religiosidad, de trabajo esforzado de vuestros hogares. Tened a Dios presente en vuestra vida. Educad cristianamente a vuestros hijos. Rechazad la indiferencia religiosa, las ideologías extremistas que predican odio, venganza y ateísmo o que, desde otro ángulo, se ponen al servicio de despotismos, de la concupiscencia del poder o del dinero.

7. Queridos hermanos y hermanas: ¡Gracias por vuestra presencia aquí esta mañana! ¡Gracias por vuestra acogida y vuestro afecto! El Papa os lleva en su corazón y pide a Dios para vosotros el pan del cuerpo y del espíritu.

Que la Virgen Santísima nuestra Madre os proteja y acompañe siempre en vuestro caminar hacia el Padre. En su nombre os doy a todos con afecto la Bendición Apostólica.

HOMILIA EN LA MISA DE BEATIFICACION DE LA SIERVA DE DIOS MERCEDES DE JESUS MOLINA Y AYALA

(viernes 1º de febrero de 1985)

1. "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y **se las has revelado a los pequeños.** Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito" (Mt 11, 25-26).

Un día, en medio de la Tierra Santa, Jesucristo pronunció estas palabras en las que se desvela el misterio de su Padre.

Que hoy estas mismas palabras resuenen en el **lejano Ecuador,** en medio de la ciudad de Guayaquil, junto al Océano Pacífico. Porque des de los tiempos en que fueron pronunciadas por primera vez, el **destino** de estas palabras del Hijo de Dios fue **universal**: todas las naciones y la creación entera debían escucharlas; son palabras en las cuales culmina la Buena Nueva de la Salvación.

Todos nosotros que hoy escuchamos estas palabras del Salvador, escritas en el Evangelio de San Mateo, **nos hemos reunido aquí** para una solemnidad extraordinaria. El Obispo de Roma y **Sucesor de Pedro** ha venido hasta vosotros, para realizar el acto de la Beatificación y elevación al honor de los altares de la humilde hija del Ecuador, la Madre Mercedes de Jesús Molina y Ayala, Fundadora de las Religiosas Marianitas.

2 Con el corazón rebosante de gozo, mis queridos hermanos y hermanas, quiero dirigiros un saludo de paz y de comunión en la misma fe y esperanza.

Saludo en primer lugar al Pastor de esta Arquidiócesis de Guayaquil, a los Obispos Auxiliares y a los Obispos del Ecuador aquí presentes, a los sacerdotes y seminaristas, a los religiosos y religiosas. a las Autoridades, a todo el Pueblo santo de Dios reunido en torno al altar, en esta fiesta del espíritu que hace vibrar los sentimeintos más nobles de

la piedad cristiana.

Saludo con afecto particular a todas las religiosas Marianitas que hoy se alegran con la Beatificación de su Madre Fundadora.

El Señor Arzobispo de Guayaquil ha presentado la figura de la nueva Beata y los motivos para elevarla al honor de los altares. Con el acto de Beatificación que acabo de ratificar he querido poner simbólicamente en medio de toda la Iglesia a esta mujer del Ecuador, Mercedes de Jesús. En ella reconocemos la obra del Espíritu Santificador que llevó sus virtudes hasta el vértice de una heroicidad ejemplar. Y con este acto queremos que en la comunión de los santos podamos encontrar todos, pero especialmente la Iglesia del Ecuador y la familia que ella ha fundado, ejemplo de vida, ayuda de intercesión, presencia alentadora en el camino hacia la Patria, como nos dice la liturgia de la Iglesia.

Una humilde hija de esta tierra, la Beata Mercedes de Jesús Molina, recibe hoy aquí, no lejos de su aldea natal de Baba, el reconocimiento de sus virtudes. En ella veneramos una cristiana ejemplar, una educadora y misionera, la primera fundadora de una Congregación religiosa ecuatoriana que como un inmenso rosal, según el sueño y la inspiración de la Madre, se extiende ya por diversas naciones, perfumando con su apostolado la Iglesia en América Latina.

Y es una alegría para todo el pueblo cristiano del Ecuador que desde hoy pueda venerar, junto a la "azucena de Quito", Santa Mariana de Jesús, a la "rosa de Baba y Guayaquil", la Beata Mercedes de Jesús. Ellas son perfume de santidad y poderosa intercesión celestial, ejemplo y estímulo de una auténtica vida cristiana para todos los hijos de esta tierra.

3. Jesucristo, en el Evangelio de hoy, se dirige al Padre celestial con palabras singulares: **"Todo me ha sido entregado** por mi Padre, y nadie conoce bien al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar" (**Mt** 11, 27). Y al mismo tiempo, el Hijo "bendice al Padre" "porque estas cosas ha revelado a los pequeños" (**Mt** 11, 25).

La Madre Mercedes de Jesús ha recibido a manos llenas esta revelación. En ella estuvo **aquel amor de la Sabiduría** del que nos habla la primera lectura de la liturgia de hoy

Bien podría repetir con el autor del libro del Eclesiástico:
"Me di a buscar abiertamente la sabiduría en mi oración,
a la puerta, delante del templo la pedí
y hasta mi último día la andaré buscando..." (**Ec** 51, 13-14).
"Desde mi juventud he seguido sus huellas...
Gracias a ella he hecho progresos,
a quien me dio sabiduría daré gloria" (**Ec** 51, 15-17).

Mercedes Molina buscó la sabiduría desde su juventud. Los primeros dolores que trocaron su adolescencia en un encuentro profundo con Dios, fueron un primer rayo de la sabiduría divina. Puso en la balanza los placeres que ofrecía el mundo y la entrega que exigía el Evangelio. Y eligió con decisión a Cristo Crucificado como Esposo de su alma, Sabiduría de Dios.

Vivió primero consagrada a Dios en medio del mundo, bajo la guía de sacerdotes insignes y siguiendo las huellas de la entonces Beata Mariana de Jesús. De esta manera buscaba identificarse por la oración y la penitencia, con Cristo Crucificado, a quien había elegido por encima de cualquier otro amor humano.

4. Era la lenta preparación con la que se disponía a **dar gloria** a Aquel que le **había dado la sabiduría.**

Muy pronto podrá realizar el programa trazado en esas palabras del libro del Eclesiástico que hemos proclamado: la sabiduría hecha vida: **"Pues decidí ponerla en práctica, tuve celo por el bien y no** quedaré confundido. Mi alma ha luchado por ella, a la práctica del bien ha estado atenta. Hacia ella enderecé mi alma y en la pureza la he encontrado" (**Ec** 51, 18-20).

Esta ardiente enamorada del Amor divino, de la Buena Noticia de la Salvación y del mismo Verbo Encarnado, **desea compartir con los demás** estos tesoros que el Padre "ha revelado a los pequeños":

"**Acercaos a mí, ignorantes,**
instalaos en la casa de instrucción.
¿Por qué habéis de decir que estáis privados de ella,
cuando vuestras almas tienen tanta sed?" (Ec 51, 23-24).

Siguiendo el camino del amor, muy pronto Mercedes Molina, que asumió el título "de Jesús" para indicar su exclusiva entrega a Cristo, empezó a realizar las obras de gloria para su Esposo.

Primero como madre y maestra de huérfanas en Guayaquil; más tarde, siguiendo las huellas de su confesor, como intrépida y amorosa misionera entre los indios jíbaros de Cualaquiza; de nuevo como educadora y protectora de la niñez abandonada en Cuenca. Todo era una preparación providencial en la que se iba templando su carisma de Fundadora que finalmente recibe la aprobación del Obispo de Riobamba el lunes de Pascua de 1873 cuando nace oficialmente la Congregación de las religiosas de Mariana de Jesús, las Marianitas.

5. El Espíritu de la Sabiduría había acrisolado en el amor y en el dolor el carisma de una fecundidad espiritual transmitido a sus hijas con el ejemplo de la vida, con la atención directa de las primeras religiosas, cuidando personalmente el "rosal" de Cristo Crucificado y de la Virgen María, Sede de la Sabiduría.

He aquí cómo se cumplen las palabras de Jesús en los corazones de los pequeños, de los que El nos habla en el Evangelio de hoy; son aquellos que abriéndose de par en par para acoger la Sabiduría divina, **viven,** como proclama el Apóstol en la Carta a los Corintios, **"la fe, la esperanza y la caridad"... "Pero la mayor de todas ellas es la caridad" (1 Cor** 13, 13).

"Aunque conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque poseyera plenitud de fe como para trasladar montañas... si no tengo caridad nada me aprovecha" **(1 Cor** 13, 2).

Con las palabras más bellas que jamás hayan sido pronunciadas, **el apóstol Pablo proclama las alabanzas del amor.** Pues **la santidad con-**

siste en el amor.

Esta fue en realidad la santidad de esta mujer de la costa ecuatoriana: vivir el amor de Jesús en el amor del prójimo. La mirada contemplativa de la Madre Mercedes había quedado fascinada por la pobreza del Niño de Belén, por el dolor del rostro paciente del Crucificado. Quiso ser sencilla y limpiamente amor para el dolor, según el lema recogido en los primeros apuntes biográficos: "Amor por tantos cuantos dolores en el mundo los hay"; encarnar en obras la caridad para todos aquellos que en la pobreza, el dolor, el abandono reflejaban el misterio del Niño pobre de Belén o del Cristo doliente del Calvario.

Fue madre y educadora de huérfanas, misionera pobre y pacificadora entre los indios, fundadora de una familia religiosa. A sus hijas legó su mismo espíritu, que condensa la santidad en un amor apostólico hacia los más pobres, despreciados, abandonados. Fue su misión "anunciar la salvación a los pobres sin amparo y sin apoyo", enjugar las lágrimas de los corazones arrepentidos, clamar por la liberación de los que sufren prisión o condena, consolar a todos los afligidos. Amor sin fronteras, capaz de llevar ayuda y consuelo, como la Madre resumió en sus Constituciones, "a cuantos corazones afligidos en el mundo los hay".

6. De esta forma Jesucristo, mediante su humilde sierva Mercedes Molina, se ha hecho particularmente cercano a los hombres aquí en el Ecuador; se ha hecho presente de una manera especial.

Mediante su servicio parecía decir: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (Mt 11, 28-30).

El Espíritu Santo ha dibujado en el rostro de Madre Mercedes los rasgos de Cristo manso y humilde, misericordioso y acogedor. En ella resplandece claramente la verdadera opción preferencial por los pobres. Es la opción de Cristo y de la Iglesia a través de todos los tiempos. Es la predilección por los más humildes que el Espíritu Santo suscita en el corazón de los Santos. Y es el programa, opción preferencial ni exclusiva ni excluyente, que en el día de Navidad he querido proclamar solemnemente como compromiso de toda la Iglesia.

La Beata Mercedes nos enseña que en los pobres está Cristo pobre, que en todos los que sufren se refleja el rostro amoroso y paciente de Jesús. El ha querido identificarse con todo hombre y toda mujer de nuestro mundo, para garantizar a todos que allí donde se vive una situación de pobreza y de sufrimiento, allí está la misericordia de Dios Padre, para atraer el amor afectivo y efectivo de los hermanos, porque "cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí lo hicisteis" (**Mt** 25. 40).

Para la Iglesia en Ecuador, para los responsables de la sociedad de esta nación, la Beata Mercedes no es sólo una gloria, es un modelo de vida. Su ejemplo nos habla de una caridad que ha brotado de la contemplación del Evangelio, de la comunión con la Eucaristía, que se ha traducido en obras de misericordia. Por eso, como presencia de Cristo en esta tierra, nos lanza un desafío a realizar el Evangelio de la caridad, en los mismos campos en que ella pudo realizar inicialmente su compromiso de amor a Cristo.

En la educación y promoción cultural, en la elevación de la mujer, en la afirmación de los derechos de la persona, en la justa distribución de los recursos económicos, en la respetuosa atención a los indígenas, la Iglesia del Ecuador y los responsables de la vida social tienen en la Beata Mercedes de Jesús un modelo de amor y de servicio.

7. En el día de hoy, y desde este momento para siempre, la **Beata, hija** de vuestra Patria, hija de la Iglesia en tierras del Ecuador, **permanecerá con vosotros** en el misterio de la comunión de los Santos.

Viendo a Dios "cara a cara", en esta caridad" que no acaba nunca", se unirá con sus hermanos y hermanas, escuchará sus oraciones y súplicas. Y **junto con ellos** bendecirá a Dios así como lo expresa el salmo de la liturgia de hoy:

"Bendeciré al Señor en todo tiempo
sin cesar en mi boca su alabanza...

Engrandeced conmigo al Señor,
ensalcemos su nombre todos juntos...
Cuando el pobre grita el Señor oye,
y le salva de todas sus angustias...
Gustad y ved qué bueno es el Señor,
Dichoso el hombre que se cobija en El" (**Sal** 33, 1-9).

En esta celebración eucarística bendecimos y ensalzamos al Señor por la presencia del misterio de Cristo. Con El y por El se eleva la oración de la Iglesia, oración y súplica de todos los pobres que invocan al Señor. En la gozosa experiencia de la comunión eucarística se participa de la bondad del Señor que quiere ser contagiosa, para que todos participen y demuestren que Dios es Bondad infinita.

Por intercesión de la Beata Mercedes de Jesús pido al Padre bueno y misericordioso que se irradie su bondad, especialmente en los más pobres y necesitados, para que todos juntos en el banquete de la reconciliación y de la comunión fraterna podamos de veras cantar, como en este día: Gustad y ved qué bueno es el Señor".

DESPEDIDA

(viernes 1º de febrero de 1985 - 15h30)

PALABRAS DEL SEÑOR PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ING. LEON FEBRES CORDERO

"Estamos seguros que vuestra despedida es sólo física, pues aquí queda para siempre vuestra huella ejemplar de Pastor, vuestra palabra de paz y de amor, vuestro aliento de justicia y de fe.

El pueblo ecuatoriano, Su Santidad, os despide cantando y orando, seguro de haberse inscrito en vuestro corazón, unido a vos para respaldaros en vuestra nobilísima tarea de seguir llevando por caminos del mundo vuestro mensaje que destierre el odio y la violencia, que mantenga la esperanza de un mejor amanecer para el género humano.

Nos sentimos agradecidos de lo que habéis hecho por nosotros, de habernos dejado muy cerca de los altares, beatificada ya, a Sor Mercedes de Jesús Molina. Vuestra presencia inolvidable, es parte ya de la historia nuestra. Convencidos estamos de que nuestro recuerdo irá con vos, convertido en plegaria que santificaréis en nuestra oración.

Habéis sido generoso en vuestra entrega, sabio en vuestra palabra y en vuestros conceptos; habéis calado hondo en el alma de nuestro pueblo con vuestra verdad divina y humana.

La realidad lacerante que vive nuestro pueblo, no habrá escapado a vuestra ecuménica visión. Vuestro desprendimiento es ejemplo que debemos seguir todos para que con sacrificio, sin egoísmos vayamos construyendo una sociedad más solidaria y más justa que nos permita decir sin rubor, que somos hermanos en Cristo y que vuestra siembra de amor ha caído en buena tierra".

DESPEDIDA DEL SANTO PADRE

Señor Presidente,
amados Hermanos en el episcopado,
queridos ecuatorianos todos:

Hace casi exactamente tres días, peregrino del Evangelio llegaba a la ciudad de Quito, capital de la Nación, ilusionado por encontrarme con los amados hijos del Ecuador.

Ahora, al tener que partir, doy gracias a Dios por haberme concedido encontrar una Iglesia viva, y por haber compartido con tantos miembros de la misma unos jornadas intensas, de cercanía mutua, de vivencia religiosa, de esperanza.

En mi recorrido por los diversos lugares que he tenido la dicha de visitar, he hallado siempre el calor humano, y el afecto que brotan del sentirse unidos por fuertes vínculos de fe. Llevo conmigo el imborrable recuerdo de un pueblo religioso que, en torno a sus Pastores y en unión con el Sucesor de Pedro, está decidido a testimoniar en la realidad concreta de la sociedad ecuatoriana el mensaje salvador de Cristo, mensaje de paz, de justicia, de amor.

En los sucesivos encuentros con los Obispos, agentes de pastoral, jóvenes, intelectuales, mundo del trabajo, familias, indígenas y otros sectores del pueblo cristiano, habéis mostrado los valores más genuinos del alma ecuatoriana, que aun en medio a las dificultades, muestra su confianza en Dios y su propósito de mantenerse fiel a la herencia de sus mayores: a su fe cristiana, a la Iglesia, a su cultura, sus tradiciones, su vocación de justicia y libertad.

Vaya ahora a todos y a cada uno mi más vivo agradecimiento por vuestra colaboración y entusiasmo, que han hecho de esta visita una experiencia religiosa inolvidable. Mi primera palabra de gratitud va al Señor Presidente del Ecuador. También a las Autoridades, al Señor Cardenal, a mis hermanos los Obispos, a las personas consagradas, y a los individuos o entidades que han colaborado tan eficazmente en la preparación y desarrollo de los diversos actos

Al despedirme de vosotros, deseo aseguraros que, aunque separados por las distancias, continuaremos unidos en la fe común, en el amor a la Iglesia, en la fidelidad a Cristo. Os dejo, para que los hagáis vida, los mensajes pronunciados a lo largo de estos días; junto con la certeza del recuerdo en la oración, de modo particular por los enfermos, los ancianos, los niños, los que sufren.

Quiera Dios que vuestro País, que se gloría de haber dado a la Iglesia preclaros hijos en el camino de la santidad, pueda también contribuir eficazmente al fortalecimiento de los vínculos de amistad, de paz, de justicia, de elevación humana entre los miembros de la gran familia de Latinoamérica.

¡Que Dios bendiga al Ecuador y a todos sus hijos!

AGRADECIMIENTOS

DEL SANTO PADRE DESDE EL VATICANO

AL SEÑOR CARDENAL PABLO MUÑOZ VEGA, ARZOBISPO DE QUITO

De vuelta a Roma tras las inolvidables jornadas de intensa vivencia eclesial tenidas en Quito, siento el deber de expresar a Usted Señor Cardenal, a sus Obispos Auxiliares y a cuantos tan activamente han colaborado en la preparación y desarrollo de cada uno de los actos mi más viva gratitud por el calor humano y el espíritu de fe con que me han acogido en cada momento.— Junto a la tumba de San Pedro pido al Altísimo para que la siembra Apostólica de estos días produzca renovados frutos de crecimiento Eclesial.— Con vivo afecto imparto a Usted y a toda la Iglesia en Quito mi cordial Bendición.— **Ioannes Paulus PP II.**

A SU EXCELENCIA MONSEÑOR BERNARDINO ECHEVERRIA, ARZOBISPO DE GUAYAQUIL Y PRESIDENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA

Concluida mi Visita Apostólica a ese querido País, deseo expresar a mis Hermanos en el Episcopado, a través de su persona, como Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana, la más honda gratitud por el entusiasmo y fraternidad con los que, ayudados por tan eficaces colaboradores, han dispuesto los diversos detalles de mi Viaje Apostólico.— Que el Dador de todo bien recompense con copiosos frutos Eclesiales los esfuerzos realizados.— De modo particular agradezco a Usted y a cuantos le han ayudado en las diversas etapas de mi permanencia en esa Ciudad.— A toda la Comunidad Eclesial de Guayaquil, de modo muy particular a los pobladores del Guasmo, envío mi recuerdo lleno de afecto y mi Cordial Bendición.— **Ioannes Paulus PP II.**

A SU EXCELENCIA MONSEÑOR VICENZO FARANO, NUNCIO APOSTOLICO

Al regreso de mi Peregrinación Pastoral a esa Nación deseo expresar a Usted y a sus colaboradores mi sincera complacencia por la cordial acogida brindádame en esa Nunciatura y por la cooperación da-

da a la eficiente organización del Viaje mientras como muestra de mi gratitud envío una especial Bendición Apostólica propiciadora de copiosos dones y Favores Celestiales.— **Ioannes Paulus PP II.**

A SU EXCELENCIA MONSEÑOR ALBERTO LUNA TOBAR, ARZOBISPO DE CUENCA

Cuando todavía está tan vivamente impreso en mi espíritu el grato recuerdo de mi reciente estadía en esa ciudad, cuna del Santo Hermano Miguel, quiero manifestar a Usted, a sus colaboradores diocesanos, que de tantas formas mostraron su cordial cercanía a mi persona, la más viva gratitud.— Al Padre común suplico que los fieles de esa Diócesis, semillero de ejemplares vocaciones eclesiales, sigan dando testimonio de vida familiar íntegramente cristiana y vivencia profunda de la fe, a todos los niveles del pueblo de Dios.— A estas plegarias uno mi Afectuosa Bendición para Usted y toda la Grey de Cristo de Cuenca.

Ioannes Paulus PP II.

A SU EXCELENCIA MONSEÑOR JOSE MARIO RUIZ, OBISPO DE LATACUNGA

Mi pensamiento vuelve a desde Roma con inmenso afecto hacia todos los diocesanos de esa porción Eclesial, particularmente a los queridos hijos de los diversos Grupos Indígenas que, superando no pocas dificultades y sacrificios, dieron en Latacunga un inolvidable ejemplo de Fraternidad en Cristo, por encima de los lazos étnicos o lingüísticos.— Por eso, al renovarles mi profunda Benevolencia, quiero agradecer a Usted, a los organizadores, a Latacunga y a todo el pueblo fiel, la eficaz preparación y la calurosa acogida, mientras aseguro mi constante Recuerdo en la plegaria que acompaño de una Cordial Bendición Apostólica.— **Ioannes Paulus PP II.**

DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA

LA CONFERENCIA EPISCOPAL ECUATORIANA, juntamente con el Excmo. Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad, comprueba con alegría después de la visita de Su Santidad Juan Pablo II al Ecuador, que los días 29 al 31 de enero y 1º de febrero han alcanzado a cumplir el deseo expresado por Su Santidad cuando, en el mensaje previo a su llegada, expresó: "Deseo y pido a Dios que las jornadas que viviré en-

tre vosotros sean una gozosa celebración de nuestra fe y un renovado esfuerzo por consolidarla".

Siente en consecuencia la obligación de agradecer a cuantos han hecho posible la hermosa y esperanzadora fiesta de esos días, que ya quedan incorporados a la historia nacional. Agradece, en primer lugar, a todo el pueblo ecuatoriano, verdadero protagonista del acontecimiento, al Sr. Presidente de la República, al señor Ministro de Relaciones Exteriores su Representante personal para preparar la visita del Santo Padre y al Gobierno Nacional, al Honorable Congreso Nacional, a la Honorable Corte Suprema de Justicia, al Honorable Cuerpo Diplomático y a todos y cada uno de los organismos estatales, a las Fuerzas Armadas y de Policía, a los Gobiernos Seccionales, Provinciales y Municipales; a la defensa Civil y Voluntarios de la Cruz Roja; a los Medios de Comunicación Social escrita, radiofónica y televisiva, a la empresa privada, a los profesionales y a los técnicos quqe nos ayudaron en múltiples aspectos.

Agradece y anima a trabajar con renovado aliento a todas las personas y organismos eclesiásticos, que han demostrado una vez más la característica adhesión de nuestra patria a la sede de San Pedro y su abnegada dedicación al pueblo de Dios.

Damos gracias a Dios Dador de todo bien, por intermedio de su Madre María Santísima y transmitimos a nombre del Ecuador, nuestro filal agradecimiento al Santo Padre.

Quito, 15 de febrero de 1985.

+ **Pablo, Cardenal Muñoz Vega, S.I.,**
ARZOBISPO DE QUITO Y PRESIDENTE DE HONOR
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
+ **Bernardino Echeverría Ruiz, O.F.M.,**
ARZOBISPO DE GUAYAQUIL Y PRESIDENTE
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
+ **Vicenzo Farano**
NUNCIO APOSTOLICO EN EL ECUADOR
+ **Antonio González Zumárraga**
ARZOBISPO COADJUTOR DE QUITO, VICEPRESIDENTE
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL
+ **Luis E. Orellana, S.I.,**
OBISPO AUXILIAR DE GUAYAQUIL, SECRETARIO GENERAL
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL

DE LOS PASTORES DE LA IGLESIA ARQUIDIOCESANA DE QUITO

CON EMOCIONADA GRATITUD LOS PASTORES DE LA IGLESIA ARQUIDIOCESANA DE QUITO queremos dejar constancia de haber recibido de parte de muy numerosas personas e instituciones la más generosa colaboración en el común afán de procurar que los encuentros del Santo Padre Juan Pablo II con la Nación ecuatoriana en esta capital tuviesen el mejor éxito posible. Dios nos lo ha concedido colmando todas nuestras aspiraciones y por ello le rendiremos nuestra acción de gracias, el día 1º de marzo, con una solemne Concelebración Eucarística que se tendrá en nuestra Catedral Metropolitana.

Queremos expresar nuestra congratulación y agradecimiento ante todo el pueblo quiteño y ecuatoriano que en el parque de La Carolina y en las calles y plazas de Quito rindió al Santo Padre su homenaje de veneración y amor en forma tan digna, tan ardorosa y tan profundamente cristiana.

Agradecemos en particular al Sr. Presidente de la República y al Sr. Ministro de Relaciones Exteriores, su delegado para los asuntos de recepción y visita de Su Santidad. Agradecemos al Sr. Nuncio, Mons. Vicenzo Farano y a todo el personal de la Nunciatura Apostólica, que brindó un alojamiento tan digno y cordial al Sumo Pontífice; al H. Congreso Nacional; a la Exma. Corte Suprema de Justicia y al H. Cuerpo Diplomático por su participación en la Concelebración Eucarística realizada en La Carolina.

Expresamos nuestro agradecimiento a los Sres. Ministros de Gobierno, de Defensa, de Finanzas, de Obras Públicas, de Salud y demás organismos gubernamentales; a los señores jefes del Ejército Nacional, de la Policía, de la FAE, que velaron esmeradamente por la seguridad y orden; al Sr. Comandante y Oficiales del Cuerpo de Bomberos; al Sr. Presidnete de la Junta Provincial de Defensa Civil, al Sr. General jefe de la misma y a todo el personal dirigente; al Sr. Presidente de la Cruz Roja Nacional, a las magníficas brigadas de jóvenes que en Defensa Civil y Cruz Roja contribuyeron eficientemente a la esmerada organización de servicios a la entera población.

Expresamos nuestro reconocimiento al Sr. Prefecto Provincial, al

Sr. Alcalde de la Ciudad y su distinguida esposa, al Sr. Director General de Correos, al Sr. Gerente y Personero de la Empresa Eléctrica Quito, al Sr. Gerente de IETEL, al Sr. Gerente y Miembros de AFNA y al Sr. Presidente de la Concentración Deportiva de Pichincha que pusieron a nuestra disposición el Estadio Olímpico. Al Sr. Presidente y personeros de la Asociación de Pequeños Industriales que en su Centro de Exposiciones brindaron el lugar apto para la preparación del acto litúrgico en La Carolina. Al Sr. Gerente y miembros de la Empresa OMNIBUS B B que construyó y donó el carro panorámico o papamóvil.

Expresamos nuestra gratitud a la Secretaría Nacional de Información Pública. A los Sres. Gerentes y Directores de los diarios quiteños "El Comercio", "Hoy", "La Hora", "Ultimas Noticias"; a los Gerentes y Directores de "Teleamazonas", "Televisora Nacional-Canal 8", "Gamavisión", "Canal 13"; a la Asociación Ecuatoriana de Radiodifusión y a todo el Personal de las Radiodifusoras que la constituyen. A todos estos medios de comunicación colectiva reiteramos nuestro profundo reconocimiento por el magnífico despliegue de información y concientización que realizaron en ocasión tan excepcional.

Agradecemos al Cabildo Metropolitano, al Consejo de Presbiterio de la Arquidiócesis de Quito y a todos los sacerdotes seculares y religiosos que con grande celo se consagraron a la preparación espiritual y religiosa del pueblo. A las comunidades religiosas que con su oración y su colaboración en la acción pastoral contribuyeron a esta preparación espiritual. A la Comisión Arquidiocesana de la Pastoral de la Salud. Al R.P. Antonio Arregui, Secretario y Coordinador General del programa de la visita pontificia y a todo el personal religioso y laico de la Secretaría de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana. A Mons. Vicente Eguiguren, Director General y a todo el Personal de la Radio Católica Nacional y a las emisoras católicas de ARCE. Al Sr. Ing. Bruce Honeisen, constructor de las instalaciones de sonorización.

Hacemos pública nuestra gratitud al Sr. Jaime Acosta Velasco, Presidente del Comité Arquidiocesano pro-ivista de Juan Pablo II, como también a sus vicepresidentes, al Sr. Coordinador General, a las secretarias y a todos los vocales del mismo Comité. Al Sr. Presidente, a las damas y a los caballeros que conformaron la Comisión Arquidiocesana de Finanzas. A los presidentes y miembros de las comisiones que

organizaron los actos y encuentros con el Santo Padre en la Catedral, en el Estadio Olímpico Atahualpa, en La Carolina, en la Basílica del Voto Nacional, en la iglesia de La Compañía, en la plaza de San Francisco. A la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, a los Sres. ingenieros de la Comisión Técnica que construyeron los templetes y realizaron las obras estructurales que tanto contribuyeron a la brillantez de los actos celebrados en los diversos espacios físicos. A la ciudad y Diócesis de Ambato que nos hizo un expléndido obsequio de flores y a las damas que las arreglaron con arte primoroso.

Finalmente queremos llegue nuestro agradecimiento, sin excepción, a las numerosísimas personas que, en todos los ambientes sociales, nos han ayudado con su contribución económica y con otros servicios dignos de todo nuestro aprecio.

Quito, 15 de febrero de 1985.

+ **Pablo Cardenal Muñoz Vega, S.I.,** Arzobispo de Quito.
+ **Antonio González Zumárraga,** Arzobispo Coadjutor.
+ **Gabriel Díaz Cueva,** Obispo Auxiliar - Vicario General.

